
Sophie Saint Rose
¿Te he fallado alguna vez?

# ¿Te he fallado alguna vez?

Sophie Saint Rose

# Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

# Capítulo 1

—No, voy camino a la casa de Cape Cod como te dije, y no pienso volver para esa gala —dijo por el manos libres apartándose un mechón de cabello pelirrojo de la frente. Decidió bajar la capota porque parecía que iba a llover y cuando le dio al botón hizo un ruido raro como si se atascara—. Vaya.

—¿Qué pasa? —preguntó su ayudante al otro lado de la línea.

—El chófer no ha arreglado el coche. ¡La capota no funciona!

La escuchó gemir al otro lado de la línea. —Igual no se ha dado cuenta de que…

—¡No le excuses! ¡Estoy harta de que haga lo que le dé la gana, May! —Puso el intermitente para adelantar a un camión. —¡Fui muy clara al decirle que tenía que revisar el coche por el viaje de hoy!

—Le queda poco para jubilarse. Se despista un pelín, pero…

—¡Eso me pasa por contratar a tu tío! ¡Me has metido a toda la familia en plantilla!

—En cuanto vuelvas le dará un repasito, ¿vale? Es un Mercedes clásico y sabes que te lo dejará como nuevo porque los conoce como nadie.

—Más le vale porque sino acabará en la calle. ¡Ya me he cansado de todas vuestras tonterías cuando os pago un sueldo más que decente y no hacéis más que tomarme el pelo! Igual a la primera que debería echar es a ti, que no haces más que enchufar a los tuyos en lugar de contratar a la persona más adecuada. ¡Si me has buscado de vigilante a un expresidiario!

—¡Robó una moto! ¡Fue una chiquillada!

—Si tenía veinticinco cuando le cazaron. ¡Me tenéis harta!

—Jolyne…

—No me llames hasta el lunes. No quiero ni pensar en vosotros, ¿me has entendido? —dijo entre dientes antes de pulsar el botón. Apretó los labios acelerando para adelantar otro camión y escuchó un silbido al pasar al lado de la cabina. Miró hacia allí por instinto y le dio un vuelco al corazón porque el conductor era un morenazo tan guapo que quitaba el aliento. Él sonrió mientras esos ojos verdes tan claros como el agua la miraban divertidos. Sin poder evitarlo se puso como un tomate volviendo la vista al frente y aceleró a tope para rebasarlo. En cuanto le adelantó este tocó la fuerte bocina y Jolyne miró por el espejo retrovisor. Dios, qué hombre. Por lo poco que había visto tenía unos brazos enormes y un tatuaje de una sirena que daba la espalda. Su largo cabello se movía con el viento y… ¿Pero por qué pensaba en el tatuaje? Esos ojos… Miró por el retrovisor de nuevo y al ver que sonreía su corazón se calentó. Escuchó su claxon y que perdía la sonrisa de golpe. Jolyne miró al frente confusa y gritó frenando en seco porque había un coche detenido en la carretera. El impacto la dejó sin aliento y su cabeza chocó contra el volante. Aturdida sintió que todo se quedaba en silencio y su vista se nubló, pero fue consciente de que la cogían en brazos. La dejaron en el duro suelo antes de escuchar un fuerte estruendo que le hizo abrir los ojos. El rostro de ese hombre gritando fue lo último que vio antes de perder el sentido.

Catorce meses después

Giró su sillón hacia la junta directiva y dejó su Birkin en el suelo a su lado. —¿Empezamos?

—Jolyne, ¿por qué has convocado esta junta? —preguntó John Vicent, su vicepresidente, en un tono que demostraba que estaba de lo más confundido—. Nuestras acciones han subido tres puntos desde la última reunión.

—Cierto, pero teniendo en cuenta que nuestros competidores han subido cinco puntos me pregunto qué está pasando aquí. —Se levantó mostrando su vestido de seda rosa y empezó a rodear la mesa mirándoles uno por uno. —¡Porque hemos invertido cien millones de dólares en

hacer la planta de distribución más avanzada del mundo! ¡Y no está dando resultados! ¡Industrias Hightway debe ser la primera! —Se acercó a la cabecera y apoyó una mano sobre la mesa y otra en el sillón de su vicepresidente que estaba muy tenso. —Me parece que alguien no está haciendo su trabajo. ¿Qué opinas, John?

—Pues… No sé qué ha ocurrido, pero tomaré cartas en el asunto.

—No, yo soy quien va a tomar medidas y cuanto antes. —Se enderezó mirándolos a todos fríamente. —Igual pensáis que porque he estado ausente tanto tiempo podéis hacer ya lo que os venga en gana. Igual pensáis que no voy a tomarme el trabajo tan en serio o que voy a disfrutar más de la vida. Al fin y al cabo por poco la casco, ¿no es cierto? —Se escuchó una risita y exasperada miró a su ayudante que tosió disimulando. —Pero no podéis estar más equivocados. ¡Esta empresa la fundó mi abuelo y no se conformaba con ser el segundo en nada! —Fulminó a su vicepresidente con la mirada. —Y como tú eres el responsable, puesto que has tomado las decisiones mientras yo no estaba… John, estás despedido.

Su vicepresidente la miró asombrado. —¡Me he dejado la piel por esta empresa! ¡Llevo veinticinco años en ella! ¡Me contrató tu padre, por el amor de Dios!

—Te has acomodado y ahora te va más golpear la pelotita de golf que hacer tu trabajo. No cuentes conmigo para mantenerte hasta la jubilación sin que muevas un dedo.

—¡Serás zorra! ¡Te he enseñado todo lo que sabes!

Le fulminó con la mirada. —Eso lo hizo mi abuelo, capullo prepotente.

—¡Te pienso demandar por despido improcedente!

Jolyne chasqueó los dedos y uno de sus abogados se levantó empujando unos papeles que se deslizaron sobre la pulida superficie de la mesa. Sonrió irónica. —Léete tu contrato.

—¡Maldita desagradecida! ¡Si la empresa es lo que es, es gracias a mí! ¡Tú no tienes ni idea de cómo manejarla!

Levantó una de sus cejas pelirrojas. —Pero es que no la voy a manejar yo. Si algo me enseñó mi abuelo es que debo contratar a la genta adecuada. —Escuchó una risita y con ganas de matarla fulminó a su ayudante con sus hermosos ojos azules.

Esta carraspeó apartándose un mechón rubio de la frente y dijo —Perdón. Me pica la garganta.

Suspiró poniendo los brazos en jarras dirigiéndose a su exvicepresidente. —¿Te vas o llamo a seguridad?

Se levantó furioso. —Quiero saber quién me sustituirá. Es lo menos que puedes hacer.

Sonrió y pasó tras él sin dejar de mirarle antes de volverse hacia al ayudante de aquel vago. El pobre parecía perplejo con lo que estaba sucediendo. —Harry levántate y ocupa tu sitio.

Dejó caer la mandíbula del asombro mientras todos murmuraban atónitos. —¿Cómo?

—Eres el nuevo vicepresidente de Hightway.

—¿Él? —preguntó John pasmado—. ¡Si es prácticamente un secretario!

—Licenciado en empresariales cum laude. Master en administración de empresas con honores. Sabe cuatro idiomas que son tres más que tú, por cierto. —John se sonrojó. —Y sé de muy buena tinta que prácticamente él ha llevado la empresa sin tu supervisión en el último año. De hecho, él fue el responsable de la reforma de la planta y de otras ideas que tú te empeñaste en no poner en práctica porque tenías otros intereses. Pues te aconsejo que sigas con ellos y que Harry se dedique a dejarse el pellejo por la empresa como ha hecho hasta ahora. Harry ocupa tu sitio.

Sin poder creérselo todavía se levantó y ella le hizo un gesto con la cabeza para que levantara la barbilla. Este tragando saliva lo hizo y tomó aire antes de ir hacia la cabecera de la mesa. —Muy bien, señores. Pongámonos a trabajar.

John salió de allí pegando un portazo y Jolyne sonrió antes de ir hacia su sitio al otro lado de la mesa para coger su bolso. —Quiero resultados, Harry.

—Por supuesto, señorita Hightway. Los tendrá.

—Envíame vuestras propuestas. Las estudiaré para la próxima junta.

—Así lo haré y gracias por la oportunidad.

Se detuvo en la puerta y miró sus ojos castaños antes de asentir saliendo de la junta con May detrás. —Vaya cara que se le ha quedado. —Se le escapó la risa de nuevo. —No se lo esperaba

en absoluto, esa vieja momia.

—Creía que tenía el puesto asegurado porque fue amigo de mi padre, pero ya estoy harta. Cinco puntos —siseó pulsando el botón del ascensor—. Cinco malditos puntos.

—Harry se dejará la piel.

—Ese maldito accidente. —Furiosa entró en el ascensor y May la siguió a toda prisa mirándola de reojo con sus ojos azules.

—Estás viva y prácticamente recuperada. Debemos dar gracias a Dios por eso.

Al mirarse en el espejo del ascensor sus ojos fueron a parar a la cicatriz que tenía en la frente casi al borde del cabello. Apenas se le notaba y era la única evidencia visible de aquel maldito accidente. Lo que no se veía era la pérdida del bazo, tres costillas rotas, una fractura en el hombro y otra en la pierna por la que aún hacía rehabilitación. Y todo por una maldita sonrisa. Y por esa sonrisa prácticamente no había podido trabajar en un año. La culpa era suya, claro, por mirar lo que no debía. Aunque si era sincera consigo misma si estaba viva era gracias a él que la había sacado a tiempo del coche.

—Antes de que te des cuenta la empresa volverá a ser lo que era. —Llegaron al hall y como no contestó su ayudante la miró preocupada. —¿Te duele la cabeza?

Como casi siempre desde el accidente. Su neurólogo decía que todo aparentemente estaba bien, pero casi no había día en que no le doliera. —No es nada.

—¿Quieres un analgésico?

—No. Se me quitará en cuanto me relaje.

Al llegar a la calle May le hizo un gesto a su tío, pero estaba distraído leyendo el periódico apoyado en la puerta que debía abrir. Su ayudante gimió por dentro. —¡Tío! ¡La puerta!

Este se enderezó de golpe y divertida vio como arrugaba el periódico del susto. —Oh… —Se apartó y abrió la puerta.

—¿Algo interesante en el periódico de hoy, Bob?

—Un hombre ha sido acusado de asesinar a un tipo en el aparcamiento de un bar de carretera. Intentó robarle la carga y él salió justo en ese momento sorprendiéndole. Ese sinvergüenza le

amenazó con una navaja y el otro que había sido marine le pegó una patada que le desnucó. Le acusan de asesinato —dijo indignado—. ¡A un marine! ¡Y había intentado robarle! ¡Además, le amenazaba, el muy chorizo! ¿Se lo puede creer? Es que no hay justicia, de verdad.

—Tío, tenemos prisa —dijo May impaciente.

—Oh sí. Pero ella me ha preguntado, niña.

—Es cierto —dijo Jolyne entrando en el coche.

May se sentó a su lado con el periódico en la mano que seguramente le había quitado a su tío y lo tiró con su bolso en el asiento de enfrente. Jolyne distraída vio como caía al suelo mostrando una fotografía y se quedó helada sin poder despegar la vista de la imagen. —Vaya —dijo May agachándose para recogerlo.

Jolyne se lo arrebató y frenética buscó la fotografía de nuevo.

—¿Qué pasa?

—Es él. —Llegó a la fotografía y separó los labios de la impresión al ver a su camionero esposado y escoltado por dos policías. No llevaba una camiseta de tirantes como aquel día en que le había salvado la vida sacándola del coche justo antes de que explotara, sino que llevaba un traje barato marrón sobre una camisa blanca que parecía nueva. Sintió un nudo en la garganta al ver su rostro. Estaba furioso y esos ojos verdes parecían desesperados.

—¿Él?

—Es el hombre que me salvó la vida —dijo sin aliento leyendo la noticia a toda prisa. —Llama a Morton. Que busque a los mejores para sacarle de la cárcel.

—¿Seguro que quieres meterte en esto? Es un delincuente. No puedes relacionar tu nombre con él.

Señaló la fotografía. —Si estoy viva es gracias a él. Y como ha dicho tu tío no merece ir a prisión. Que busque a los mejores.

May asintió apretando los labios como si aquello no le gustara un pelo. —Está bien.

Mirando la foto se mordió el labio inferior. —May, que no sepa que soy yo quien le ayuda. Que le digan que es alguien que cree en él.

—Entendido.

Cruzó sus preciosas piernas mirando al mejor abogado penalista del país. —¿No hay nada que yo pueda hacer?

—Dos años, uno de ellos de libertad condicional. Es todo lo que he podido conseguir. La víctima tenía veinte años, iba drogado hasta las cejas, mientras que él es un exmarine condecorado muy bien entrenado. No midió su fuerza y la fiscalía no hará un trato mejor.

—Iremos a juicio. No habrá jurado que le condene. Le amenazó con un machete, no era una navaja como dijo la prensa.

—Mi cliente no quiere ir a juicio. Su madre al enterarse de que su hijo estaba detenido sufrió un infarto y no quiere que pase por más presión. En un año estará fuera con la condicional.

No era justo. Se negaba a que se diera por vencido.

Por la expresión de su rostro su abogado suspiró. —Entiendo cómo se siente, señorita Hightway. He intentado que entrara en razón con el mismo argumento que acaba de dar usted. En el estrado hundiría a la supuesta víctima —dijo poniendo ante ella un expediente bien gordo —. Nadie sentiría la más mínima pena por él porque era un pieza de cuidado. Condenado por agresión seis veces, tráfico de drogas, robos, incluso hay un intento de violación cuando tenía dieciséis años a una prima suya, pero mi cliente no quiere. Se niega en redondo. Dice que su madre no soportaría la presión de un juicio. Desde que usted le pagó la fianza, varios periodistas buscan una entrevista y le acosan en la casa de su madre que es donde reside. La pobre mujer no se atreve a salir de su casa desde entonces.

—Entiendo.

—Reece quiere acabar con esto cuanto antes, así que por eso la he llamado para comunicarle que se cierra el caso.

Quería gritar de la frustración. —¿Cuándo entrará en prisión?

—En unos días. Quiere empezar la condena cuanto antes.

—¿Aquí en Nueva York?

—Sí.

Asintió levantándose porque al parecer ya no podía hacer más por él. —Gracias por su ayuda —dijo alargando la mano.

El hombre sonrió estrechándosela. —Ha sido un placer. Siento no haber podido convencerle para que luchara hasta el final.

—Cree que hace lo correcto, lo que demuestra que es un hombre de verdad.

—De eso no tenga duda, señorita Hightway. Solo tuvo mala suerte en un mal momento.

Forzó una sonrisa. —A veces la vida nos sorprende. Gracias de nuevo.

—Ha sido un placer.

Salió de su oficina y May se puso de pie de inmediato apartándose el flequillo rubio de los ojos. —¿Qué ha pasado?

—Un año y otro de libertad condicional —dijo molesta.

—¿De veras? La vida es muy injusta.

—No quiere ir a juicio.

—¿Por lo de su madre?

Se detuvo para mirarla sorprendida. —¿Y tú cómo lo sabes si no salió en la prensa?

—Son de mi barrio. Yo no les conozco, pero la tía de mi tía conoce a la señora Princeton.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Me lo comentó mi tío esta mañana de la que veníamos al trabajo.

Bufó yendo hasta el ascensor. —Me da una rabia…

—Te veo muy interesada en ese hombre, ¿no? —preguntó maliciosa—. Has conseguido un año cuando hace un mes pedían veinte. Creo que ha llegado a un buen trato, pero en este momento por la cara que tienes quemarías el edificio. Sí, te veo muy interesada por él.

Carraspeó. —No sé de qué me hablas. Solo le devuelvo el favor.

—Ya, claro… Y que sea guapo para morirse no tiene nada que ver.

—¡Pues claro que no! ¡Me salvó la vida!

—Le has quitado muchos años de condena.

—¡No debería tener ninguno, no hizo nada malo! Y hace cinco minutos tú pensabas lo mismo.

—Y lo sigo pensando, pero yo no me he gastado una pasta en defenderle. Tú sí.

—A ti no te salvó la vida.

Hizo una mueca. —También es cierto.

Salió del ascensor siseando —Deja de inventarte…

En ese momento entraba Reece vestido con vaqueros y un jersey negro por la puerta y fue un auténtico shock porque su corazón no esperaba sufrir ese impacto al verle. Fue hasta ella y sus ojos coincidieron durante unos segundos provocando que su sangre fluyera por sus venas, pero al darse cuenta de que estaba allí parada agachó la mirada caminando hacia la salida. —Perdona… —Jolyne se detuvo en seco por esa voz grave y se volvió para ver que se dirigía a ella. —¿Nos conocemos?

—Jefa, tenemos que irnos —dijo su ayudante a toda prisa.

Él la miró y apretó los labios. —Perdón, me he confundido.

—No pasa nada —dijo sin aliento antes de volverse sintiendo su mirada en su espalda.

—Casi la fastidias, jefa. ¿Acaso no querías anonimato?

Respiró hondo pasando por la puerta que abrió el portero para ella. Bob abrió la puerta listo para recogerla y sin poder evitarlo miró hacia el interior del edificio a través de las enormes cristaleras. Él la miraba fijamente lo que la sonrojó y a toda prisa se metió en el coche. —A casa, Bob.

—Por supuesto, jefa.

Detrás del cristal tintado se sintió segura para mirar de nuevo, pero estaba ante el ascensor dándole la espalda. Respiró hondo y vio como su ayudante sentada ante ella levantaba una de sus cejas rubias. —¿Qué? —preguntó exasperada.

—¿Le hubieras ayudado si no te hubiera salvado la vida?

Intentando ser fría volvió la vista hacia la ventanilla. —¿Por qué iba a hacerlo si no le

conocía de nada?

May se acercó a ella frunciendo el ceño. —¿Me estás mintiendo?

—No, claro que no —dijo sorprendida.

—¡Sí, me estás mintiendo! —exclamó señalándole la cara.

—¿Qué dices?

—Te conozco muy bien y sé que me mientes. —Jadeó asombrada. —Estás coladita por él.

Escucharon una risita en la parte de delante de la limusina y eso la sonrojó aún más. —May, guapa…

—¿Si? —preguntó su ayudante sonriendo de oreja a oreja.

—¿Quieres acabar en la cola del paro?

Perdió la sonrisa de golpe. —No, claro que no.

—¡Pues si digo que no miento, no miento!

—Entendido jefa, pero esa trola que me has metido no cuela. —Puso los ojos en blanco haciéndola reír. —La verdad es que es un cañón de hombre. —Sonrió sin poder evitarlo. —Si no tuviera a mi Orlando, me pensaría en tener algo con él. Ya verás cuando llegue a la cárcel, menudo caramelito.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Crees que…?

—Menos mal que este sabe defenderse porque si no sería carne de presidio y no en el buen sentido.

Entrecerró los ojos. —Necesita a alguien que le proteja. La cárcel puede ser muy peligrosa. ¿Y si se meten con él y mata a alguien más?

—Sería una tragedia porque es evidente que quieres que salga cuanto antes.

—¡Que no siento nada por ese hombre!

—Ya, claro. Y yo me chupo el dedo.

—Eres imposible.

—Sí, pero adorable.

—Llama a… —Frunció el ceño. —¿A quién podemos llamar para contratar a alguien en

prisión? ¿Conocemos a alguien?

May sonrió. —Tranquila, que seguro que encuentro a alguien que esté dentro.

—Perfecto, pues encárgate. Que no le toquen un pelo.

—Así se hará.

Satisfecha tomó aire por la nariz. —Bien. Y que sean discretos.

—Por supuesto. Quieres anonimato.

—Esto no debe salir de aquí.

—No te preocupes, jefa. No se enterará de nada.

# Capítulo 2

Dejó la taza de café sobre su platillo antes de dar la vuelta a la hoja del dosier que Harry le había enviado. Lizz, su ama de llaves de toda la vida, entró en la terraza con su zumo de naranja en una bandeja. Distraída la miró antes de coger el zumo. —Gracias.

—Hace una maravillosa mañana, ¿verdad?

—¿Qué quieres, Lizz?

Jadeó indignada. —¿Cómo sabes que quiero algo?

—Porque me has traído tú el zumo en lugar de enviar a Carla.

—Esa chica no sabe lo que hace —dijo molesta.

—Es prima de May y se queda. Aprenderá. Necesita el trabajo, tiene dos hijos. Y tú necesitas ayuda con la casa. —La mujer gruñó. —¿Eso es lo que querías?

—No —contestó molesta—. Tengo que irme un par de días.

Eso centró toda su atención porque era interna y no tenía familia aparte de ella. —¿Irte? ¿A dónde?

Apretó los labios. —Me tienen que operar. —Jolyne perdió todo el color de la cara. —No te preocupes, ¿vale? No es nada.

Se levantó de inmediato mostrando su bata de seda beige. —¿Cómo que te tienen que operar? ¿Qué tienes?

—Me van a poner un bypass.

Se llevó una mano al pecho de la impresión. —¿Qué has dicho?

—Pero no es nada.

—¿Cómo no va a ser nada? Y no me lo has dicho hasta ahora —dijo indignada antes de cogerla por el brazo—. Siéntate.

—Niña, estoy bien.

—¿Quién te trata? ¿Es bueno? Voy a llamar al doctor Curly y…

Lizz sonrió con cariño. —Cielo, estoy bien.

—¿Cómo vas a estar bien si van a operarte? —chilló de los nervios.

—¿Ves? Por eso no te dije nada.

—¡May! —gritó—. ¿Dónde estará? —Fue hasta la puerta del salón y gritó —¡May!

—Estoy bien. Si estoy estupendamente.

—No me cuentes historias. ¡May! —Se apretó las manos acercándose a ella y se agachó a su lado. —¿Seguro que estás bien?

Lizz sonrió con cariño y acarició su mejilla. —Te digo que todo va a ir bien.

Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas. —Claro que sí, porque te operarán los mejores.

—No, me operará mi médico que me conoce bien.

—Lizz…

—Se hará como digo. Ahora termina de desayunar que tienes rehabilitación. Oh… —Sacó del mandil una carta. —Ha llegado esto para ti.

Tiró la carta sobre la mesa importándole un pito su contenido y en ese momento llegó May corriendo. —¿Qué pasa?

—A Lizz tienen que operarla. —No pareció sorprendida y entrecerró los ojos. —¿Lo sabías?

—Claro, pero antes de que te cabrees, mi trabajo se basa en quitarte preocupaciones de encima, básicamente. Así que cerré el pico. —La señaló con el dedo. —No puedes despedirme por eso. Y para tu información es un médico estupendo y la atenderán muy bien porque me he encargado de darle un repaso.

Suspiró del alivio y sonrió a Lizz. —No vuelvas a ocultarme algo así.

—Cielo, que tú ya has pasado por mucho para que encima te preocupes por mí.

—¿Y de quién iba a preocuparme sino? —preguntó asombrada. May se sentó a la mesa y empezó a comer su desayuno como si tal cosa. —¿Qué haces?

—Ah, ¿pero te lo ibas a comer? Pensaba que se te habían quitado las ganas con el disgusto. —Cogió la carta metiéndose una uva en la boca. —¿Qué es esto?

Exasperada se acuclilló ante Lizz. —Iré contigo y no quiero que me vuelvas a ocultar nada, ¿me oyes? May contrata a otra doncella o dos. —Cogió su mano. —A partir de ahora no quiero que hagas nada en la casa.

—¿No tenías rehabilitación? Mira que vas a llegar tarde y esa clínica cobra una fortuna.

May se metió otra uva en la boca sacando un papel del sobre y lo abrió mientras ellas seguían discutiendo. Leyendo las primeras líneas dejó de masticar. —Jolyne…

Miró hacia ella y su ayudante siguió leyendo la carta. —Es suya.

—¿Qué? No me distraigas que esto es importante.

Siguió discutiendo con Lizz, pero May la cogió por la manga. —¡Es suya! ¡Del camionero!

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia ella. —¿Qué dices? —Se incorporó arrebatándole la carta de sus manos. Sintiendo que su corazón se aceleraba empezó a leer y para su sorpresa tenía una letra bonita.

*De un hombre agradecido a una persona de gran corazón:*

*He pensado muchas veces en escribir esta carta, pero en realidad no sabía qué decirle a una persona que nunca he llegado a conocer. Aunque es muy simple, ¿no? Tan simple como decir que no sé cómo agradecer su ayuda cuando había perdido la esperanza. Mi abogado me comunicó antes de entrar aquí todo su esfuerzo en librarme de esta situación y su interés por mantener su anonimato, lo que hace de usted una persona absolutamente desinteresada. Jamás me habían tratado así y le he pedido a mi abogado que le haga llegar esta carta. Llevo un mes en prisión y solo me quedan once meses. Y es gracias a usted que no pasaré la mitad de mi vida aquí encerrado por una mala decisión, por un mal golpe.* —Jolyne apretó los labios. —*Sí, sé que usted quería que fuera a juicio, pero debía pensar en mi madre que siempre lo ha dado todo por*

*mí. Está muy delicada y no quería tener sobre mi conciencia que sufriera un juicio y que por esa tensión le ocurriera algo. Por eso quería escribirle esta carta para que supiera que aquí no me va mal, que no debe preocuparse y que siempre estaré en deuda con usted. Si algún día me necesita no dude que estaré ahí.*

*Reece Princeton*

—¿Cómo le va a ir mal si has pagado a media prisión para que no le quiten ojo? —preguntó May divertida.

—Sabría defenderse solo.

—Sí, eso ya nos ha quedado claro —dijo mirando el sobre—. ¿No dijo que la ha enviado el abogado? No trae remitente.

Se le cortó el aliento cogiendo el sobre de su mano y viendo que estaba absolutamente en blanco. —Baja a hablar con el portero. Pregunta quién lo ha traído.

May tan intrigada como ella salió prácticamente corriendo y Lizz se acercó. —¿Qué ocurre, niña?

Recordó sus palabras en el hall aquella tarde. ¿Nos conocemos? —Sabe que he sido yo. —Su corazón dio un vuelco. —Se acordaba de mí. Me reconoció. —Sin saber por qué sintió una enorme felicidad. La recordaba.

—Te salvó la vida. Se quedó contigo hasta que llegó la ambulancia.

Sonrió irónica. —Pero con todo el caos del accidente nadie tomó sus datos. —Levantó la carta. —Esta carta debía habérsela escrito yo a él.

—Le has devuelto el favor.

Sonrió mirando su letra. —¿Eso crees?

—¿Qué más quieres hacer, niña? —Lizz sonrió. —¿Te gustaría conocerle?

Se sonrojó ligeramente. —No, claro que no. ¿Para qué?

—A mí no me engañas, te gusta.

—Claro que le gusta —dijo May entrando en la terraza.

—¿Ya has subido?

—Hay teléfonos, ¿sabes?

Gruñó esperando una respuesta.

—La ha traído una mujer rubia de cabello corto. De la edad de Lizz más o menos.

—¿Su madre? —preguntó Lizz cada vez más interesada en el tema.

—May busca una foto de su madre. Seguro que alguien de la prensa la ha sacado en algún momento.

—Estoy en ello —dijo su ayudante mirando su móvil. Jolyne se sentó ante su desayuno y miró la carta de nuevo—. ¿Qué se propone?

—¿Que le contestes? Si tienes el suficiente interés, claro —dijo May maliciosa—. Aquí está. —Volvió el teléfono y les mostró una foto de la mujer al lado de su salvador. Y efectivamente era rubia y de cabello corto. —Misterio resuelto.

—Es evidente que sabe quién soy y donde vivo.

—Eso no debió ser difícil de averiguar. Se te conoce en toda la ciudad de Nueva York. Eres de la alta sociedad. Además, tu accidente salió en la prensa.

Hizo una mueca porque tenía razón. Apretó los labios indecisa porque se moría por saber más de él, ¿pero a dónde la llevaría todo aquello? Él no se había puesto en contacto con ella salvo en esa ocasión, lo que indicaba que no le interesaba lo suficiente. ¿Y si se estaba haciendo ilusiones para nada y solo quería ser agradecido? Sí, seguramente era eso. Se levantó. —Voy a vestirme, no quiero llegar tarde a la rehabilitación.

May la miró asombrada. —¿No vas a hacer nada?

—Será mejor que no. Las cosas están bien como están.

Vieron como entraba en el salón y Lizz apretó los labios disgustada. —Teme que la rechace.

Su ayudante bufó sentándose ante el desayuno y siguió comiendo. Con la boca llena de tostada dijo —Le gusta, lo sé.

—Parece un buen chico. Que piense en su madre lo demuestra.

—¿Y si contestamos nosotras?

Lizz abrió los ojos como platos. —¿Estás loca?

—¿No?

—Igual si se entera nos echa a la calle. —Suspiró. —Pero es que es tan guapo que la deja temblando solo con verle. Te lo digo yo que lo he visto.

—¿De veras? —Intrigada se sentó a su lado. —¿Tanto la afecta?

—Si la hubiera cogido y se la hubiera llevado, no hubiera protestado, te lo aseguro. —Asombrada parpadeó. —Además algo de pinta de hombre de cromañón tiene, ¿sabes? Está como un queso, es fuerte, alto y tiene unos ojos… Mmm, si no tuviera a mi novio me tiraba sobre él y le pedía un hijo.

Lizz rio por lo bajo. —Nos pillarían.

La miró maliciosa. —¿Y si escribimos la primera y luego se lo cuentas? Eres su ojito derecho. Contigo no se cabreará, y si se lo dices después de que te operen con lo histérica que estará porque te pongas bien, aún menos.

Pensativa asintió. —Qué lista eres, busca papel. Rápido antes de que baje.

Reece entró en la celda y gruñó cuando encontró a su compañero sentado en su cama. Ya le jodía tener que dormir abajo porque con lo alto que era se sentía encerrado. Más aún. Pero era lo que había porque había llegado después que ese deshecho humano. Se puso a su lado y carraspeó.

Él levantó la vista distraído de la carta que estaba leyendo y Reece preguntó —¿Buenas noticias?

—Es tuya.

Le arrancó la carta de las manos y Jim se echó a reír levantándose a toda prisa elevando las manos por la cara de cabreo que tenía. —Eh, si no lees ninguna.

—Mira canijo, vuelve a tocar algo mío y van a tener que escayolarte los brazos.

Rio subiéndose a su cama y se tumbó mirando el techo. —Deberías controlar tu carácter —

dijo con mala leche.

—Cállate. —Se sentó en su cama y miró la carta distraído. Solo con leer las primeras líneas supo que era una admiradora. Desde que había empezado toda aquella locura recibía cartas así todos los días.

—Esa dice que cuando salgas quiere un hijo tuyo —dijo a punto de reírse—. Es una desequilibrada de primera.

—De eso sabes lo tuyo.

—Pues sí. Mis años de carrera me ha costado. —Suspiró acariciándose el pecho. —Qué pena que no pueda seguir ejerciendo.

—Igual si no hubieras drogado a tus pacientes para pasarte de la raya seguirías ejerciendo. —Hizo una bola con el papel y la tiró a la papelera.

—Sí, se me fue la pinza. —Reece chasqueó la lengua porque tipos como esos no cambiaban. Esperaba que no saliera de allí en la vida. —Hoy has recibido muchas. No sé por qué te pones así si ni siquiera las lees.

—Lo que haga con lo mío es mi problema. —Se levantó y fue hasta la saca. Empezó a leer los remitentes de las cartas, tirando los sobres sin abrir en la papelera.

—¡Eh, que un día una te envió cincuenta pavos! —Jim bajó de un salto e iba a coger las cartas de la papelera, pero Reece le agarró del brazo con fuerza haciéndole gemir de dolor.

—Mira gusano, no pienso alimentar tus fantasías dejándote leer las cartas de esas mujeres, ¿me has entendido? —siseó fríamente—. No toques mis cosas.

—Vale, lo pillo —dijo gimiendo como una niña.

Reece soltó su brazo y Jim le miró de reojo mientras seguía leyendo los remitentes. Cuando acabó de tirarlas todas excepto la carta que su madre le escribía todos los días, se sentó en su cama a leerla mientras su compañero de celda la leía disimuladamente desde arriba. —¿Por qué no viene a verte?

Suspiró exasperado. —Métete en tus cosas.

Robert se acercó a su celda. El hombre de sesenta años y espesa barba canosa apoyó el

hombro en el barrote mostrando su tatuaje de la marina. —¿Cómo está?

—Mejor, la medicación le funciona. O al menos eso dice.

—¿Ha habido noticias?

Reece apretó los labios negando con la cabeza. —Igual estoy equivocado.

—No lo creo.

—¿De qué habláis? —preguntó Jim intrigado.

Los dos le ignoraron y Reece se acercó a la puerta mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba. —Si me he equivocado ha debido alucinar cuando recibió la carta.

—Puede que sea demasiado pronto para recibir respuesta.

—Han pasado cinco días y la llevó mi madre. Además, le preguntó al portero si estaba en casa y le dijo que sí. Ha tenido que leerla.

Robert miró sobre su hombro y entrecerró los ojos. —Ese gilipollas a escondido algo bajo la almohada. ¿Será droga? Ten cuidado porque como os hagan un registro te echará el marrón encima. Se lleva muy bien con los guardias.

Reece se volvió y se acercó a él cogiéndole por la pechera del mono para tirarle fuera de la litera. —¿Qué?

Apartó la almohada y encontró allí varias cartas. —La madre que te parió.

Sentado en el suelo forzó una sonrisa. —Déjame la de Illinois. Te ha enviado una foto en bolas.

A toda prisa se volvió con ellas en la mano y separó los labios al ver su nombre. Levantó la vista hacia Robert que le hizo un gesto con la cabeza para que saliera de la celda. Tiró las otras al suelo y su compañero de celda se apresuró a cogerlas mientras Reece alejándose sacaba la carta del sobre y empezaba a leer. Robert caminó a su lado mientras la leía. Cuando llegó al final apretó los labios.

—¿Qué dice?

—Es muy formal. Simplemente me da las gracias por haberle salvado la vida y se alegra de haber podido devolverme el favor. Que espera que todo me vaya muy bien.

Robert palmeó su espalda. —Algo es algo. Tendrás que responder.

—Joder. —Se detuvo al llegar a las escaleras y miró a su alrededor. —¿Cómo he llegado a esto?

—La vida a veces nos pone las cosas difíciles.

—Si no hubiera salido del ejército…

—Tu madre había enviudado y estaba mal. Lo que es irónico es que tengas que chuparte un año de cárcel por ella precisamente.

—Tendría que haber ido a juicio.

—Creías que hacías lo correcto. No es culpa tuya que una semana después de ingresar aquí tu madre empeorara. Picará, no te preocupes.

—Yo no soy así —dijo muy tenso.

Su amigo le miró con sus inteligentes ojos negros. —Sí que lo eres. Durante toda tu vida te has buscado la vida para sobrevivir. Primero en el ejército y después para que tu madre tuviera la mejor vida posible con su enfermedad. Fue su salud lo que te decidió a esto.

—Jolyne ya ha hecho mucho.

—Tú hiciste mucho más, que te jugaste el cuello por sacarla de ese coche. Además, le sale el dinero por las orejas, no lo va a notar.

Reece apretando las mandíbulas miró la carta que tenía en su mano. —Si se lo pidiera…

Robert se echó a reír. —Sí, claro. ¿Puedes prestarme dinero para la operación de corazón de mi madre? Es que mi seguro carcelario no la cubre y va a salir por un pico. Hemos hablado de esto mil veces. Puedes hacerte rico, joder. Está en el bote. Solo tienes que tirar un poco del hilo y ya no tendrás que preocuparte por el dinero nunca más. Si está pagando a cuatro tíos para que no te quiten ojo y que te cubran el trasero en caso de problemas. Aquel día debiste impresionarla. —Reece empezó a bajar las escaleras para ir al patio y Robert le siguió. Cuando llegaron abajo le cogió por el brazo deteniéndole. —Chico no empieces con esa mierda de los remordimientos.

Soltó su brazo molesto. —¿Y a ti qué coño te importa?

—No, no me importa. Pero me gustaría que saliera algo bueno de esta mierda. —Fue hasta la

salida al patio y cuando llegó al exterior se sentó ante las canchas de baloncesto.

Reece se sentó a su lado apoyando los codos sobre las rodillas. —No va a funcionar.

—Solo tienes que enamorarla. Y no te va a ser difícil.

—No pegamos nada. La has visto, es una niña rica.

—Has sido entrenado para amoldarte a cualquier situación. Sabrás arreglártelas. —Le miró a los ojos. —Solo tienes que decirle que le darías la luna si pudieras y todas esas chorradas que las vuelven locas para que cuando llegue la boda no te pida que firmes el contrato prematrimonial. Y eso será después de que ya haya pagado la operación de tu madre. Todo son ventajas. Si te hace firmar el contrato, pues no te casas y punto. Aunque casado con ella conseguirías una vida mil veces mejor que la que tienes ahora.

Reece miró al frente. Carlos estaba mirándole de reojo hablando con su banda. —Ese te la tiene jurada. Igual tu chica tendría que contratar a cuatro más —dijo divertido.

—Con ese no tengo ni para empezar.

—Procura que no te caigan más años porque se te vaya la mano. Intentará meterte en vereda en la lavandería. Me las arreglaré para desviar la atención de los guardias y que así le dejes las ideas claras.

Asintió levantándose y metió la carta en el bolsillo del mono antes de bajar la cremallera y sacarse las mangas mostrando sus músculos. Cuando se ató las mangas a la cintura Robert sonrió. —¿Te ayudo con las pesas?

—Vamos sargento, cada día estás en peor forma.

—¿Qué has dicho? Chaval, todavía podría pegarte una paliza si quisiera.

# Capítulo 3

—¿Que has hecho qué? —gritó desgañitada haciendo que May gimiera por lo bajo.

Lizz sonrió. —Solo era para darle las gracias. Sabía que no le escribirías.

Después de la sorpresa inicial frunció el ceño. —¿Y qué le pusiste exactamente?

—Oh, nada en especial. Le di las gracias por ti y tonterías así. Nada muy profundo o que pudiera comprometerte, no te preocupes.

—Ya, ¿pero qué ponía?

Lizz reprimió la risa. —May…

Su ayudante abrió su bolso y le tendió la carta. —Es una copia. Sabía que la interrogarías.

—¿Tú sabías esto y no me dijiste nada? —Cogió la hoja de mala manera. —¡Despedida!

—Ya, claro.

Gruñó abriéndola y leyó a toda prisa:

*“Debo reconocer que no esperaba que se enterara de que había sido yo quien le había ayudado. No tiene que darme las gracias, porque usted hizo mucho más por mí y jamás pidió nada a cambio. Soy yo quien debe darle las gracias por haberme salvado la vida y todo esto es lo menos que podía hacer. Espero que se encuentre muy bien y que su estancia en prisión no sea demasiado dura como me ha dicho en su carta. Le deseo todo lo mejor y que cuando salga de prisión recupere su vida pensando que todo ha sido un mal sueño. Mucha suerte.*

*Jolyne Hightway”*

Parpadeó levantando la vista hacia ellas. —¿Ya está? ¿Para qué le habéis enviado esto?

—¿Tú qué le hubieras puesto? —preguntaron haciéndose las tontas.

—Eh… —Miró la carta de nuevo y suspiró. —Pues tenéis razón. Está muy bien. —May y Lizz se miraron antes de poner los ojos en blanco. —¿Qué?

—¿Crees que contestará?

—¿Y por qué iba a contestar? Él me ha dado las gracias, vosotras le habéis dado las gracias por mí, pues ya está.

Se guardó la carta en el bolso y se volvió hacia Lizz observándola bien. —Para haberte operado hace una semana te veo estupenda.

—Si llevo aquí tanto tiempo es porque se están aprovechando de que tú pagas la factura y que les has dicho que no me falte de nada, niña. A otra de esta planta la enviaron a casa a los dos días de la operación. ¡Y quiero ir a casa! Así que haz algo, ¿quieres? ¡Porque como sigas pagando esas escandalosas facturas como si nada, me moriré aquí, pero de vieja!

Asombrada se volvió hacia May. —¿La están reteniendo para que siga pagando?

—Hay mucho aprovechado suelto.

—¿Y tu cardiólogo no dice nada?

—Es un mandado del hospital, ¿qué va a decir?

—¡Estupendo! ¡May arréglalo!

Apenas tres horas después entraban en casa y Lizz jadeó al ver una pelusa al lado de la puerta. —¡Esa prima tuya es una vaga!

—Es que ve algo mal. Necesita gafas. Jefa si le dieras un adelanto…

—Esto es el colmo —dijo Lizz indignada.

May chasqueó la lengua. —Vale, pues se las compra el mes que viene. No pasa nada.

—Lizz no te alteres. May dale el adelanto.

—¡Tu familia tiene mucho morro y tú más!

Jadeó ofendida. —Retíralo. ¡Son unos trabajadores incansables! —Jolyne divertida cogió el correo que estaba sobre la mesa de la entrada. —Lo que pasa es que se está amoldando y ve mal.

—Y tu primo nunca llega a tiempo a su trabajo en la empresa, que me lo han dicho. ¡Tu tío se duerme en el coche y tu prima nunca sabe qué hacer! Eso por no hablar de tu tía…

—Qué tienes que hablar de mi tía, ¿eh?

—¡Me recomendaste su peluquería y me quemó el pelo! ¡Y tu otra prima casi me despelleja el dedo al hacerme la manicura!

—Lizz no te alteres —dijo distraída volviendo un sobre. Se le cortó el aliento al ver que era de la penitenciaría de Rikers Island—. ¡Chicas!

Ambas miraron hacia ella y les mostró la carta poniéndose muy nerviosa. May chilló de la alegría —¡Ábrela, ábrela!

—¿Debo? —preguntó insegura.

—Claro —dijo Lizz acercándose a toda prisa.

Rasgó el sobre y sacó la carta. Asombrada vio que eran dos hojas y se sentó en el sofá impaciente por leer lo que tenía que decirle.

*“Gracias por tu respuesta.”*

Asombrada levantó la vista. —Me tutea…

—Chica es que estamos en el siglo veintiuno. Le dije a Lizz que no le hablara de usted, pero se emperró.

—Hay que ser educada. —Lizz se sentó a su lado. —¿Qué más pone?

*“Creía que no me escribirías y fue una alegría recibir tu carta. Aquí no recibo noticias de nadie, ¿sabes?”*

—Pobrecito —dijo May.

—No me has dejado acabar —protestó Jolyne—. No me interrumpas.

—Vale.

*“Salvo de mi madre, pero solo de vez en cuando porque no quiero que recuerde continuamente donde estoy. No sé si sabes que esta cárcel es peligrosa y está llena de bandas, así que las peleas son continuas* —dijo llevándose la mano al pecho—. *Así que le he prohibido que venga a verme para que no se preocupe. Le he dicho que se imagine que estoy en uno de mis*

*viajes y que tardaré algo más en volver. Ni siquiera la llamo para que no escuche las burradas que a veces gritan los presos"* —dijo emocionada.

—Qué hombre —susurró Lizz.

*"Me escribe una carta a la semana y sinceramente no es que me diga mucho salvo cómo se encuentra físicamente, porque como está tan delicada casi no sale de casa. Te imaginarás que tener noticias de otra persona es una alegría.*

*Sobre lo que me dijiste no tienes que darme las gracias. Me sentí responsable, ¿sabes? Te distraje y no tenía que haberlo hecho. Pero es que eres preciosa y me fue difícil controlarme."*

Se puso como un tomate mientras ambas la miraban con los ojos como platos.

—Uy, uy... Que tú no nos has contado algo —dijo May mosqueada.

—Eso —protestó Lizz—. ¿Qué fue lo que hizo?

Siguió leyendo impaciente.

*"Espero que no te hayan quedado secuelas. Los de la ambulancia dijeron que seguramente tenías una hemorragia interna y me preocupé mucho, pero en las noticias dijeron después de operarte que te recuperarías. Espero que no me guardes rencor, aunque después de lo que has hecho por mí supongo que no es así.*

*También te preguntarás por qué no me quedé después del accidente si tan preocupado estaba, pero el policía dijo que tenía que irme y apartar el camión. Y además tenía que entregar la carga porque la estaban esperando y si no la entregaba me despedirían. Me costó encontrar trabajo después de salir del ejército, ¿sabes? No tenía experiencia en nada de utilidad en la vida civil porque mi especialidad era llevar un arma en la mano. Podría haber sido guardia de seguridad, pero no me pagaban lo suficiente como para pagar las facturas médicas de mi madre. Espero que lo comprendas.*

*Desde aquel día he pensado en ti millones de veces y cuando me enteré por uno de la cárcel de quién le pagaba para que me echara una mano no me lo podía creer. Espero que no te haya incomodado mi carta. Pero sentí la necesidad de decirte que agradecía tu ayuda. También debo reconocer que quería saber algo de ti. En realidad, me gustaría saberlo todo* —dijo Jolyne sin

aliento—. *¿Crees que soy demasiado atrevido? Es que lo que me ha pasado me ha hecho darme cuenta de que no debemos perder el tiempo y no quiero esperar a que pase este año para conocerte mejor. Si no contestas esta carta supondré que ya no quieres saber nada más de mí y lo respetaré, pero he de decirte que estoy deseando tener noticias tuyas en el futuro.*

*No puedo olvidar esos hermosos ojos azules, preciosa.*

*Reece"*

Se llevó la carta al pecho sintiendo que su corazón se le salía de la impresión. —Quiere conocerme…

Las dos sonrieron porque no podía disimular su ilusión. —Es estupendo, niña.

Miró la carta fascinada. —Recuerda el color de mis ojos.

—Es que tienes unos ojos preciosos —dijo May—. ¿Vas a contestar?

—Claro que va a contestar. —La miró esperanzada. —¿Verdad? No debes dejar pasar un hombre así, niña. Es un hombre de los pies a la cabeza, solo hay que ver como cuida a su madre. Si te entrega su corazón daría la vida por ti.

—No sabía que esa cárcel era tan peligrosa —dijo fulminando con la mirada a May—. ¡No me lo dijiste! ¡Contrata más gente!

—¡Mi primo no conoce a nadie más!

—Búscate la vida. —Se levantó y fue hasta el despacho con la carta en la mano. Se volvió de golpe con los ojos como platos. —¿Cómo explico el cambio de letra?

—Dile que tenías la muñeca hinchada y que no podías escribir en ese momento. Que yo lo hice por ti. —Lizz le guiñó un ojo. —Lo entenderá, sobre todo si abres tu corazón.

Se sonrojó con fuerza. —¿Abrir mi corazón? No, claro que no. Solo voy a escribirle para que no se sienta tan solo, eso es todo.

—Pues muy bien —dijo May sin creerse ni una palabra con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Busca a alguien que le proteja! —exclamó antes de entrar en el despacho dando un portazo.

Reece cogió las cartas que le tendía el carcelero y sentándose en la cama buscó impaciente entre ellas. Cuando vio otra letra en el remitente frunció el ceño y la abrió a toda prisa. Al leer las primeras líneas sonrió.

—¿De quién es?

Jim intentó mirar y Reece tumbándose en la cama dio una patada por debajo del somier que le hizo gemir. —Qué mala leche tienes.

No le hizo ni caso y continuó leyendo atentamente.

*"Así que como ves mi letra es mucho peor que la de mi ama de llaves que tiene esa caligrafía tan bonita. Mis profesores en la universidad decían que tenía letra de médico y te aseguro que me estoy esforzando un montón para que entiendas algo de lo que escribo porque a veces no la entiendo ni yo. Me voy por las ramas… No te guardo rencor porque fue culpa mía distraerme."*

Reece sonrió llevando el brazo hacia atrás para colocarlo tras la cabeza y siguió leyendo.

*"Y reconozco que tampoco he podido olvidar ese día. Quizás es por la rehabilitación. ¿Te has reído?"* —Reece sonrió aún más. —"*Quería que te rieras. Seguramente no te has reído porque no soy graciosa en absoluto. Mi ayudante dice que tengo muy mala leche, ¿sabes? No soy todo dulzura y ricitos rojos. Porque es mi color, de veras. La mayoría de la gente cree que soy teñida pero no, es todo mío. Y dicen que las pelirrojas están algo locas, así que aún puedes salir corriendo. Ah, que no puedes. Mira, igual debería aprovecharme y acosarte, como no puedes escapar… Aunque simplemente podrías no abrir las cartas. Y eso sería una pena porque a mí también me gustaría conocerte, por eso te envío una lista de preguntas para ir más rápido."*

Sorprendido dio la vuelta a la hoja para ver veinte preguntas y divertido siguió leyendo —"*Debes ser sincero, no como cuando me dijiste que la carta la había enviado el abogado y en realidad me la llevó tu madre. ¿Por qué mentiste? Esa es la primera pregunta."*

Volvió la hoja y al ver que no se despedía se levantó de inmediato para ir al pequeño

escritorio.

—Esa tía debe ser la leche. Es la única a la que le has hecho caso…

—Cierra la boca. —Le fulminó con la mirada mirándole sobre su hombro. —Ni se te ocurra volver a hablar de ella nunca más con esa boca tan sucia que tienes, ¿me oyes?

Asombrado por su agresividad levantó las manos en son de paz y Reece se volvió para coger una hoja para empezar a escribir.

Sentada en la junta leía la carta que le acababa de dar May y soltó una risita haciendo que su vicepresidente se detuviera en seco en la presentación que estaba realizando. Perdió la sonrisa de golpe. —Uy, perdón. Me pica la garganta.

Antes de que se diera cuenta el director de proyectos le estaba llenando el vaso de agua a toda prisa. —Gracias.

—De nada.

Este se sentó en su sitio y sintiéndose observada bebió un traguito. —Continúa, por favor.

Mientras seguía hablando de la planta ella miró hacia la carta y disimuló otra risita. Le decía que había dicho lo del abogado porque si se enfadaba le echaría la bronca a él y él le echaría la bronca a Reece, lo que le confirmaría que la buena samaritana había sido ella aunque no contestara la carta. Qué listo. De una manera u otra se hubiera enterado si tenía razón en sus suposiciones. También le respondía a todas las preguntas. Y se extendía bastante. Vaya, y ella que tenía esa reunión no podía leerla con detenimiento como quería. Levantó la vista distraída y se dio cuenta que las veinte personas que había allí la miraban fijamente como si esperaran una respuesta. Mierda.

—Jefa, tenemos que irnos —dijo May levantándose de golpe mirando el móvil. —. Lizz no se encuentra bien.

Palideció levantándose. —¿Qué?

Se acercó a ella a toda prisa. —Ya estoy llamando al chófer.

Cogió su bolso y sus papeles antes de decir —Señores pospongamos la reunión.

—Sí, por supuesto. Espero que no sea nada —dijo su vicepresidente.

Prácticamente corrieron hacia la puerta y preguntó —¿Qué le pasa? ¿Le duele el pecho?

May pulsó el botón. —Está bien —susurró.

Asombrada entró en el ascensor. —¿Estás loca? ¿Cómo me das un susto así?

—Porque estabas en la inopia y a punto de decir algo simplemente por salir del paso. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Qué te dice?

—Ah, no. A partir de ahora es privado. —Le entregó sus papeles antes de centrarse en la carta.

—¡Jo! ¡No es justo!

—No seas cría. ¡Y no me distraigas! —Siguió leyendo y soltó una risita. —Se hizo el tatuaje en Hawái cuando estuvo allí destinado. Dice que le va a pintar el cabello de rojo cuando salga.

—Que romántico —dijo con pitorreo saliendo del ascensor.

La fulminó con la mirada. —¿Ves? ¡Ya no te cuento nada más! —Siguió leyendo y sonrió como una niña. —No le gustan las motos. No es motero.

—¿Querías que fuera motero? —preguntó horrorizada.

—En Cape Cod tengo una moto. Una Vespa.

—Pues con lo mal que conduces yo llevaría un tanque.

—No sé cómo te soporto. ¡Me distraje!

—Ya, como en la reunión. Ese te distrae mucho.

—Qué tontería. —Miró la carta de nuevo justo antes de chocar con la cristalera que estaba al lado de la puerta que mantenía abierta el portero.

—¡Señorita Hightway! —La cogió por el brazo solícito. —¿Está bien?

Leche, qué porrazo. Se llevó la mano a la nariz y asintió. —Sí, claro. Me he distra… —Miró a May que levantó ambas cejas rubias con cachondeo. —¡Vale, la leo en casa!

—No, si a mí…

—Aguafiestas. —Bob abrió la puerta del coche y ella ignoró que tenía un cigarrillo en la

mano.

Cuando May terminó de echarle la bronca entró en el coche para ver como devoraba la carta. —¿Irás a verle?

Parpadeó sorprendida antes de mirarla. —¿Qué?

—A la cárcel. ¿Irás a verle?

—Pues no lo había pensado. Además es muy pronto, ¿no?

—Es que así descubrirás si lo que empiezas a sentir por él es de veras o es una fantasía que te estás montando. Nada como verle y hablar con él para no imaginarse cosas. Una vez me organizaron una cita a ciegas, durante semanas me hablaron de él y te aseguro que cuando le vi en persona me llevé un chasco de primera. Mejor no fomentar las ilusiones e ir al grano.

Se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. —Todavía no. Además, no me lo ha pedido. —Negó de nuevo con la cabeza. —No, es mejor esperar un poco.

—Yo solo te aviso como es mi obligación.

—Pues muchas gracias.

—De nada, para eso estamos. —Estiró el cuello. —¿Y qué te dice?

—No te lo voy a decir —respondió distraída leyendo la carta. Sonrió—. Dio su primer beso con doce años.

—Mira que espabilado. Yo con quince.

La miró sorprendida. —¿De veras? Yo con once.

—Ah, entonces la espabilada fuiste tú.

Hizo una mueca. —En realidad me lo robaron en un campamento de verano. Le expulsaron en cuanto mi abuelo se enteró.

—Joder con tu abuelo.

—Hizo bien, era un descarado.

—¿Cuántos años tenía?

Se sonrojó. —Trece.

—¿Y el de verdad? Porque eso tuvo que ser un pico.

Se puso como un tomate. —¿Qué?

Entrecerró los ojos. —¿Cuándo te diste tu primer beso de verdad?

—¿Y tú?

—Con quince, en cuanto empecé ya no paré hasta que tuve que pararle del todo, no sé si me entiendes. ¿Y tú?

—Con ven…

—¿Qué? No te he oído.

—¡Con veinte!

Dejó caer la mandíbula de la impresión.

—¿Qué? ¡Es que mi abuelo luego no me quitaba ojo! Menos mal que en la universidad se relajó en mi tercer año porque estaba arruinando mi vida social.

—¿No perdiste la virginidad hasta los veinte?

—¿Por quién me tomas? Hablábamos de besos.

May la miró sin comprender antes de dejar caer la mandíbula del asombro. —¿Eres virgen? ¡Si vas a cumplir los veintiocho!

—¿Y?

—No me lo puedo creer. ¿Para quién te reservas?

—Para mi marido.

—¿Todavía hay tías como tú? ¡Antes de casarte tienes que catarlo! ¿Y si no funciona o no sois compatibles? ¡Eso por no mencionar que no habrá tío que aguante hasta la boda! ¡Te vas a quedar para vestir santos!

—No digas tonterías. —Miró la carta de nuevo. —Cuando es el adecuado eso no es problema. Me lo dijo mi abuelo.

—¡Tu abuelo era del siglo pasado! —Se acercó más a ella en el asiento. —¿Y tú no tienes ganas?

—Pues no. —Se encogió de hombros como si le diera lo mismo.

May miró la carta. —Igual es porque no era el adecuado. Si Reece estuviera fuera no te

negarías.

Se sonrojó sin dejar de leer. —Sí que lo haría.

—Sí, claro… que te ibas a resistir a ese cañón de hombre. En cuanto te dé un beso se te caen las…

—¡May! —exclamó su tío desde delante—. ¡Esa lengua, niña!

Asombrada miró hacia la mampara de separación antes de ver que el altavoz de la limusina estaba encendido. —¿Nos está escuchando?

—Uy, se debió quedar encendido en algún momento.

—¿En algún momento? —dijo alterándose—. ¿Es que no puedo tener intimidad en mi propio coche? —La luz se apagó en el acto. —¡Sí, ahora!

—Él no se lo contará a nadie. Sobre ese problema tuyo…

—¡No tengo ningún problema! —Cerró la carta y la metió en el bolso. —Quiero una noche de bodas tradicional.

—Sí, que seguro que tu abuela no pilló cacho antes de casarse.

—Claro que no. ¡Era virgen!

—Eso decía mi abuela. Y mi tía, pero después una se entera de la verdad. Menudo morro tienen con eso de ser castas y puras en la noche de bodas. Solo lo dicen para que nos aguantemos y no les lleguemos con un bombo en la adolescencia, pero bien que se lo pasaron ellas.

—¿De veras hicieron eso?

—Mi tía se casó preñada, no te digo más. —Hizo un gesto con la cabeza. —De ese precisamente.

—Pues mi abuela se estrenó con mi abuelo. Mi abuelo dijo que fue una noche de cuento. Muy romántica.

—Sí, claro. Mi primera vez me dolió un huevo y me quedé con las ganas de un orgasmo como Dios manda. Fue totalmente decepcionante.

—Mi abuelo era diez años mayor que mi abuela. Seguro que era experimentado. Eso es importante.

—Pues tienes razón. El mío tenía mi edad y no sabía ni por dónde empezar.

—¿Ves? —Sonrió ilusionada. —Yo quiero que mi boda sea perfecta de principio a fin.

El coche se detuvo e impaciente por leer la carta de nuevo tranquila y a solas dijo —¿No sales?

—Oh, sí claro.

En el ascensor la miraba como si fuera una aparición. —¿Quieres dejarlo ya?

—Es que me parece increíble. Eres un mito con patas.

—Qué tontería. Hay un montón como yo. En la universidad conocí una.

—Seguro que era fea con ganas.

—Qué va. —Lo pensó seriamente. —Bueno, no era muy agraciada, pero era muy simpática.

—Sí como si la simpatía fuera lo primero que ven los hombres. ¿Fue lo primero que Reece vio de ti?

—Oh, cállate.

Su ayudante se echó a reír y Jolyne salió del ascensor. Pero ante la puerta se detuvo en seco al ver un pequeño paquete envuelto en un papel dorado. —¿Qué es eso?

—Ni idea. —May se agachó para cogerlo y ambas vieron que tenía una etiqueta colgando con su nombre. —Es para ti.

—¿Será suyo? ¿Lo habrá traído su madre? —preguntó ilusionada cogiéndolo a toda prisa.

La puerta se abrió mostrando a Lizz. —¿Qué hacéis ahí?

Entró corriendo en la casa y dejó el bolso sobre la mesa del recibidor para rasgar el papel emocionada. Al quitar el papel perdió la sonrisa poco a poco al ver que la caja de cartón tenía fotos pegadas suyas en distintos actos. Qué raro.

—¿Qué es eso? —preguntó May mosqueada.

Levantó la tapa lentamente y vio una pequeña muñeca de porcelana de cabello pelirrojo. La sacó para ver en el centro de su frente un punto rojo y lo que parecía sangre corriendo por su rostro.

Lizz jadeó tapándose la boca de la impresión. —Hostia —dijo May cogiendo la muñeca de

sus manos—. ¿Quién sería el gilipollas?

—Cualquiera que me tenga rencor —dijo como si nada disimulando el mal cuerpo que se le había quedado—. Será de Vicent por haberle echado y quiere asustarme.

—¿Del carcamal?

—Niña, llama a la policía. Eso es una amenaza de muerte.

—Venga, no es la primera vez que recibo algo así. ¿Recuerdas cuando asumí la presidencia de la empresa? Recibí anónimos de accionistas que estaban muertos de miedo por el cambio. Que hay que ser idiota para enviar un anónimo desde tu correo electrónico. La cara que pusieron cuando los saqué en la reunión de accionistas. —Sonrió sin darle importancia. —Esto es igual. Si no ha sido Vicent, es alguien que está cabreado por el cambio. Cuando vean que no pierden su dinero todo volverá a la normalidad. —Cogió su bolso. —Voy a ducharme y a dormir un rato. Me empieza a doler la cabeza.

Lizz asintió. —Si empeoras tómate un analgésico. No dejes que te duela demasiado. Sé que no te gusta tomar analgésicos, pero ya oíste al neurólogo. Ahora te subo un zumo de frutas.

Le guiñó un ojo y fue hasta las escaleras. Empezó a subir a toda prisa y estaba a la mitad cuando dijo —Mañana me voy a Cape Cod.

—Me voy contigo —dijeron las dos a la vez a toda prisa.

Sonrió llegando arriba mientras ellas abajo miraban de nuevo la muñeca. —May llama a un detective. Que investigue esto. Estoy segura de que no quiere denunciarlo por si se entera la prensa, pero tenemos que hacer algo. Esto no es un mail que envía un descerebrado.

Asintió dejando la muñeca en su caja y la giró ante sus ojos. —Las fotos son recientes—. Señaló una. —Esta es la gala de hace un mes. Esto me pone los pelos de punta. Buscaré un detective hoy mismo. Trae una bolsa, me voy a llevar hasta el papel de regalo. Si pregunta donde estoy dile que me he ido a casa a hacer la maleta.

—De acuerdo.

# Capítulo 4

—Madre mía, qué rollo —dijo May aburridísima—. ¿Por qué no cambias la música?

—Oye, ¿por qué no te has ido en avión?

—¡Eso me pregunto yo! ¡Por qué tenemos que meternos cuatro horas y media de coche cuando tienes avión privado! —dijo como si estuviera chiflada.

—Lo hace así siempre. Le dan miedo los aviones —dijo Lizz desde atrás mientras miraba una revista.

—No me dan miedo los aviones.

—¿Y no te dan miedo los coches después de que casi te matas? —preguntó como si no hubiera dicho nada.

—No me dan miedo los aviones. ¡Me gusta conducir!

—¡Pero si en la ciudad tienes chófer!

—¡Me gusta conducir por carretera! ¡Y no seas pesada que te dejo en la primera gasolinera! —Adelantó a un coche y vio como May se agarraba al asiento. Jadeó indignada. —¡Oye, que conduzco muy bien!

—Ya claro, pero por poco te vas al otro barrio. Menos mal que este cuatro por cuatro parece un tanque.

—Yo la obligué a que se lo comprara. El más seguro del mercado. Quería comprar otro clásico.

—¿Estás loca? Al menos esto tiene airbags.

—Uy, que fin de semana me vais a hacer pasar. ¡Yo vengo a relajarme!

—Que ganas tengo de ver como es el pueblo.

—Es precioso y la casa una monada. Se la regaló su abuelo, ¿sabes? En su dieciocho cumpleaños.

—¿De veras?

Sonrió recordando ese momento. —Me llevó por casualidad. Tenía un amigo allí que se casaba de segundas nupcias y me llevó con él a la boda. Me enamoré de ese sitio en cuanto lo vi y en mi siguiente cumpleaños me sorprendió con la casa. Dijo que era lo bastante responsable como para hacerme cargo de ella. Que merecía tener mi refugio en el lugar de mis sueños. Si algún día me retiro lo haré allí. No es como los Hamptons, ¿sabes? Es como el pueblo de esa serie, la de Jessica Flechert.

—Me encantaba esa serie. Tengo entendido que tiene mucho ambiente en verano.

—Oh, sí. Mucha gente va allí de vacaciones. Me encanta ver llegar los barcos desde la terraza.

—Estoy deseando llegar. ¿Queda mucho?

—Ya hemos llegado. —En ese momento salieron de la autopista y no tardaron en ver la entrada del pueblo. —Bienvenida a Provincetown.

Atravesaron el pueblo y sonrió porque May parecía encantada. —Hay artistas pintando en la calle.

—Sí, es un pueblo muy bohemio. —Giró el volante y se metieron por una calle. —Ya hemos llegado.

May estiró el cuello al ver como se abría la verja mecánica y dejó caer la mandíbula del asombro por la casa de madera de tres tejados empinados. Pintada de blanco con las ventanas en verde era una preciosidad con sus flores en los alfeizar de las ventanas. —¿Una casita muy cuqui? ¡Debe tener diez habitaciones!

Se echaron a reír. —Mi abuelo siempre pensaba en el futuro.

—Está muy bien cuidada —dijo mientras frenaba ante el garaje trasero.

—Tengo un matrimonio que la cuida todo el año.

—Sí, así que yo no daré un palo al agua. Solo vengo para tomar el sol. Uy, tengo que ir al baño. —Lizz salió del coche y sonriendo Jolyne pulsó el botón para detener el coche

—¿Qué te parece?

—Estoy deseando ver la playa.

—Pues solo tienes que ir por allí —dijo mostrando el porche.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué? ¡Estás de broma! —Salió del coche corriendo y rio siguiéndola. El porche lateral de la casa acababa en un gran porche sobre la arena que daba a una playa privada y al fondo se veía el puerto. —¡Esto es la leche! —gritó su ayudante emocionada—. ¡Voy a ponerme el bikini!

Rio viendo como corría hacia el coche, pero regresaba a toda prisa. —¿Tienes barco? —Sonrió levantando una de sus cejas pelirrojas. —¡Te quiero!

Riendo se giró y miró el mar respirando hondo. Sin darse cuenta sus pensamientos fueron a parar a cierta sirena y deseó que estuviera allí. Apretó los labios antes de entrar en la casa.

Reece sonrió viendo la fotografía de las tres ante una mesa llena de langostas. Robert se sentó a su lado. —Al parecer se lo pasan bien.

—Han estado el fin de semana en Cape Cod.

—Joder, cómo viven los ricos.

Reece asintió metiendo la foto en el sobre y abrió la cremallera para metérselo dentro del mono. Su amigo le miró interrogante.

—La cosa va bien. Me ha enviado tres cartas esta semana.

Le golpeó el hombro. —Perfecto chaval. ¿Ya le has dicho que vaya a ver a tu madre?

—Todavía no.

—No esperes mucho. En cuanto le digas que estás preocupado por ella irá corriendo, ¿para qué demorarlo?

—Déjame a mí, ¿quieres?

Robert forzó una sonrisa. —Sí, claro.

Reece pensativo miró a su alrededor. Carlos con la cara amoratada estaba hablando con tres en voz baja.

—Al parecer quiere más. ¿Cuántos te protegen ahora?

—Nueve —respondió divertido—. Y algunos no pueden protegerse a sí mismos como para protegerme a mí.

Robert rio por lo bajo. —Está muy interesada porque salgas de aquí entero.

Lo dijo de una manera que le hizo mirarle. —¿Y eso es malo?

—En absoluto. Para tus planes es perfecto. —Se levantó. —Tengo turno en la cocina, te veo luego.

Le observó mientras se alejaba y tuvo un presentimiento que no le gustó un pelo. Tendría que vigilarle. Cuando su amigo salía de la sala de lectura vio que miraba disimuladamente hacia Carlos lo que le llamó muchísimo la atención. Se giró para ver que Carlos también miraba hacia él y Reece disimulando cogió el libro antes de levantarse. Sí, tendría que vigilarle.

Nerviosa se pasó la mano por su vientre estirando el vestido de gasa azul que llevaba antes de mirar el telefonillo y pulsar el treinta y seis B. Se llevó la mano al cabello para asegurarse de que estaba bien. —¿Si? —preguntaron al otro lado sobresaltándola.

—¿Señora Princeton?

—Sí, soy yo.

—Soy Jolyne Hightway. Venía porque…

—Oh, mi hijo me ha hablado mucho de ti. Pasa niña.

Sorprendida parpadeó. Sabía que su madre le había llevado la carta y alguna explicación tuvo que darle Reece para que lo hiciera, pero de ahí a hablar mucho de ella... Más nerviosa aún, cuando escuchó el sonido empujó la puerta y entró en el portal mirando a Bob que desde su coche la observaba con el ceño fruncido como si aquello no le gustara un pelo. Se mordió el

labio inferior por los grafitis y los buzones rotos que había al final del pasillo. La verdad es que aquella zona de Queens estaba muy abandonada y le sorprendía que habiendo tenido Reece un trabajo vivieran allí. Subió por las escaleras porque aquel ascensor no lo tocaría ni con un palo y cuando llegó al tercer piso pasó al lado de una niña de unos cinco años que estaba jugando en el pasillo con una muñeca que había tenido tiempos mejores. Alucinada porque estuviera allí sola, miró a un lado y al otro antes de agacharse. —¿Y tu mamá?

—Trabajando.

—¿Y quién te cuida?

—La abuela.

La puerta se abrió de golpe para mostrar a la mujer de la foto, pero estaba mucho más pálida y delgada. —Oh, niña… qué alegría conocerte —dijo sonriendo obviamente agotada.

—Es un gusto conocerla. —Se acercó rodeando a la niña que miraba hacia ellas sin levantarse de delante de la puerta.

—Milly, ¿qué te he dicho de jugar en el pasillo? ¿Dónde está tu abuela?

—En la compra. Te he llamado, pero debías estar dormida. —Como si nada se levantó y entró en la casa con la muñeca en los brazos.

La señora Princeton se sonrojó. —A veces la medicación me deja grogui.

—Lo entiendo perfectamente —dijo forzando una sonrisa.

—Por favor, entra. Qué alegría conocerte. Reece está como loco contigo.

Se sonrojó de gusto siguiéndola al interior de la casa, que aunque era muy modesta estaba impecablemente limpia. Lo primero que se encontró fue una foto de Reece vestido de militar y separó los labios de la impresión por las condecoraciones de su pecho. —No entiendo mucho de graduaciones —dijo señalando la foto.

—Teniente y por su última misión en Kabul estaban a punto de ascenderle por su valor.

Impresionada no se lo podía creer. —¿Y por qué…?

—¿Acabó de camionero? Por mi culpa, como todo —dijo con tristeza llegando al pequeño saloncito donde Milly sentada en el sofá seguía con su muñeca—. Por favor siéntate. ¿Quieres

tomar algo? No sé qué tengo en la nevera, no he ido a hacer la compra, pero…

—Por favor, señora Princeton siéntese —dijo preocupada porque cada vez estaba más fatigada.

—Llámame Porcia.

—Siéntate Porcia, creo que lo necesitas.

La mujer se sentó y suspiró del alivio sin dejar de observarla. Jolyne cogió una silla de la pequeña mesa redonda que había ante la ventana y se sentó ante ella cruzando sus preciosas piernas. La mujer miró sus zapatos de mil doscientos dólares y por primera vez en su vida se sintió avergonzada de su derroche, pero ya pensaría en eso. —¿Cómo te encuentras?

—Oh, muy bien.

Era evidente que le mentía y sabía de sobra la razón. —No se lo diré a Reece.

Vio en sus ojos verdes que la creía y la mujer sonrió con pena antes de decir —Cada día peor, niña. Ya no tengo fuerzas ni para hacer la comida.

Le dio muchísima pena. —¿Nadie te ayuda?

—Me ayudaba Reece. Él se encargaba de todo desde que murió mi marido.

—Por eso lo dejó.

—Su sueldo y mi pensión no daban para todo. Como la mujer que me cuidaba y las medicaciones. Algunas no las cubre el seguro y… Así que decidió dejarlo para ayudarme. De camionero ganaba más, ¿no es increíble? Cuando no estaba había una mujer que me cuidaba unas horas al día para hacer las tareas de la casa y todo lo demás. Y así íbamos tirando.

—Y pasó lo que pasó.

—Reece está en la cárcel —dijo Milly.

—Pero no es un hombre malo —respondió ella a toda prisa.

—No, claro que no. —Lo dijo tan segura que Jolyne sonrió sin poder evitarlo. —Me regaló esta muñeca por mi cumpleaños.

La madre de Reece sonrió con tristeza. —Cuando mi hijo fue acusado le echaron del trabajo y a mí me dio un infarto. El segundo en cuatro años. Como no podíamos mantener la casa porque

llegaban los impuestos decidimos venderla, pero se aprovecharon y nos dieron una miseria. Estaba en Brooklyn, ¿sabes? Un barrio muy bonito. —Jolyne apretó los labios de la rabia por cómo se habían aprovechado de ellos. —Había que pagar las facturas del hospital y Reece dijo que debíamos ahorrar todo lo posible porque no sabíamos lo que iba a pasar. En aquel momento podía pasarse todavía media vida en la cárcel y estaba muy asustada. —De repente sonrió. —Pero solo estará un año y con el dinero que tenemos ahorrado podré vivir hasta que él salga y aún quedará para después. Dice que contrate a alguien, que en cuanto salga trabajará y volveremos a Brooklyn, pero nunca se sabe. —Alargó la mano y cogió la suya con afecto. —Y todo gracias a ti. A tu ayuda. Mi niño estará de vuelta pronto porque tú conseguiste un trato excelente.

Era evidente que no sabía nada de la posibilidad de un juicio y que podía haber sido absuelto y ella no pensaba decir ni pío para no disgustarla. Bastantes disgustos se había llevado ya.

—Así que os vinisteis aquí.

—No era muy bonito, pero Reece lo arregló, ¿sabes? Lo pintó y colocó mis muebles. Además, puede que el edificio no tenga buena pinta, pero son todo familias trabajadoras y buena gente.

Ahora entendía que Milly estuviera en el pasillo tan pancha. Sonrió a la niña que le guiñó un ojo descarada. —Me gusta tu pelo.

—Muchas gracias. Aunque a mí me gusta más el tuyo.

La niña se tocó un mechón de su melena rubio platino. —Bah, el mío lo tienen muchas. El tuyo es especial.

—Sí que lo es —dijo Porcia—. Ella es especial por dentro y por fuera.

—No es para tanto. Lo habría hecho cualquiera. ¿Sabes cómo le conocí?

La mujer asintió. —Sí, me lo dijo mi hijo. Te salvó la vida.

—Exacto. Y por eso voy a ayudarte a recoger tus cosas y te vas a venir conmigo. En mi casa te cuidarán como a una reina.

—Niña, ¿pero qué dices?

—Digo que mientras Reece no pueda hacerse cargo, aquí estoy yo. Tranquila que yo

tampoco voy a mover un dedo. —Cogió su móvil del bolsillo exterior de su bolso levantándose y se acercó a la ventana. —¿May? Te quiero aquí en diez minutos. Vamos a trasladar a la señora Princeton a mi casa. Y pídele cita con el cardiólogo de Lizz, quiero saber su opinión. —Colgó y se volvió sonriendo. —Bueno, ¿tienes una maleta?

—Oh, y tengo una habitación de cuento de hadas, hijo —dijo su madre al teléfono emocionada—. Más grande que el apartamento. —Reece apretó los labios. —Y esta tarde he ido a una clínica privada y me han hecho un montón de pruebas. Jamás me habían tratado tan bien. El cardiólogo dice que mañana me dan los resultados. Lizz es fantástica. ¿Te he hablado de Lizz? Es el ama de llaves de la niña. Nos llevamos muy bien. También está May que es la ayudante de nuestra Jolyne y su prima que trabaja con Lizz, pero esa es una vaga de primera. Ya la meteremos en vereda…

Sonriendo se volvió porque los de la fila le miraban como si quisieran estrangularle por tardar, así que les dio la espalda. —Me alegro mucho, mamá.

—Cómo me alegro de oír tu voz —dijo su madre emocionada—. Teníamos que habernos llamado antes.

—Mamá, no llores. —Escuchó a alguien hablar al otro lado y se le cortó el aliento. —¿Es Jolyne?

—¡Sí, está aquí! ¿Quieres hablar con ella? Toma niña, seguro que quiere darte las gracias.

—No, aprovecha tú la llamada.

—No digas tonterías. Toma.

Escuchó como cogía el teléfono móvil de su madre y se quedó en silencio durante unos segundos antes de decir —No sé cómo agradecerte…

A Jolyne se le cortó el aliento por lo que sintió al escuchar su voz por primera vez. —No termines esa frase. ¿Qué tal el día?

—Hoy he hecho un amiguito nuevo. —Ella se echó a reír y le dio un vuelco al corazón.

Sorprendido frunció el ceño, pero siguió hablando. —¿Y el tuyo?

—Oh, hemos estado muy ocupadas como te ha dicho tu madre. Y hemos ido al salón de belleza.

—¿A hacerte qué exactamente?

Jolyne sonrió. —Pues me he cortado las puntas y me he hecho la manicura, la pedicura y una limpieza de cutis. Y tu madre se ha teñido con un color que le queda estupendamente menos rubio y se ha hecho un microblending.

—¿Un qué?

Ella se echó a reír a carcajadas. —Es un tatuaje para las cejas.

—¿Que mi madre se ha hecho qué?

—Te aseguro que le queda genial.

—Nena, no tienes que hacer estas cosas.

—Nos fuimos las cuatro y lo pasamos estupendamente.

—¡Oye, tío me estás tocando los huevos! ¡Cuelga de una vez! —gritaron tras él.

Jolyne perdió la sonrisa de golpe. —Tienes que colgar. —Escuchó como suspiraba y sintió una pena enorme. —No te preocupes, hablaremos mañana.

—¿Me escribirás contándomelo todo?

Su corazón dio un vuelco en su pecho. —Claro que sí.

—No dejes de escribir, nena. Lo necesito. Buenas noches.

—Buenas noches. —Cuando escuchó como colgaba el teléfono se quedó mirando el viejo móvil de su madre durante varios segundos.

Porcia le acarició la espalda apretando los labios. —Mi hijo es muy fuerte.

—Claro que sí. —Sonrió volviéndose hacia ella para entregarle el móvil. —Qué suerte que ha llamado. Ha sido una sorpresa.

—Seguro que alguien se ha chivado de que me he mudado antes de que pudiéramos escribirle para contárselo. La gente es muy cotilla. ¿Verdad May?

May sentada en el sofá se puso como un tomate. —¿Qué?

—Tu tía vive en mi antiguo barrio, ¿no? Y tenía un… no sé si era un sobrino o un primo en esa prisión por robo, ¿no es cierto?

Divertida vio como su ayudante se miraba el reloj de pulsera. —Uff, qué tarde es. Mi novio debe estar pensando que paso olímpicamente de él. Mejor me voy a darle un repaso que luego se relaja. —Al ver que las dos parecían mosqueadas dijo a toda prisa —¿Qué? Ha llamado, ¿no? No sé para qué queréis tanta carta cuando el teléfono es mucho más rápido.

—Porque en la llamada casi no da tiempo a nada —protestó Jolyne.

—A mí no me disimules que casi se te cae la baba al hablar con él.

Se puso como un tomate mirando de reojo a Porcia. —No, a mí no…

—¿Ah, no? —preguntó como si le estuviera dando un disgusto gordísimo.

—Bueno, nos estamos conociendo.

—¡Ja! —May fue hasta la puerta.

—¡Es verdad!

—Anda, vete a escribir la carta que sino no duermes. Mañana tenemos reunión de accionistas y luego no estás centrada.

—Serás…

Riendo su ayudante se fue de casa mientras Porcia soltaba una risita. Carraspeó enderezándose. —Tengo que escribir unos mails. ¿Le puedes preguntar a Lizz si queda mucho para la cena?

—Claro, niña. Vete a escribir la carta tranquila que te esperamos.

Puso los ojos en blanco porque estaba claro que nadie la creía. Minutos después sentada ante su escritorio no podía dejar de escribir y cuando acabó la carta se dio cuenta de que eran seis folios y que contaba cosas de su vida que solo sabían los más allegados, pero lo que más la sorprendió fueron las lágrimas en sus mejillas. A punto estuvo de romperla en dos, pero algo la detuvo. Él tampoco le había contado tantas cosas de su vida. Vale que relataba lo que estaba pasando en prisión, pero lo decía muy por encima. No se había abierto a ella y esa carta era demasiado profunda, ¿no? Dudó mordiéndose el labio inferior. Igual si ella se abría a él, Reece la

correspondería en la siguiente carta. Sí, seguro que lo hacía. Sin pensarlo más la metió en un sobre. Era un buen hombre y estaba haciendo lo correcto. Si querían avanzar debían conocerse bien y su infancia era parte de su vida.

Reece apretó los labios dejando caer la mano que sujetaba la carta sobre su pecho. Al parecer su vida no había sido de color de rosa. Volvió a leer:

*"Te preguntarás dónde está mi madre. Nunca he tenido. Bueno, sí he tenido, pero fue un vientre de alquiler. Mi padre era gay y nunca quiso salir del armario como se dice coloquialmente. Le avergonzaba lo que la gente pudiera pensar y sobre todo lo que pensaran mis abuelos que era muy rígidos en sus opiniones. Cuando me tuvo, según sus allegados no podía ser más feliz y los pocos recuerdos que tengo de él son jugando conmigo o trayéndome del colegio. Era muy pequeña cuando murió. Se suicidó, ¿sabes? Un paparazzi le hizo una foto al salir de un local de ambiente y al publicarse en la prensa no lo soportó. Para mi abuela fue un golpe tan duro enterarse de todo que jamás se recuperó. Se echaba la culpa de que su hijo no hubiera tenido la confianza de sincerarse con ella. Murió tres años después. Dicen que se puede morir de la pena, aunque los médicos dijeron que había sido un trombo. No sé. Esa sí que fue una época dura porque mi abuelo aunque me adoraba no sabía qué hacer conmigo y tuvimos unos meses de adaptación. Se ocupó de mí junto con Lizz lo mejor que pudo. Y debo reconocer que fueron años muy felices. Le echo muchísimo de menos porque un cáncer me lo arrebató hace dos años. Es increíble lo poco que apreciamos lo que tenemos hasta que lo perdemos."*

Reece suspiró mirando la foto que tenía pegada al somier de arriba de las tres en la comida en Cape Cod.

—Tío…

Levantó la vista para ver a uno de los hombres de Carlos ante la puerta de su celda. Se tensó sentándose y doblando la carta lentamente. —¿Querías algo?

—Carlos quiere hablar contigo.

—No tengo nada que decirle y no me interesa lo que pueda decirme él.

El tío sonrió con malicia. —Por supuesto que te interesa. Tiene que ver con esa pelirroja que te escribe, así que irás.

Reece se puso de pie enderezándose en toda su estatura y dijo con voz lacerante —¿Qué has dicho?

—En el patio en una hora.

# Capítulo 5

La junta no podía ser más aburrida y mientras Harry no dejaba de hablar sobre los proyectos que tenían entre manos ella disimuladamente revisaba su correo electrónico personal. Galas, invitaciones al teatro y a la ópera…Suspiró del aburrimiento y Harry la miró de reojo sin dejar de hablar. Por inercia abrió el siguiente mail y frunció el ceño porque aparecía en blanco. Al mirar la dirección no reconoció el remitente y bajó el mail hacia abajo para borrarlo cuando vio que tenía un archivo adjunto. ¿Sería de Reece? Lo abrió y se le secó la boca al ver su foto, pero lo que le puso los pelos de punta fue que su cuello estaba rodeado por una soga y tenía un cartel colgado del pecho que decía: “Tic, tac”

Harry sentado a su lado debió verlo porque hasta perdió el habla. Jolyne le dio la vuelta al móvil de golpe y se enderezó en su silla haciendo que su vicepresidente carraspeara y bebiera algo de agua antes de continuar.

Una hora después entre aplausos salieron de la enorme sala atestada de gente y Harry a su lado saludaba con una sonrisa siguiéndola lo más rápido que podía. —Señorita Hightway…

Al llegar al hall ella saludó a uno de sus más antiguos accionistas diciendo las palabras de rigor y despidiéndose con un apretón de manos antes de ir hacia la salida de la empresa. —¡Señorita Hightway!

Suspiró volviéndose a su vicepresidente que llegó a toda prisa. —Disculpe, pero…

—No es asunto suyo.

—Por supuesto que lo es. ¡Es la presidenta de la compañía! ¡Aunque fuera únicamente por negocios esto me atañe!

Al parecer su nuevo puesto ya le había dado arrestos para atreverse a todo. Eso estaba bien, pero no tanto como para que metiera su nariz en su vida privada. —Es asunto mío. —Se volvió dejándole con la palabra en la boca y a través del cristal vio que juraba por lo bajo.

Bob abrió la puerta del coche y entró encontrándose allí a las chicas. —¿Qué hacéis aquí?

—Queríamos sorprenderte —dijo May a toda prisa—. ¿Vamos a comer al In Tempo? He reservado mesa.

Levantó una de sus cejas pelirrojas por la ilusión en sus ojos. Además, se habían puesto sus mejores galas para la ocasión y no quería desilusionarlas.

Sonrió antes de decir —Estoy muerta de hambre.

—¿Y bien? —preguntó horas después al cardiólogo.

El doctor Marchetti suspiró mirando el expediente. —Las pruebas me han dado la razón respecto a la ecografía que le hice en un principio. —Levantó su vista hacia Porcia que estaba pálida de los nervios. —Y supongo que su cardiólogo también le ha dado el mismo diagnóstico.

—Me dijo que igual con otra medicación me encontraría mejor. —Miró de reojo a Jolyne. —O una operación experimental que es carísima… No la cubre el seguro.

—Sé a qué operación se refiere. Desgraciadamente eso no serviría de mucho y menos de manera definitiva. La única solución es un trasplante. —Jolyne separó los labios de la impresión. —Y desgraciadamente la lista de espera es larga.

—¿Un trasplante? —preguntaron las dos a la vez.

—Es la única manera viable. Otro infarto sería catastrófico y seguramente fulminante. Hasta que le encontremos un corazón cambiaré la medicación por otra que encuentro más adecuada. La he utilizado con otros pacientes en su situación y ha dado muy buenos resultados.

Jolyne no se lo podía creer. ¿Tan mal estaba? Y ella llevándola de compras antes de ir a la consulta. —Doctor, pero tengo entendido que es muy difícil que llegue un corazón.

—La incluiré en la lista hoy mismo. Cumple todos los requisitos, pero no le voy a mentir, la

lista es larga y los corazones son pocos. Pero cada vez la gente está más concienciada y donan más. Esperemos que haya suerte. —Volvió la vista hacia Porcia que a pesar de no tener color en la cara parecía serena. —La medicación la mantendrá controlada. Y vendrá a consultas periódicas para que todo vaya bien.

—Pero es que yo no puedo permi...

Jolyne cogió su mano interrumpiéndola. —Doctor, ¿le gustaría formar parte de un proyecto que se me acaba de ocurrir?

El hombre sonrió. —¿Y de qué se trata?

Le miró maliciosa. —¿Cómo se le da hablar en público sobre el tema de los trasplantes?

—¿Qué dices de un trasplante? —Reece apoyó la mano en la pared intentando oír con el ruido que había a su alrededor.

—Es la única solución —logró escuchar.

Apretó el auricular con fuerza. —¿Y la otra operación?

—He hablado con el cardiólogo y solo sería un parche. Si después de seis meses ve que empeora y el corazón no llega lo tomará en cuenta, pero también es un riesgo meterla a quirófano en este estado. Si va a asumir el riesgo prefiere…

—Que sea en un trasplante.

—Exacto.

—¡Joder!

—Ahora está dormida. Le ha dado un sedante para que descansara. Sabe por experiencia que estas noticias no son fáciles de digerir y quiso que descansara. —Él se quedó en silencio unos segundos. —¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Esto es culpa mía.

—No es culpa de nadie.

—Si no se hubiera disgustado…

—Tenía el corazón mal de antes. No te tortures. Además, ya estoy buscando donantes.

Reece frunció el ceño. —Nena, no puedes hacer eso. No se compra un corazón como si nada.

Ella rio. —Claro que no. Lo que estoy planificando es una campaña de donación. La mayor hecha en Nueva York. Más adelante ampliaré territorio porque el órgano podría llegar del otro lado del país. Siempre me están pidiendo a mí para sus causas benéficas, ya es hora de que me echen a mí una mano. Quiero que la gente se conciencie de que hay que donar para salvar vidas.

Reece sonrió. —¿Has encontrado tu causa?

—Sí. Y pienso ponerme en serio. Seguro que alguien me escucha y además podré ayudar a otras personas. El doctor dice que hay mucha gente en lista de espera para distintos órganos. Intentaré ayudar.

—Eres increíble.

—La increíble es tu madre que lo ha tomado con estoicismo. La admiro.

Alguien le dio un empujón y apretó los labios mirando sobre su hombro. —Nena, tengo que dejarte. Me reclaman.

—¡No me ha llegado tu carta!

Sonrió volviéndose. —Te llegará. Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches.

Reece colgó el teléfono en el soporte y se volvió al hombre de Carlos casi pegando su pecho al suyo. —¿Querías algo?

—Que colgaras. —Sonrió con maldad. —No te he escuchado hablarle de Carlos. No la has avisado.

Dio un paso hacia él empujándole. —Si crees que el gilipollas de tu jefe va a intimidarme estás muy equivocado.

—¿No temes por tu novia?

—Si a ella le tocan un solo pelo, te aseguro que Carlos está muerto. —Le miró fríamente. —Igual tendría que matarle ya por haberla amenazado. —Sus guardaespaldas se pusieron tras él cruzados de brazos y el tipo entrecerró los ojos. —O igual tendría que matarte a ti para que capte

el mensaje. He matado mucho, ¿sabes? Te aseguro que no sentiría ningún remordimiento. —Acercó su rostro al suyo. —Dile al mierda de tu jefe que si todavía no me he deshecho de él es porque quiero pasar los meses que me quedan tranquilo. Yo no me meto con nadie, pero como me toque mucho los huevos, como se atreva a poner sus miras en Jolyne porque es un cobarde de mierda que no se atreve conmigo, no voy a dejar nada de él. ¿Él amenaza lo mío? De él no va a quedar nada. Después de cortarle los huevos y sacárselos por la garganta también puedo encontrar a su familia. —Sonrió malicioso. —Te aseguro que como a mi mujer le pase algo no va a quedar nadie que venga a buscarle cuando salga de esta mierda de sitio.

Le empujó en el hombro para pasar. El esbirro de Carlos apretó los puños y Reece dándole la espalda fue hasta las escaleras con sus guardaespaldas detrás. Ignorándoles como había hecho siempre subió al primer piso y recorrió el pasillo deteniéndose ante la celda de Robert. Quedaba una hora para dormir y estaba tumbado en su cama con una revista de motos en las manos. La tensión de sus dedos demostró que se había dado cuenta de que llegaba, pero disimuló. —Hola, amigo —dijo aparentando estar relajado apoyando el hombro en el canto de la puerta—. No te he visto en el patio.

Este dejó caer la revista y mostró el apósito que tenía en la mejilla.

—Joder, ¿qué te ha pasado?

—Me caí. Estoy muy torpe últimamente. —Se sentó con esfuerzo lo que demostraba que tenía el torso hecho polvo. Cuando consiguió levantarse hizo una mueca. —¿Qué tal el día?

Le hizo un gesto a su compañero de celda para que desapareciera y este lo hizo a toda prisa porque no quería problemas con dos exmarines. Entró en la celda y le cogió del apósito tirando de el con fuerza para mostrar la herida. —Seis puntos. ¿Una navaja?

—Ese hijo de puta… Pero ya le pillaré. Me cogieron entre cuatro. Solo es un puto cobarde.

—¿Qué quería?

—Nada, tocar los huevos.

—A mí no me mientas. Quería que fueras tú el que me amenazara con Jolyne, ¿no? —Le miró a los ojos. —Quería que tú me pidieras la pasta por dejarla en paz.

Suspiró sentándose en su cama como si estuviera agotado y apoyó los codos en las rodillas antes de mirarle. —Metí la pata.

—¿En qué?

—El gilipollas de tu compañero ha hablado de Jolyne por ahí. Ha contado hasta que tienes una foto suya pegada en su somier con la que se hace unas buenas pajas. Estos tuvieron curiosidad y cuando estabas trabajando entraron en tu celda. Han leído las cartas y la han buscado en internet. Cuando se enteraron de que era rica no tardaron mucho en pensar que con la pasta que tiene no le molestaría soltar un poco por tu seguridad. Me acorralaron a la salida del comedor y me ordenaron que ayer te transmitiera el mensaje.

—Doscientos mil dólares. Eso no es nada para ella y creían que así mantendría la boca cerrada.

—Exacto, pero pasé de decirte nada, así que esta mañana me dieron el toque. —Se apretó las manos. —Y lo que me jode es que creo que yo les di la idea.

—¿Cómo dices? —preguntó con frialdad.

—Algunos saben que ella paga a esos gilipollas que te siguen. El otro día estaba en el patio hablando con Peter que sé que lo sabe mientras se entrenaba y dije en broma que tu novia bien podía pagarme a mí en lugar de a esos enclenques. Al darme la vuelta los hombres de Carlos estaban allí y supe que había metido la pata.

—Lo vi en tus ojos. Querías sacar tajada.

Cerró sus ojos negros asintiendo. —Joder, no sabes lo que he pasado desde que me echaron del ejército. Y si cerraba la boca conservaría la paga. Una miseria. Licenciado porque un coronel metió la pata y tuvieron que echarle la culpa a alguien. ¡Lo di todo por el cuerpo! ¡Mi mujer me dejó porque nunca estaba en casa, mi hijo no me habla desde que tenía siete años, ¿y todo para qué? Para que me den la patada en cuanto las cosas se ponen feas.

—Fue cuando caíste en la bebida. Me lo contaste.

—Sí. Y cuando iban a echarme de mi casa pensé en sacar partido de lo que había aprendido del ejército. Di un golpe en una joyería y fue tan fácil que repetí. Y terminaron por pillarme. —

Miró al suelo. —A veces ni me reconozco. Y cuando me hablaste de lo que te había ocurrido con esa chica, lo mal que estaba tu madre, te dije que escribieras la carta como una solución a tu problema. Jamás pensé en sacar tajada, te lo juro. Pero luego esa idea empezó a rondar mi cabeza.

—Viste una recompensa para cuando salieras de aquí. No iba a beneficiarme yo solo después de que tú me diste la idea, ¿no?

—Me arrepentí en cuanto se lo dije a Peter, te lo juro. Pero ya fue tarde. No te lo conté porque me daba vergüenza tener la boca tan grande.

Reece apretó los labios. —Ahora ya lo saben. El problema no necesita arrepentimientos, necesita una solución.

—Pues como no nos carguemos a Carlos… Porque ya le has pegado una paliza y no deja de tocar los huevos.

Reece se pasó la mano por la nuca. —Voy a tener que hablar con ella. No quería hacerlo, pero después de llamarla, uno de esos gilipollas me ha vuelto a recordar mi conversación con Carlos. No lo va a dejar a pesar de que le he amenazado, así que tendré que avisarla.

—¿Asustarla para que salga espantada y que no vuelvas a verle el pelo?

—Puede contratar seguridad privada hasta que salga de aquí. Además necesito que esté segura, mi madre necesita un trasplante.

—No me jodas.

Miró sobre su hombro a la celda de enfrente. Sabía que Carlos tenía un teléfono y ahora su celda estaba vacía. —¿Dónde tiene el móvil?

—Detrás del wáter pegado a la pared.

—Vigila.

Cuando dio un paso al frente su amigo le cogió por el hombro. —¿Estás loco? Hay cien ojos en la galería. Ahora no puedes hacerlo. —Apretó los labios. —Mejor espera a la llamada de mañana. —En ese momento Carlos riendo con su compañero se acercaban a su celda y ambos se tensaron. Los dos miraron hacia allí y Reece apretó los puños cuando se rieron de nuevo antes de

entrar en su celda.

—Ve a tu celda, Reece. Mañana decidimos qué hacer. —Le dio una palmada en el hombro y este asintió.

Sabiendo que quedaba poco para que cerraran las puertas salió de allí y subió por la escalera de metal. Recorrió el pasillo, se detuvo ante su celda y al mirar hacia abajo vio que Carlos salía de la suya para señalarse la mejilla con burla. Robert que estaba justo debajo de él debió hacer algo porque este se echó a reír antes de entrar en la celda de nuevo. Reece miró a su alrededor. Había asesinos, violadores, ladrones… Lo mejorcito de Nueva York y tenía que tocarle las narices un camello que se creía Capone. Tendría que encontrar la manera de solucionar ese asunto cuanto antes.

Sentada en el desayuno parpadeó mirando a May que como si nada se sentó a su lado y le robó un croissant. —Perdona, creo que no te he oído bien.

—Necesitas guardaespaldas. Tranquila que ya te lo he buscado y está como un queso. —Sonrió radiante. —Al menos te alegrará la vista.

—No pienso llevar guardaespaldas —dijo indignada—. ¿Es que nunca desayunas en casa?

—No me da tiempo. Me tienes de lo más ocupada —dijo mientras Lizz le servía un café. Gimió de gusto mientras masticaba y dijo con la boca llena —Te quiero.

Porcia soltó una risita antes de beber su zumo de naranja tomándose una pastilla. —Esta niña… No me extraña que estés en los huesos.

—Eso digo yo. —Levantó una ceja hacia su jefa. —No puedes seguir yendo y viniendo tan alegremente. Te han amenazado.

—¿Que han hecho qué? —preguntó Porcia asombrada.

—Oh, sí. Una muñeca con un tiro en la frente —dijo Lizz sentándose con ellas.

En ese momento llegó la prima de May con una bandeja. Puso los ojos en blanco al ver que Lizz se había sentado y al volverse dijo por lo bajo —En esta casa lo hago yo todo.

Lizz jadeó indignada, pero Jolyne volvió al tema. —No fue una amenaza. Fue una tontería de alguien que…

—De alguien que no está nada contento contigo. Por eso debes llevar guardaespaldas. —May bebió de su café. —Además, todos los ricos lo llevan. Hay mucho pirado suelto. Si no es ese es otro, así que hala, a dejarte cuidar y no me des la lata.

—Niña, si te han amenazado… Qué pena que mi hijo no esté aquí para darle a ese una lección.

—Para que acabe en la cárcel de nuevo, ¿no? —Porcia se sonrojó. —Dejadme esto a mí. No es la primera vez que me ocurre y siempre son amenazas que no llegan a ningún sitio. —Señaló a Porcia con el dedo. —Y no le digas una palabra a Reece de esto.

—Sí, Porcia. No le digas nada porque se preocupará —dijo Lizz—. Él no puede hacer nada al respecto.

Su madre apretó los labios. —No, claro que no le diré nada. Pero deberías hacer caso a May y dejar que te protejan.

May sonrió de oreja a oreja. —¿O si no se lo dirás?

Jolyne jadeó viendo como las tres sonreían maliciosas. —¿Me estáis chantajeando?

—Es por tu bien. No te pongas pesada. —May cogió otro croissant y lo mojó en el café. —Encima que te lo doy todo hecho… —Negó con la cabeza como si no pudiera con ella.

Entrecerró los ojos observándola. —¿Y quién es? ¿Eh? ¿Un primo? ¿Un tío lejano? —May se sonrojó. —¡Lo sabía! ¡Siempre me cuelas a los parados de tu familia!

—La familia hay que cuidarla —dijo Porcia antes de coger un croissant. Lizz le dio un manotazo y esta gimió—. Me vigilas más que mi hijo.

—Aquí tienes el jamón de york con tu tostadita con tomate natural.

Gruñó empezando a desayunar y Jolyne miró a May que se hacía la loca. —Estoy esperando.

—Está muy cualificado.

—Dices eso de todos.

En ese momento escucharon que dentro de la casa caía algo de cristal y Lizz jadeó

levantándose de golpe. —¡Carla como sea la figura de cristal de murano que el abuelo trajo de Venecia, te mato!

May carraspeó sonrojándose. —Lo pagará.

—¿Pagará siete mil dólares que es lo que costó? —preguntó irónica—. Va a trabajar gratis un tiempo.

—¿Siete mil dólares? —preguntaron Porcia y May escandalizadas antes de mirarse—. Estos ricos.

—¡Ya está bien! —May la miró con los ojos como platos. —¿Quién es?

—¡Yo no he dicho que sea de la familia! ¡Aunque si lo fuera, haría un buen trabajo!

—¿No es de tu familia? Esto sí que es una sorpresa. Ah, ya entiendo. ¡Es tu novio!

—Que no. Es un tipo especializado en proteger estrellas y cosas así. Me lo ha recomendado un amigo.

Separó los labios pensando en ello. —¿Proteger estrellas?

—Sí, cuando las amenazan. Es como Kevin Costner en el guardaespaldas, cuando pasa el peligro se pira a otra misión. —Sonrió de oreja a oreja. —¿A que es sexy?

—¿Sexy? —preguntó Porcia mosqueada—. ¡No tiene que ser sexy! ¡Mi hijo sí que es sexy! ¿A que sí, cielo?

Se puso como un tomate. —No, si yo no…

—¿No te parece sexy?

Madre mía, como le dijera que no le daba un disgusto enorme. —Es muy sexy, Porcia.

La mujer sonrió más tranquila. —No necesita que ese sea sexy. Ya tiene al sexy en casa. Bueno, ahora no, pero lo tendrá.

A ver si era verdad porque estaba loca por verle.

—Bueno, es un plus —dijo May—. Es muy profesional. Estuvo en el ejército como tu chico.

—No es mi chico —dijo entre dientes. Ambas levantaron las cejas—. Nos estamos conociendo, no seáis pesadas.

—Esto acaba en boda. —Porcia satisfecha se metió el jamón en la boca.

—¿Eso crees?

—Oh, mi hijo está muy ilusionado contigo. ¿Tú no?

—Sí, claro —dijo encantada antes de pensarlo bien—, pero igual cuando salga y vea a otras… Cuando vuelva a la vida real…

—¿Dónde va a encontrar otra mujer tan perfecta para él cómo tú? Anda, anda, no pongas trabas donde no las hay. —Suspiró cogiendo su taza. —Qué pena que no esté aquí para que me deis un nieto —dijo soñadora. Jolyne y May se miraron con los ojos como platos—. Y la boda, va a ser divina, estoy segura. Seré la madrina, ¿no?

—Bueno, si todo va bien en un par de años…

—¿Un par de años? —preguntó asombrada—. No voy a vivir un par de años.

Leche, que quería la boda ya y ni siquiera había visto al novio más de tres segundos y medio. No, con el encuentro en el hall habían sido unos siete segundos en total. Vale que su corazón se le salía del pecho cuando se lo encontraba, pero de ahí a casarse ya. —Porcia, casi no nos conocemos. ¿Cómo vamos a casarnos?

—Claro que os conocéis, niña. Y las cartas, ¿eh? Y lo que yo te he contado, ¿eh? ¿Y lo que te contará él en este año? Cuando salga os conoceréis mucho más de lo que yo conocí a mi marido y estuve con él cuarenta años. Así que boda rapidito. ¿Por qué no vas organizándola? Esas cosas llevan tiempo.

—¿Cómo hemos pasado del guardaespaldas a esto? —preguntó asombrada.

—Ni idea —contestó May tan asombrada como ella—. Ignórala. —Porcia jadeó indignada, pero May siguió. —Bueno, el guardaespaldas sí. Ahora tengo algo que contarte.

—Ay, madre. ¿Qué ha hecho tu tío ahora? ¿Le ha dado un golpe a la limusina?

—¡Mi tío conduce genial!

—¿Has roto también el cristal de este marco y no me has dicho nada? —gritó Lizz desde el salón.

May se sonrojó. —Está claro que el cristal no es lo suyo. A lo que iba, este amigo mío me ha preguntado si has hecho testamento porque en casos así es mejor que todo esté en orden.

—Perdona, ¿pero ese amigo tuyo quién es?

Porcia se adelantó con mirada inquisitiva. —Eso, ¿quién es tu amigo? Porque es un poco cotilla.

—No le conocéis.

—¡Pues le veo muy interesado en mis cosas para no conocerme!

En ese momento le sonó el móvil a Porcia y lo buscó a toda prisa. —¿Será del hospital? ¿Tendrán ya un corazón?

Sonrió con cariño. —No creo, es muy pronto. Seguro que tienes a gente delante.

Porcia nerviosa descolgó. —¿Diga? ¡Hijo, qué sorpresa! ¿Cómo llamas tan temprano? —Ansiosa de noticias suyas se acercó y Porcia le dijo —Llama desde un teléfono clandestino que le ha robado a alguien.

—A ver si se mete en un lío —dijo May.

Porcia la miró a los ojos. —Quiere hablar contigo.

A toda prisa cogió el móvil y se levantó de su silla. —¿Qué ocurre?

—¿Por qué piensas que ocurre algo?

—No te hubieras arriesgado a esto si no fuera importante.

Le escuchó suspirar. —Nena, tengo un problema con uno de dentro.

—¿Y no lo solucionan esos a los que pago? —preguntó indignada haciéndole reír por lo bajo —. ¿Por qué te ríes?

—No, no lo solucionan y yo que tú dejaba de pagarles.

—¿No me digas? —preguntó mosqueadísima mirando a May que no se enteraba de nada—. Buscaré a otros.

—Nena no necesito a otros, me las arreglo muy bien.

—Pero si acabas de decir…

—Te ha amenazado a ti como no le dé pasta. Quiero que busques seguridad. Es un camello y tiene amigos fuera. Igual se le ocurre la idea de darme una lección a través de ti.

—Oh, ¿es eso? —preguntó disimulando—. Ya tengo guardaespaldas.

—¿De veras?

—No debes preocuparte, no me pasará nada. —Se volvió sonriendo loca de contenta sin poder evitarlo. —¿Estabas preocupado por mí?

—¿Cómo no voy a estar preocupado? ¿Por qué no me has hablado de ese tipo? ¡Me has hablado de todos los que trabajan contigo! —dijo mosqueado.

—Oh…—Soltó una risita. —No es tan importante.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes—. Pues me hubiera ahorrado la llamada y la posibilidad de acabar en aislamiento si me pillaban.

—Vaya. Pues nada, cuelga y llama por la noche. ¡Espera! ¿Cómo puedo meter un teléfono ahí?

—¿Estás dispuesta a un vis a vis? —preguntó divertido.

Se le cortó el aliento. —¿Un qué?

Él carraspeó. —Nena, se los meten sus parejas ahí abajo para que cuando les cacheen no los encuentren.

Se puso como un tomate. Ya le dolía a veces meter los tampones como para meterse un móvil. —Pero nena… me encantaría que vinieras.

Sintió como su corazón se aceleraba por la posibilidad de verle. De estar con él. —¿De veras?

—Llamaré por la noche —dijo con la voz enronquecida antes de colgar.

—¿Por qué quiere que tengas seguridad? —preguntó May mosqueada.

Saliendo de su ensoñación miró a su ayudante. —Oh, porque me han amenazado en prisión. Cosas de delincuentes. May consigue el móvil más pequeño que haya y que no deje rastro de quien es el dueño por si se lo pillan en prisión.

—¿Vas a meterle un móvil? A ver si te cazan que tú no eres mucho de disimular.

—¿Por qué me van a cazar? —Levantó la barbilla. —Puedo mentir como nadie, ¿sabes?

Lizz salió del salón. —¿Qué me he perdido?

# Capítulo 6

Sintiéndose observada por media sala se sentó más a gusto porque leche aquello dolía un montón. Puso su bolsa de piel sobre sus muslos mirando de reojo a una mujer que tenía al lado que no le gustaba un pelo. —Tu chulo debe pagarte muy bien. Es una falsificación muy buena.

Menos mal que había dejado las joyas en casa y se había puesto una falda vaquera con una vieja camiseta que usaba para hacer deporte. Forzó una sonrisa. —No me quejo.

—¿Me das su número? ¿Crees que le interesaré? —Debía pesar cien kilos. Si tuviera chulo no creía que pudiera interesarle. —Te aseguro que lo hago de miedo.

—No lo dudo, pero me molería a palos si doy su teléfono por ahí, ¿sabes? Tiene muy mala leche.

—Mierda. El mío también, por eso quería cambiar. ¿Vienes de visita?

—Un vis a vis.

—Vienes por trabajo.

Se acercó y susurró —Es mi novio, pero no se lo digas a nadie que no lo sabe quien tú ya sabes.

Se echó a reír. —Si no le conozco.

—¿Jolyne Hightway?

Se levantó de golpe y gimió por dentro porque eso se movió. —Soy yo.

—Venga por aquí.

—Que te diviertas —dijo su nueva amiga mientras se alejaba.

Fue detrás del guardia y pasaron una puerta de metal. Cuando pasó tras él, la puerta se cerró

de golpe estremeciéndola y la llevó a través de un pasillo que tenía otros tres guardias antes de abrir otra puerta. —Espere aquí.

Muy nerviosa entró en la habitación pensando que la iban a cachear a fondo cuando vio una cama. Se le secó la boca dejando la bolsa sobre la mesa, pero el guardia la cogió. —Vamos a revisarla antes de entregarle las cosas que le ha traído.

—Sí, por supuesto. —Se apretó las manos. —¿Tardará mucho?

—Le están avisando ahora.

—Gracias.

La miró de arriba abajo antes de cerrar la puerta. Miró la cama y la mesa. Se sentó en una de las dos sillas para no dar ideas. Se atusó el cabello y se preguntó si no se habría comido ya la barra de labios cuando se abrió la puerta haciendo que se le cortara el aliento. Se levantó a toda prisa mientras el guardia decía —Hora y media. —Ambos asintieron y salió dejándoles solos. Al mirar hacia Reece vio que se la comía con los ojos y se sonrojó algo incómoda.

—Hola, nena. —Sonrió acercándose y la besó en la mejilla, pero no se separó y Jolyne aspiró su aroma a jabón. —Joder, que bien hueles.

—Estaba pensando lo mismo —dijo sin aliento.

Él se apartó ligeramente para mirarla a los ojos y sonrió antes de levantar la mano y acariciar la cicatriz de su frente. —No creí que vinieras —susurró.

—Tenía que traerte algo.

Eso sí que le sorprendió y miró hacia abajo poniéndola como un tomate. —Oh…

—Voy al baño y… Es que es algo incómodo.

—Sí, claro.

Entró en el baño a toda prisa y se puso como un tomate al ver los condones. Se bajó las braguitas y se lavó las manos. Mirándose al espejo respiró hondo antes de meter las manos entre las piernas y localizó el condón donde lo había metido, pero al tirar de él se le escapó entre los dedos y el látex la pellizcó soltando un quejido.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí, claro. —Y bajando la voz añadió —Si entró tiene que salir. —Puso un pie sobre el inodoro y metió los dedos de nuevo, pero se le escapaba.

Juró por lo bajo mirando hacia abajo y de repente sintió una caricia en su nalga. Con los ojos como platos se detuvo en seco para escuchar —¿Te ayudo?

—Pues… —Se volvió de golpe. —No sé qué pasa que no sale. Si me das unos minutos…

La cogió por la cintura pegándola a él. —¿No prefieres que te ayude?

—Y cómo ibas a ayu… —La mano de su cintura bajó lentamente por su cadera hasta acariciar su muslo y su respiración se entrecortó mirando sus ojos verdes mientras la cogía por el interior de la rodilla haciendo que elevara la pierna hasta rodear su cadera.

—Es que estás nerviosa —dijo él con voz ronca. Su mano acarició su muslo de arriba abajo y Jolyne dejó salir el aire que estaba conteniendo casi en un gemido. —Tienes que relajarte. —La besó en el lóbulo de la oreja antes de bajar por su cuello mientras su mano recorría su sexo haciendo que jadeara de la sorpresa. Él miró sus ojos antes de pasar su dedo delicadamente por encima de su clítoris haciendo que su corazón casi saltara de su pecho. —Nena, pones una cara de sorpresa como si jamás te hubieran hecho esto. —Acarició el botón de su placer de nuevo haciendo que gimiera cerrando los ojos y Reece sonrió. —¿Te gusta? —La recorrió de nuevo y dijo con voz ronca —Ya estás mojada, nena. Me respondes muy bien. —Besó suavemente su labio inferior antes de besar el superior y susurró —¿Te ayudo del todo?

Sin ser ni capaz de pensar se dejó hacer y él gruñendo la sentó sobre el lavabo abriéndole las piernas antes de cogerla por la nuca para atrapar sus labios. Fue tan intenso, tan apasionado que se sintió en el paraíso y sin saber ni lo que hacía se agarró a sus hombros respondiendo a su beso. Cuando entrelazaron sus lenguas él volvió a acariciarla íntimamente y un dedo rozó su interior. Fue como si la traspasara un rayo y apartó su boca gritando de placer sin darse cuenta de que se estremecía entre sus brazos. Reece con la respiración agitada besó su cuello. —Nena, ¿hace mucho tiempo que no estás con nadie? —Ni escuchó la cremallera del mono cuando se la bajó ni como se colocaba entre sus piernas. —No me has esperado, preciosa. Pero no te lo tomo en cuenta. Te deseo tanto que no voy a poder aguantar mucho. —Entró en su ser de un solo

empellón y ambos se miraron con los ojos como platos. —Hostia.

—¿Qué has hecho?

—¡Hacerte el amor!

—¡No tenías que hacer eso! ¡Solo sacármelo no meter nada!

Él hizo una mueca. —Pues ahora ya está dentro. —Se movió ligeramente y Jolyne gimió sin poder evitarlo. —¿Me salgo? —preguntó como si fuera una tortura—. Joder nena, que bien te sientes. —Entró aún más en ella y tuvo que cerrar los ojos por el placer que la traspasó. —¿Qué me dices? ¿Lo dejamos?

—¿Ahora? —Se aferró a sus hombros sintiendo una necesidad tan grande que gimió besando sus labios. Cuando él apartó las caderas Jolyne ansiosa entró en su boca y la cogió por los glúteos antes de girarse para dejarla caer sobre su eje. Gritó de placer y él repitió el movimiento. Se miraron a los ojos y cuando la dejó caer de nuevo clavó las uñas en su cuello antes de que tensara con fuerza los músculos que rodeaban su miembro haciéndole gritar de placer. Entró en ella con tal contundencia que todo estalló a su alrededor mientras él llegaba al éxtasis, provocando que sus almas se unieran en una sola.

Abrazada a su cuello se aferró durante varios minutos y Reece la llevó hasta la cama sentándose con ella encima. A horcajadas sobre él sintió las caricias en su espalda lo que la hizo volver a la realidad. Sonrió aún más cuando sus manos pasaron bajo la tela de su camiseta para acariciar su piel. —¿En qué estás pensando, Princeton?

—Nena, solo tenemos hora y media. —Rio en su cuello sin poder evitarlo y él la cogió por el cabello para mirar su rostro. —¿Te duele?

—No, no me duele nada. Estoy… feliz. Aunque esperaba que fuera de otra manera, la verdad.

—En la noche de bodas.

Le miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—Si habías aguantado tanto es que esperabas que fuera en un momento único y ese solo puede ser la noche de bodas. —Él apretó los labios. —Lo siento.

—No tienes la culpa.

—Te distraje. Como aquella vez.

—Reece…

—Casi te matas.

—¿Y mi responsabilidad? Fui yo la que me distraje. —Se abrazó a su cuello pegándose a él. —Y te aseguro que ahora no me arrepiento de lo que ha pasado. Imagínate que no me caso nunca, lo que me hubiera perdido.

Él siguió acariciándola manteniéndose en silencio y Jolyne se apartó para mirar su rostro de nuevo. Sin dejar de mirarse a los ojos ella enterró sus dedos en su cabello y sintió como crecía en su interior lo que la hizo reír.

—Nena es que ha pasado mucho tiempo y me vuelves loco —susurró.

—Pues aprovechemos el tiempo.

Cinco meses después

Sentada en su despacho de la empresa apretó los labios por otro de esos anónimos que le habían enviado. Qué original, dos ojos que debían ser de pescado sobre un montón de tripas con las palabras vas a morir. Se mordió el interior de la mejilla. Hacía ya un par de meses que había empezado a pensar que todo aquello no era una broma, pero no había dicho nada a nadie por no preocupar a las demás. En lugar de enviarlo a la papelera como había hecho con los primeros, lo metió en una carpeta en su nube que ponía recuerdos. Suspiró reclinándose en su asiento y lo giró para mirar por el enorme ventanal que mostraba la ciudad. Empezaba el otoño y ese día llovía a cántaros. Odiaba los días así excepto cuando estaba en Cape Cod, pero como los fines de semana iba a ver a Reece no había vuelto. Lo echaba de menos, aunque no se perdería un encuentro con Reece por nada. Aunque la mayoría de las veces hablaban a través de un teléfono, pero le veía y para ella esos momentos eran insustituibles. Sonrió recordando el último vis a vis

hacía dos semanas. Le había dado todos los besos que no le había podido dar en todos sus encuentros anteriores por culpa del maldito cristal. Cerró los ojos recordando su sonrisa sabiendo que ya no podría vivir sin ella.

Llamaron a la puerta trayéndola a la realidad y suspiró volviéndose. —Adelante.

Harry entró en su despacho. —Cómo me alegro de que estés aquí.

—¿Ocurre algo?

—Paul Pickery ha muerto.

Separó los labios de la sorpresa. —¿Qué dices?

—Le han pegado un tiro ante la puerta de su casa cuando iba a entrar en el coche.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Me estás diciendo que han asesinado a nuestro principal competidor en la puerta de su casa?

Harry asintió. —Exactamente eso. Me acaba de llamar un periodista que está a la entrada del hospital porque tuvo un chivatazo de un policía. Todavía no ha podido confirmar la noticia, pero yo he llamado a su secretaria y me lo ha confirmado.

Le miró incrédula. —Me estás metiendo una trola. ¿Cómo esa mujer ha podido cometer un error así antes del comunicado de la empresa? A ver si nos la están colando.

Harry sonrió negando con la cabeza. —Es lo que necesitábamos, jefa.

Durante esos meses había demostrado su valía y se había dejado la piel por la empresa. La decisión era suya, pero era evidente que él creía en ello y tenía razón. Era lo que necesitaban para ser los líderes indiscutibles del sector. —¿Apuestas por esto?

—Totalmente. Me juraría la vida a que es cierto.

Intentó pensar a toda prisa. Tenían que ser rápidos. —En cuanto empiecen a vender acciones que se pongan a comprar como locos. Va a haber desbandada general. Usa a Willis para la compra.

—Bien, jefa.

—¿Somos unos cabrones por hacer esto?

—Si no lo hacemos nosotros puede que lo hagan otros.

Sabía que tenía razón. —Vamos a absorber su empresa. Ponte a ello.

—Entendido.

Salió del despacho a toda prisa y May entró intrigada. —¿Qué ocurre? Harry está muy excitado y ha salido con una sonrisa de oreja a oreja.

Le hizo un gesto para que cerrara la puerta y esta lo hizo en el acto. Le explicó lo que había ocurrido. —Pobre hombre. ¿Se sabe quién ha sido?

—Ni idea.

Su ayudante jadeó. —¿Y si le enviaron anónimos como a ti?

Frunció el ceño. —¿Crees que puede estar relacionado?

—Mike no ha encontrado nada por mucho que ha investigado, esto es muy raro.

—¿Quién es Mike?

—El detective que me recomendó a Scott.

—¿Has contratado a un detective?

—Para lo que ha servido. Scott solo interceptó otra caja que envió a analizar de inmediato, pero no encontraron nada más.

Se levantó en el acto. —¿Otra caja?

Su amiga se estremeció. —Tengo entendido que era un corazón de vaca. Algo asqueroso. Pero no había huellas ni nada por el estilo. Esto ya no tiene nada que ver con el cambio de vicepresidente. ¡Tienes que hacer algo!

—Igual es una casualidad. Mira los amigos de Carlos, al final no se metieron conmigo.

—Esos mangantes no le llegan a este psicópata ni a la suela de los zapatos, te lo digo yo. Todo esto me pone los pelos de punta y que la haya palmado ese viejo aún más. Llama a la policía, por favor.

Y eso que no le había contado los mails que había recibido. —Dile a Scott que venga. Tiene que ver algo.

—Como me hayas ocultado algo te mato.

—Dile que venga.

Sin decir una palabra más salió del despacho. Su guardaespaldas entró apenas cinco minutos después y ella le indicó con la mano que mirara el ordenador. Este rodeó el escritorio en silencio y movió el ratón para ver los más de cuarenta mails que tenía en la carpeta. —Ábrelos.

Abrió el primero y cuando vio lo que era abrió el siguiente mientras May jadeaba tras él. —¿Cómo no me has dicho esto? —preguntó muy serio enderezándose para mirarla a los ojos.

—No creí que fuera en serio hasta hace un par de meses y después no dije nada para no preocupar a Lizz ni a Porcia.

—¡No dijiste nada porque sabías que se enteraría Reece!

Hizo una mueca. —Eso también. Se preocupó mucho con el tema de Carlos.

Scott se pasó la mano por su cabello castaño sin dejar de mirar la pantalla. —Es mucho esfuerzo para nada. Está obsesionado contigo y sabemos que Vicent no es. Se ha mudado a California.

—Allí hay más campos de golf.

—Te has empeñado en no colaborar conmigo desde el principio, pero tienes que empezar a abrirte a mí porque sino cuando llegue este malnacido nos va a pillar por sorpresa —dijo mirándola fijamente con sus ojos castaños.

—¡No sé quién puede ser! ¡May díselo tú, porque no me cree!

—Antes de que empezara esto se pasó casi un año sin trabajar. Y antes de eso… Todo era normal. —Le sonrió de oreja a oreja y Scott confundido se volvió hacia Jolyne que reprimió una sonrisa porque aquel tema era muy serio.

—Debe ser alguien que ha vuelto a tu vida. Alguien que te tenía rencor en el pasado.

—Eso no es rencor, es odio. —Scott fulminó a May con la mirada. —Vale, me callo. Qué carácter. ¿Entonces del muerto de hoy no hablamos?

—¿Qué muerto de hoy? —preguntó Scott pasmado.

—Necesito un café. May explícaselo tú mientras pido para todos.

May se puso a hablar por los codos, así que aprovechó para salir del despacho. Una de las secretarias de Harry se levantó. —Café para los tres, por favor. Y unos pastelitos.

—Enseguida.

Cuando entró de nuevo vio como Scott se pasaba la mano por la barbilla preocupado mientras May embobada no perdía detalle comiéndoselo con los ojos. Era evidente que estaba loquita por él y buena prueba de ello era que había dejado a su novio en cuanto le había conocido. Tendría que ayudarla un poco porque parecía que Scott no se daba cuenta o pasaba de ella, que también podía ser. Probablemente era lo segundo porque se le veía espabilado. —¿Y bien?

—Te voy a aumentar la seguridad.

Negó con la cabeza rodeando su escritorio y sentándose en su sillón. —Ni hablar. He hecho un esfuerzo enorme teniéndote a ti, te lo aseguro.

Scott apretó los labios. —Hablo en serio, esto no puede seguir así en estas circunstancias.

—¡No quiero asustar a Lizz ni a Porcia, están del corazón! ¡Búscate la vida!

—¡Estamos hablando de tu seguridad, Jolyne! —protestó May—. ¡Han matado a un hombre!

—No sabemos si está relacionado. Que trabajemos en lo mismo no significa que nos persiga el mismo chiflado.

—Debemos denunciar esto. Es la mejor manera de que la policía nos informe de si él recibía amenazas.

—¿Para qué te tengo a ti y a ese tal…? —Miró a May buscando ayuda.

—Mike…

—Ese Mike. —Fulminó a Scott con sus preciosos ojos azules. —Averigua lo que necesitas, pero no voy a exponerme a la opinión pública sin razón.

—¿Sin razón?

—Y si lo que busca es publicidad, ¿eh? ¡Además, tengo una empresa que dirigir! Una imagen que proteger.

—¡No te preocupa demasiado tu imagen cuando vas a ver a tu novio a la cárcel! —dijo él molesto.

Se tensó enderezando la espalda. —¿Qué has dicho?

—¿Por qué no nos calmamos? —preguntó May forzando una sonrisa.

—¡Así no hay quien trabaje! Yo me largo.

—¡No, no! —May fue tras él. —Recapacitará.

—Estoy harto de que se cuestione todo lo que digo.

Jolyne se levantó indignada. —¡Con razón, soy tu jefa!

—No, guapa. ¡Yo no tengo jefes y también tengo una reputación! ¡No pienso dejar que me trates como un pelele y que por tu estupidez te maten porque será mi reputación la que se resienta! ¡Yo decido lo que hay que hacer sobre tu seguridad que para eso me has contratado! —Jolyne se sonrojó. —¡Has ignorado todo lo que te he pedido desde hace meses y si he seguido en este trabajo es porque me jode dejar cabos sueltos, pero esto se acabó! ¡Me has ocultado información y te niegas a seguir mis consejos! ¡Yo me largo!

Abrió la puerta y casi se choca con la secretaria que llevaba su desayuno. May la miró muerta de miedo. —¡Haz algo! ¡Se va!

—May…

—Por favor, por favor.

Apretó los labios levantando el teléfono y pulsando la extensión mientras se sentaba de nuevo. —Soy Jolyne Hightway. ¿Puede detener al señor Phillip y decirle que por favor suba de nuevo? —May se acercó apretándose las manos. —Dígale que acepto sus condiciones. —Gruñó por dentro antes de decir —Las que sean. Y sea literal al decirle esto, por favor. —Su ayudante suspiró del alivio cuando colgó. —De verdad, lo que hago por ti.

—Gracias, gracias. Eres la mejor.

—Sabes que no se quedará para siempre, ¿no?

—Eres muy rica. Deberías llevar seguridad el resto de tu vida que espero que sea muy larga.

—Ni hablar. En cuanto esto termine yo vuelvo a mi vida. —Apoyó los codos sobre la mesa mirándola fijamente. —Así que ponte las pilas.

Angustiada se sentó ante ella. —Ya me he insinuado de todas las maneras que sé.

—¿No te has dado cuenta de cómo es su carácter? —Parpadeó alucinada. —Y luego la que

no está acostumbrada a ligar soy yo.

—No te entiendo.

—Le va rescatar a damiselas en apuros. Es su personalidad no puede evitarlo. Así que piensa algo.

May separó los labios comprendiendo. —¿Un exnovio acosador?

—A ver si le rompe las piernas… Encima que le dejas después de años juntos.

—Tienes razón, sería una putada.

Ambas se miraron con los ojos como platos. —¡El chiflado!

—Sí, podemos utilizarle. Si le rompe las piernas a él, no me importa nada. —May sonrió de oreja a oreja. —Es perfecto.

—Eres mi mano derecha. No sería raro que te vieras implicada.

Miró rápidamente la pantalla del ordenador. —Reenvíame el último. Ese no, que ya lo ha leído. Ya haré que no encuentre desde donde se ha enviado.

A toda prisa se volvió. —Dame tu correo personal. Luego te lo reenvías al de la empresa.

May se lo dijo a toda prisa vigilando la puerta y estaba borrándolo de su bandeja de entrada cuando llamaron a la puerta. —May el café —susurró antes de decir bien alto—. Adelante.

Su amiga le puso el café delante casi derramándoselo de los nervios y cuando se abrió la puerta Scott entró en el despacho mirando con desconfianza a una y luego a la otra. —Ya puedes tomarte ese café bien rápido porque nos vamos a comisaría a poner la denuncia.

# Capítulo 7

Sentada ante el detective esperaba a que este escribiera en el ordenador lo que le acababa de contar cuando escuchó que le llegaba un mensaje, mientras Scott perdía la paciencia y le daba al policía un pen con las pruebas, así que sacó su móvil de su Gucci y disimuladamente lo miró. Era un mensaje de Reece. A toda prisa abrió el WhatsApp *"Estoy deseando verte este fin de semana."*—Sonrió como una tonta. —*"Te llamo esta noche, preciosa."*

—Señorita…

Levantó la vista sorprendida para ver que el detective la miraba fijamente. —¿Si?

—¿Cuándo empezaron las amenazas?

La sorpresa en su rostro fue evidente. —¿Acaso no se lo he dicho ya? —Scott carraspeó y exasperada le miró. —Por Dios, llevamos aquí dos horas y ya lo he contado dos veces.

El detective se sonrojó mientras Scott, disimulando que también estaba cabreado porque aquel tipo era un inútil, forzaba una sonrisa antes de decir —No tiene mucha paciencia.

—¡Mira quien fue hablar! ¡Ni he podido ir a rehabilitación por esto! —Scott levantó una ceja y gruñó por dentro antes de decir muy lentamente —Hace cinco meses. La muñeca fue lo primero que recibí. —Volvió a relatarlo todo tan lentamente que el detective se moría de la vergüenza tecleando a toda prisa. Cuando terminó este suspiró del alivio. —Oiga, ¿sabe que hay cursos de mecanografía?

—Voy a hablar con mi superior —dijo levantándose y cogiendo unas hojas de la impresora.

—Sí, vaya a hablar con alguien porque estoy muy asustada —dijo tan pancha. Scott gruñó a su lado—. ¿Qué? Estoy aquí, ¿no? ¡Y estoy colaborando! —Se acercó a él para susurrar —Pero

este no va a descubrir quién es. Estamos perdiendo el tiempo.

—Tú déjamelo a mí. —Se levantó y empezó a pasear entre las mesas como si nada hasta ir a un depósito de agua. Se sirvió un vaso y miró a su alrededor antes de saludar con la cabeza a un tipo como si le conociera. Al pasar por una de las mesas se detuvo ante una y cogió un periódico antes de acercarse a ella para sentarse como si nada.

—Creía que en tu tiempo libre cuando no estás conmigo leías el periódico. ¿Ese no te lo has leído ya?

Se acomodó y dijo por lo bajo —Abre tu bolso.

—Lo recibo todas las mañanas.

—Mujer, ¿es que siempre vas a discutirlo todo? —Levantó la esquina del periódico y ella vio lo que parecía una fotografía. Abrió el bolso a toda prisa y Scott lo metió dentro. —Que no te lo pillen.

—¿No necesitan una orden para eso?

Divertido sonrió y lo hizo de una manera que se preocupó bastante. ¿Este no estaría interesado en ella? Por Dios, esperaba que no porque May se iba a llevar un chasco enorme. Y él también porque ni de broma tendrían algo. Se mordió el labio inferior pensando en Reece que ya estaba mosqueado porque pasaban mucho tiempo juntos y se quejaba de que ya no le escribía tanto como antes. Siempre había estado un poco mosqueado por él, pero en las últimas semanas mucho más porque había espaciado las cartas ya que hablaban todos los días por teléfono y si había suerte varias veces. Pero es que ya se lo había contado todo y aunque intentaba que las cartas fueran interesantes con su día a día o con anécdotas con las chicas ya ni sabía qué escribir. Era extraño porque por teléfono siempre tenían algo que contarse. Igual es que ya se estaba cansando de esa situación. Hizo una mueca pues todavía le quedaba. Seis meses…

El detective se acercó apurado. —El capitán quiere hablar con ustedes. Por favor, ¿pueden venir por aquí?

Se levantó a regañadientes. Sabía que tenía que hacer algo respecto a las amenazas, pero aquello empezaba a sacarla de quicio. Ni siquiera había mirado los mails que le habían dado.

Scott la acompañó y se pasaron otra hora contando al capitán lo que ocurría. ¿Y para qué? Para decirle que lo investigarían y que no había razones para pensar que el asesinato tuviera algo que ver con aquello.

Cuando se subieron al coche Scott cogió su bolso y sacó las fotografías a toda prisa. Al ver el cadáver de Paul impresionada se tapó la boca. —Dios mío.

Estaba tirado en el suelo rodeado de material médico desechado seguramente al intentar salvarle la vida. Le habían pegado un tiro en la cara y la bala debía haber entrado por la mejilla.

—Es un tiro a corta distancia. Tiene lo que denominamos tatuaje. Son partículas de pólvora que se incrustan en la piel. Eso no ocurre a larga distancia —dijo Scott concentrado dándole la vuelta a la foto para ver que había otra detrás.

—Qué horror —dijo pálida por el estado de ese hombre.

—Y no es profesional.

—¿Cómo lo sabes?

—Un profesional no se hubiera acercado para evitar errar el tiro. Y solo le pegaron un tiro. Uno que sabe de esto siempre se asegura de acabar con el objetivo. Un tiro en el corazón y otro en la cabeza es lo más seguro. Su torso está al descubierto por la reanimación y no hay heridas de bala. Fue alguien que quiso hacerlo rápido. Se acercó a él y le disparó antes de salir corriendo. —Entrecerró los ojos sin dejar de mirar las fotos. —En esta calle hay muchas cámaras de videovigilancia. Hay dos joyerías y un banco. Bob llévanos al hotel Plaza.

—¿Al Plaza? —preguntó ella confusa.

Le mostró la fotografía. —Por la posición del cadáver su asesino vino del este. ¿Darías la vuelta para correr en dirección contraria?

—No, así perdería tiempo al girarme. Correría de frente a no ser que tuviera una vía de escape tras de mí. Como alguien en un coche con el motor encendido.

—Ya, pero es que aun así saldría por el mismo sitio porque esta calle es de una sola dirección.

Separó los labios entendiendo. —Así que tuvo que salir por ahí sí o sí.

—¿Y esa calle da?

—Ante el parque y allí está el hotel Plaza. Hay cámaras de tráfico por todas partes. Pero por ahí pasan miles de coches al día. ¿Cómo van a encontrar exactamente el del asesino?

—Por la hora. Habrá que ir descartando.

—¿Su chófer no lo habrá identificado? ¿O el portero del edificio?

—Estoy convencido que de alguna manera se aseguró de que no le vieran. —Mostró la foto. —Solo había que provocar una distracción o ir lo bastante cubierto para que no se le identificara. Esta mañana llovía. Incluso podía cubrirse con un chubasquero o un paraguas. Nadie se daría cuenta de lo que estaba pasando hasta que vieran el cuerpo tirado en el suelo. Si corrió en dirección contraria, que también puede ser, cuando se escucharan los gritos pidiendo ayuda él ya podría estar al final de la calle y si lo hizo hacia donde creo que es más probable por instinto, tuvo que aparecer en la esquina de la calle segundos después del disparo.

—No sabemos la hora exacta.

Scott sonrió irónico. —Solo tenemos que ver las noticias. Pero como iba a trabajar supongo que serían las ocho y media de la mañana más o menos.

Ella le miró con admiración. —Eres bueno.

—Ahora vamos a por las imágenes antes de que las recoja la policía.

—¿Y cómo las vas a conseguir? Para eso se necesita una orden del juez.

—Hay una joyería en la esquina. ¿Adivina quién va a comprar algo carísimo?

—Ah, no. A mí no me metas.

—Vas a colaborar.

—¡Tenía que haber traído a May!

—Ella no me vale. No es una mujer de la alta sociedad de Nueva York. Necesito que tú con esa carita de buena y de tengo dinero a puñados entres ahí, compres algo y pidas las imágenes.

—¿Y que mi nombre se vea implicado en esto? ¡Ni hablar! ¡O May o nada! ¡Tú decides!

Gruñó molesto. —Bob vamos a recoger a tu sobrina.

—Deja de gruñir al hablar de May —susurró para que no la oyera Bob.

Volvió a gruñir pasando de ella y Jolyne se le quedó mirando antes de sonreír. —Te gusta.

—¿Qué dices?

—Oh, madre mía... Te gusta, por eso gruñes cada vez que la menciono.

—No me gusta —dijo incómodo—. ¿Cómo me va a gustar una mujer que jamás se calla? Es como tener una abeja en el oído continuamente. Me saca de quicio.

Lo dijo de tal manera que se echó a reír sin poder evitarlo. —Te gusta muchísimo.

—Oh, cállate.

—¿Has oído, Bob?

—Ya sabía yo que esto terminaba en boda.

—¿Pero qué rayos estás diciendo, viejo? Tú conduce y calla.

Sin ofenderse Bob se echó a reír y ella le miró divertida. —Y yo preocupada por si me habías echado el ojo.

—¿Con Reece a punto de salir y con lo loca que estás por él? Tengo ojos, ¿sabes? Habría que ser un necio para interesarse en una mujer como tú.

—¡Eh!

—No me entiendas mal. Eres preciosa, pero un problema enorme.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Perdona?

—Quieres a otro tío. —Al mirarla a los ojos vio su preocupación. —Y no eres una mujer fácil.

—Cada vez lo pones mejor. ¿Que no soy fácil?

—Aunque en el fondo tienes un corazón de oro, eso no voy a negarlo, pero no. —Rio por lo bajo. —Pobre del que se case contigo. Si entras en una sala de juntas y se ponen a temblar.

—¡Cómo debe ser! ¡Mi abuelo me enseñó a que no dejara que se pasaran ni un pelo porque si no jamás recuperaría el mando! ¡Soy la jefa!

—Claro, May trabaja muy cerca de ti e ignora lo que no le interesa. Es muy lista. —Entrecerró los ojos. —Sí es lista. Pero no es para mí.

—Ya, claro.

—Uff, todo el día escuchándola. Me volvería loco.

—Ya te vuelve loco.

Él la fulminó con la mirada. —Eso es mentira.

—Tú caes como me apellido Hightway. —Le miró maliciosa. —Porque se lo voy a decir a mi amiga. Va a ir por ti con tanta insistencia que no tendrás ninguna posibilidad.

Bob se echó a reír a carcajadas desde la parte de delante. —Sí, mi chica cuando quiere puede ser muy insistente, ¿verdad jefa?

—¿Por qué crees que tengo a toda su familia trabajando para mí cuando no dan una?

—Oiga jefa, eso no ha sido muy amable.

—¡Bob mejor dejemos el tema, porque sino puede que mencione el rayonazo que tiene la limusina en el costado derecho!

—¡No fue cosa mía, lo juro!

—¡Pero bien que te has callado!

—Es que ya es la cuarta vez y…

Scott se echó a reír y miró por la ventanilla. —Sí que es lista sí.

Sonrió sin poder evitarlo y asintió. —¿Preparado para no volver a salirte con la tuya a no ser que a ella le interese?

—Eso no va a pasar.

Bob soltó una risita. —Estás perdido, chaval.

Cuando May entró en el coche los dos la observaron con distintas expresiones. Jolyne sonriendo y Scott con una mirada entre el cabreo y el pasmo, como si se le acabara de pasar algo por la cabeza que todavía no se terminaba de creer. Miró a uno y después al otro. —¿Qué he hecho ahora?

Scott gruñó haciendo reír por lo bajo a Jolyne que hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Nada, ya te lo diré.

—Ni se te ocurra —dijo su guardaespaldas entre dientes.

Chasqueó la lengua diciéndole con la mirada que lo llevaba claro antes de decirle a su ayudante. —Te vas de compras.

Los ojos de May brillaron demostrando que era una de sus actividades favoritas. —¿Y qué tengo que comprar?

—Eso es lo mismo —dijo Scott.

—De eso nada, ya que me tengo que gastar la pasta será algo que desee. —Sonrió maliciosa. —Un anillo de compromiso.

May jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Te vas a comprometer?

Se sonrojó ligeramente. —Bueno, si esto va bien… Algún día. Pero no es para mí.

May frunció el ceño sin entender palabra y Scott gruñó. —Jolyne no compliques las cosas.

—¿Qué pasa aquí? —May estaba mosqueadísima. —Tenía que haber ido con vosotros, ahora no me entero de nada. —Fulminó a Scott con la mirada. —Por tu culpa. Estoy enfadada.

—Tranquila amiga, que enseguida se te quita el enfado.

—¿Ah, sí? —De repente sonrió. —¿Para quién es el anillo?

—Es para ti. —May separó los labios de la impresión. —Te voy a regalar el anillo de tus sueños para cuando llegue el momento. Que llegará, y más pronto de lo que piensas.

Sonrió de oreja a oreja. —¿Eso crees? —Echó un vistazo a Scott que se revolvió incómodo en su asiento y perdió algo la sonrisa. —No lo creo.

—Oh, sí. Porque te conozco muy bien y no te das por vencida.

—Eso es cierto. —Volvió a sonreír. —¿Tengo límite?

Lo pensó seriamente porque si la dejaba igual se llevaba uno con un diamante de treinta quilates.

—El anillo es algo que debe regalar el novio —refunfuñó Scott—. No deberías aceptar comprar tu anillo de compromiso.

—A caballo regalado no le mires el diente. Me lo pondré en la mano derecha hasta que me lo pida. Encima que se lo ahorra como para que proteste. ¿Y por qué tengo que hacer esto?

Esa pregunta demostraba que era lista como ella sola. —Tienes una misión.

Mirando por la ventanilla de la limusina empezó a ponerse nerviosa porque estaba tardando muchísimo.

—Voy a entrar —dijo Scott que desde hacía tiempo demostraba sin ningún disimulo que estaba de los nervios.

—Tranquilos —dijo Bob desde su asiento—. Es una decisión importante y seguro que le está costando. Es concienzuda. —Se echó a reír. —Seguro que le han sacado media joyería.

En ese momento se abrió la puerta y tres dependientes salieron sonriendo de oreja a oreja mientras su amiga se despedía de ellos como si fuera una reina con una bolsita blanca en la mano para disimular que había comprado algo de tanto valor. Últimamente para evitar robos las joyerías lo hacían así para ser discretos. Pero muy discretos no estaban siendo porque los tres hombres casi la acompañaron hasta el coche. Jolyne entrecerró los ojos. —La última vez que compré ahí no me trataron así.

—A ver si así aprendes la lección —dijo Scott de mala leche.

Bob salió del coche y abrió la puerta trasera discretamente para no mostrar que estaban dentro. —Gracias, tío —dijo encantada de la vida sentándose ante Scott—. Ya está.

—¿Has conseguido las imágenes?

—Claro que sí, ¿por quién me tomas? He dicho que me han robado en casa y que mi detective no ha podido conseguir las cintas de videovigilancia. Que la policía no se lo había tomado en serio. Pero como soy tan buena clienta suya seguro que podían ayudarme. Por supuesto no se acordaban de mí y les dije que casi siempre enviaba a mi ayudante, pero como de paso tenía que comprar mi anillo de compromiso me decidí a ir yo. A partir de ahí todo fueron facilidades. —Levantó la bolsita encantada. —¿Queréis verlo?

—Claro que sí —dijo impaciente estirando el cuello.

Su amiga emocionadísima cogió la cajita del interior de la bolsa. Una caja de terciopelo rosa

que era una monada con una coronita en la tapa. La abrió girándola para que vieran su interior y Jolyne parpadeó por el solitario en forma de lágrima. Sencillo y elegante. Y no muy grande lo que fue un verdadero alivio. —Es precioso.

—Siempre he querido algo así. —Miró a Scott. —¿Te gusta?

Él apretó los labios. —Dame las imágenes.

Bufó cerrando la caja y Jolyne le fulminó con la mirada por fastidiarle el momento. —Es que de verdad…

Tuvo la decencia de sonrojarse, pero estiró la mano para coger el pen que May sacó de su bolso poniéndoselo en la palma de mala manera. —Ahí tienes, pesado.

—¡Es que parece que se te ha olvidado de por qué estamos aquí!

Parpadeó sorprendida. —¿Por qué me gritas?

—¡Por nada! —Se metió las imágenes en el bolsillo interno de la chaqueta. —¡Bob a casa!

—Entendido.

Jolyne consciente de la tensión entre los dos dijo —Lo has hecho muy bien.

May sonrió y metió la mano en la bolsa sacando otra caja. —Te he comprado algo.

Asombrada extendió la mano para coger la caja de terciopelo verde. —¿Para mí? —Desde que se había muerto su abuelo no recibía un regalo de ese estilo y se emocionó sin poder evitarlo. —No tenías que haberlo hecho.

—¡Si lo has pagado tú! —exclamó Scott indignado.

Ambas le miraron como si quisieran matarle. —¡Es el detalle!

Refunfuñó algo por lo bajo. —¿Qué has dicho? —preguntó May molesta.

—No hay quien os entienda.

—Que mala leche tienes. —Volvió a murmurar y May decidió ignorarle sonriendo a Jolyne. —Ábrelo —dijo emocionada—. Espero que te guste.

Levantó la tapa a toda prisa y vio un anillo exactamente igual al suyo. May soltó una risita. —He pensado que lo que tenemos tú y yo también es un compromiso. —Jolyne emocionada la miró a los ojos. —Y Scott tiene razón. El otro anillo me lo regalará mi novio, pero eso no impide

que tú y yo no celebremos lo que tenemos y a donde hemos llegado. Porque hemos conseguido una relación que es única como espero que sea la que tenga con mi marido y me gustaría que esto no se rompiera nunca. Así que estos anillos representan nuestro vínculo de amigas. —Insegura perdió algo la sonrisa. —Porque somos amigas, ¿verdad?

—Claro que sí, nunca he tenido una amiga como tú —dijo con lágrimas en los ojos. Lo sacó de la caja y se lo puso en el dedo anular. Le quedaba grande.

—No es para ahí. —May se puso el suyo en el dedo corazón de la mano derecha. —Para que no estorbe al que está por venir.

Soltó una risita y en el otro dedo le quedaba perfecto. —Gracias.

Scott gritó —¡Que los has pagado tú!

—Qué pesado es este hombre —dijo Bob emocionado—. ¡Nuestra niña tiene un corazón de oro!

Molesta Jolyne siseó —¿May?

—¿Si, jefa?

—Este idiota está loquito por ti.

Asombrada miró a su guardaespaldas durante varios segundos y este se revolvió incómodo en su asiento. —Eso es mentira.

Jadeó ofendida. —Te juro que es cierto. No ha podido disimularlo.

May entrecerró los ojos porque ni siquiera la miraba. —¿No me digas?

—No tengas piedad.

—No la tendré, jefa. Tranquila.

# Capítulo 8

Contenta llegó a casa mientras May no dejaba de mirar a Scott fijamente sin decir palabra, lo que cada segundo que pasaba le hacía sentir más incómodo. Entró en el salón dejando su bolso sobre el sofá y vio que Porcia estaba en la terraza. Había dejado de llover, pero no hacía precisamente un día como para estar al fresco, así que se acercó abriendo la puerta. Por su palidez era evidente que no tenía un buen día. —Hola, niña —dijo con una forzada sonrisa.

—Hola. —Se sentó a su lado. —Vas a coger frío.

—Déjame disfrutar mientras pueda. ¿Qué tal el día?

Hizo una mueca. —Interesante.

—Le he enviado un mensaje a Reece, pero no me ha contestado.

—Sabes que lo hará en cuanto pueda.

Suspiró mirando al frente. —Todavía queda mucho y creo que no estaré aquí cuando salga.

—No digas eso. —Cogió su mano. —El corazón llegará.

Negó con la cabeza. —Hay mucha gente joven que se lo merece más que yo.

—Aún te queda mucho por vivir. ¿No te gustaría conocer a tus nietos?

La miró sorprendida. —¿Estás embarazada?

Ahora la sorprendida era ella. —Pues no.

La decepción en su rostro fue evidente. —Ah, pensaba que lo decías por algo. Como tenéis esos encuentros…

Se sonrojó. —Bueno, no es que pongamos remedio.

—¿Entonces no lo evitáis?

—Porcia yo hablaba del futuro.

—¡Que no tengo mucho futuro, niña! —Apretó su mano. —¿No te gustaría tener un niño?

—Claro que sí, pero a su tiempo. Y tú lo verás.

—Eso es igual que decir que crees que es posible que en el futuro los dos lleguéis a algo. —Sonrió contenta. —¿Entonces por qué no empiezas a preparar la boda? Eso me daría una ilusión.

Mierda. —Pues… Porcia, no me lo ha pedido.

—Oh, pero él quiere.

Su corazón dio un vuelco. —¿Quiere?

—Claro que sí. Está muy enamorado de ti.

—No me lo ha dicho.

—¿Después de estos meses dudas de ello?

—Es que nuestra relación es muy especial y él está allí, yo estoy aquí…

Porcia asustada se levantó. —No estarás jugando con él, ¿verdad? ¿Tú le quieres?

—¡Claro que le quiero! ¿Crees que aguantaría esta situación si no le quisiera? —Se levantó también. —¿Pero quién dice que cuando salga no se dé cuenta de que esto no va a ningún sitio? ¿No te das cuenta de que lo que nos está pasando no es normal? ¡Todo puede cambiar en un segundo!

Porcia se apretó las manos al borde de las lágrimas. —Pero le darás una oportunidad, ¿no? Mi hijo se merece una oportunidad.

Sonrió con ternura. —Claro que sí. Estoy deseando que salga. No hay nada en esta vida que desee más.

—Jolyne…

Se volvió hacia Scott que le hizo un gesto con la cabeza para que entrara. —Entra en la casa, ¿quieres? No quiero que cojas frío.

Asintió entrando con ella y Scott fue hasta su despacho. Lizz salió de la cocina y sonrió. —Ya estáis aquí. ¿Habéis comido?

—No, ¿puedes decir que nos preparen algo?

—Por supuesto. —Se acercó a Porcia. —¿No te apetece dormir la siesta?

—Sí, creo que voy a acostarme un rato.

—Venga, que te ayudo.

Viéndolas ir hacia las escaleras observó como Lizz ayudaba a Porcia con ternura hablando de algo que la hizo reír. Eso le recordó que necesitaban más ayuda en la casa. Al sentir a May tras ella dijo —¿Tienes más primas en paro?

—Algo encontraré.

—Contrata a alguien para la casa. Aunque Lizz te proteste no le hagas ni caso. Vamos a ver que ha encontrado Scott.

Entraron en el despacho y Scott sentado tras la mesa levantó la vista hacia ellas. —Tenéis que ver esto.

Se acercaron a toda prisa y él le dio al play. De repente apareció alguien en bici pedaleando a toda velocidad. Frunció el ceño agachándose para ver mejor al tipo. —¿Crees que es él? Puede ser un repartidor.

—No lleva bolsa de reparto, aunque viste como uno de ellos —dijo May.

—Bien visto, tienes ojo —dijo Scott sonrojándola de gusto—. Voy a avanzar la imagen. La joyería tiene otra cámara en la otra fachada. —Volvió al menú general y pinchó en otro archivo. —Observad.

Jolyne vio pasar al tipo de la bici tan rápido que apenas fue un parpadeo, pero algo le llamó la atención. —Vuelve atrás.

—¿Lo has visto?

—¿Qué habéis visto? —preguntó May confundida.

—Preciosa, me estás defraudando.

El ciclista pasó de nuevo y May jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Harry!

—Por eso sabía que le habían matado. ¡Él le pegó el tiro! —Jolyne se llevó las manos a la cabeza. —Esto no está pasando. ¡Esto no está pasando!

—¡Dios mío! ¡Tu vicepresidente ha matado a tu principal competidor! —gritó May sin salir

de su asombro.

—¡Y en este momento está dirigiendo la compra de sus acciones para absorber la empresa!

—Tú callada como una puta. ¡No sabes nada!

—¿Cómo nos vamos a callar esto? ¡Hay que avisar a la policía! ¡Está loco!

—¿Y si la toma contigo y te liquida antes de que le metan en la trena? ¡Porque sabes que los juicios tardan en salir!

—Es evidente la confianza que tienes en mí —dijo Scott sin dejar de mirar las imágenes.

—Será porque aún no has demostrado nada todavía —dijo con mala leche.

—¡Callaos! —ordenó muy tensa—. Dios, cuando esto se sepa será la ruina.

—¡Tenemos que detener la compra de acciones! Anda, que vaya ojo que tienes para elegir vicepresidente.

—¡No tiene gracia!

—Tranquilidad. Llámale y dile que suspenda la compra porque te han llegado rumores sobre que van a bajar mañana.

Con los ojos como platos asintió. —Sí, eso haré. Y después llamaré a Willis para que venda lo que ha comprado antes de que esto salga a la luz. Y que mantenga la boca cerrada.

—Perfecto. Pues manos a la obra.

—Yo voy llamando a la policía —dijo Scott como si nada.

—Espera unos minutos. —Al ver que se iba a negar May le rogó con la mirada. —Media hora. No va a pasar nada por media hora.

Gruñó dejando su móvil sobre la mesa mientras Jolyne llamaba su vicepresidente. —Menuda mierda —siseó al borde del ataque de nervios.

—Calmada y serena como te enseñó tu abuelo.

Tomó aire y asintió. —¿Harry? Soy Jolyne. Suspende la compra de acciones hasta mañana.

—¿Y eso? Vamos muy bien.

—Mañana bajarán más. Mucho más. Un amigo me ha dado una noticia que nos beneficiará.

—¿No me dices de qué se trata?

—De momento no puedo, ya te lo contaré mañana.

—Muy bien, llamaré a Willis.

—Date prisa. Si sigue comprando perderemos dinero.

—Lo hago de inmediato.

Jolyne después de colgar apretó el móvil entre sus manos. —Se lo ha tragado.

—Ahora espera unos minutos antes de llamar a Willis —dijo Scott.

—Voy a perder mucho dinero por esto. —Gimió llevándose las manos a las sienes apartando sus rizos pelirrojos. —¿Cómo ha podido pasar algo así?

May respondió —Porque se le ha ido la pinza. Quería despuntar y lo va a hacer a lo grande.

Scott apretó los labios. —Este no es el de los anónimos. Lo hizo por destacar y quien ha escrito los anónimos te tiene rencor. Mucho rencor. Te odia por alguna razón.

—No, no es Harry. Le está inmensamente agradecido por darle una oportunidad.

—Dios mío, ¿crees que esto es por mi culpa? ¿Le he exigido demasiado?

—Claro que no. ¿Qué culpa tienes tú de que haya perdido un tornillo?

—Tenemos que controlar los daños antes de que la prensa nos hunda totalmente. Llama a cada uno de la junta directiva. Que vengan y que bajo ningún concepto hablen de esto con nadie. —May asintió muy seria. —Convocaremos una rueda de prensa para hoy a última hora. Supongo que la policía ya habrá actuado entonces, ¿no?

—A este le detienen en unas dos horas en cuanto reciban las imágenes —dijo Scott convencido.

—Bien, retrasemos la llamada de la policía para… —Miró su reloj. —Es la una y media. En una hora llama a la policía.

—¿Vas a tomar el mando? —preguntó May.

Apretó los labios por todo lo que se le caía encima. —Nuestra vida va a cambiar mucho de ahora en adelante. Se acabó la buena vida hasta que pueda encontrar a alguien que merezca el puesto. ¿Estás lista?

—Totalmente.

—Y por eso hemos colaborado con la policía en todo, entregando las imágenes para que detuvieran al responsable. Empresas Hightway están a su entera disposición para todo lo que las autoridades necesiten. —Miró a su alrededor. —¿Alguna pregunta?

—¿Quién asumirá la vicepresidencia de la empresa a partir de ahora?

—De momento ese puesto quedará vacante. Yo asumiré su trabajo y tomaré las decisiones como he hecho desde que mi abuelo falleció. —El abogado de la empresa la miró de reojo porque jamás había trabajado realmente en la empresa. Aunque ella decía sí o no, eran otros los que realizaban el trabajo duro como Harry había hecho hasta ahora. Era una pena que hubiera perdido la cabeza. Solo pensar enterrarse en papeles provocaba que quisiera gritar de la frustración.

—¿Tienen alguna pista sobre esos anónimos que recibe y por los que creyó que también era un objetivo del asesino del señor Pickery?

—No es la primera vez que recibo anónimos, por eso al principio no le di la importancia que tenían hasta que su insistencia y odio me pusieron alerta. Eso me hizo contratar seguridad privada y fue lo que nos ha llevado a esto, pero como comprenderéis porque no es un tema cerrado, prefiero no hablar de ello hasta que se resuelva. Dejemos que la policía realice su trabajo.

—¿Tiene miedo? —preguntó otro periodista.

—Si dejara que el miedo me dominara él ganaría. No, no tengo miedo y considero que es un cobarde que no da la cara. Si le tuviera delante se lo diría, pero al parecer solo tiene valor para amenazar. ¿Alguien tiene alguna pregunta sobre lo que ha ocurrido hoy?

—¿Ha llamado a la familia del señor Pickery?

—Me he puesto en contacto con su hijo mayor puesto que su esposa está aún en shock por lo ocurrido. Le he explicado la situación y ha agradecido que haya sido yo quien haya descubierto al asesino y diera la cara para disculparme en nombre de la empresa y en el mío propio porque de

alguna manera me siento responsable por no darme cuenta de que mi empleado perdía la cabeza. Porque ha tenido que perder la cabeza para hacer algo que a mí me parece incomprensible. La vida no tiene precio. Me parece un acto deleznable que no tiene perdón.

—¿Entonces no perdona a su novio por haber matado a un hombre?

Jolyne perdió parte del color de la cara, pero no movió un gesto. —¿Cómo ha dicho?

Un joven periodista se levantó con una sonrisa irónica en el rostro. —¿No es cierto que mantiene una relación con Reece Princeton? ¿El camionero que mató a golpes a un joven en un aparcamiento?

Miles de pensamientos acudieron a su mente y ni escuchó los murmullos a su alrededor mientras su corazón latía con fuerza. El rostro de su abuelo antes de morir diciéndole que cuidara de la empresa, diciéndole que confiaba en ella, le hizo apretar los labios y fulminar al chico con la mirada. —Conozco a Reece. Me salvó la vida cuando tuve un accidente de trafico hace casi dos años. —Los murmullos aumentaron. —Y tengo entendido que ese joven como usted le llama, le amenazaba con un machete como ha sido probado. Yo no soy quién para perdonarle, pero si me pregunta mi opinión considero que ese hombre está injustamente en la cárcel. Y sobre si tengo una relación con él la respuesta es no. Le he visitado en prisión y he intentado ayudarle en su injusta situación, pero no, no hay una relación entre nosotros.

—Gracias por venir —dijo el abogado levantándose para dar por terminada la rueda de prensa.

—¿No es cierto que tienen vis a vis una vez al mes desde hace tiempo? ¿Mantiene que no tiene una relación con él?

Era evidente que estaba muy bien informado y si seguía mintiendo se metería en un problema muy serio. —Usted me ha preguntado si mantengo una relación con él y a día de hoy la respuesta es no.

—No hay más preguntas —dijo el abogado mientras se levantaba.

Scott se acercó de inmediato para escoltarla hasta la puerta. —¿Qué has hecho? —susurró.

Apretó los labios saliendo de allí lo más rápido que pudo mientras los periodistas no dejaban

de hacer preguntas ahora todas relacionadas con Reece. —Dios mío.

Salió del hotel donde había convocado a la prensa y allí estaba Bob con la puerta abierta esperándola. Al entrar en el coche ni se dio cuenta de que May entraba por el otro lado. Sentadas una frente a la otra se cogieron de las manos mientras Scott gritaba —¡Apártense del coche!

—Scott entra en el coche —dijo Bob.

Este lo hizo. —Buitres. —Miró a May. —¿Lo has visto?

—Como ella me pidió estaba al fondo de la sala observándolo todo.

—¿Por qué le han preguntado por Reece?

—Aprovechó el momento. Es lo que hacen los buitres. —May la miró a los ojos. —¿Estás bien?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Qué he hecho?

—Lo entenderá.

—Le he negado en público.

—No, no se lo tomará nada bien —dijo Scott. May le advirtió con la mirada—. ¿Qué? Intento ser sincero, porque si me hicieras lo mismo me cogería un cabreo de primera.

—Ah, ¿qué estamos juntos?

—No, claro que no.

—Scott…

—Dime.

—Cállate.

Jolyne gimió y en ese momento sonó su móvil. May se lo sacó del bolso y susurró —Es Porcia.

—Joder… —Alargó la mano y cogió el móvil descolgando. —Dime. —May hizo una mueca por los gritos al otro lado. —Ahora voy a casa y hablamos —dijo intentando calmarla—. ¿De acuerdo? Ahora quiero que te tomes un calmante. No, lo hablaré yo con Reece y lo solucionaré. Porcia… Porcia escúchame. Ponme con Lizz y deja de llorar. Enseguida llego a casa. —Se pasó una mano por la frente. —¿Lizz? Dale un calmante de los fuertes y que se meta en la cama.

Llama al médico que la revise. Sí, ya voy para allá. —dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡No he tenido otra opción! ¡Mi vicepresidente es un asesino, lo que menos necesita la empresa es que piensen que mantengo una relación con un convicto acusado de homicidio involuntario! ¿Qué querías que hiciera? —Apretó los labios. —¡Sí, pero también tengo que pensar en los veintisiete mil trabajadores que tengo repartidos por todo el país! ¡Tengo que pensar en la empresa que fundó mi abuelo! Juré ante su tumba que haría lo que fuera por preservarla para mis hijos y es lo que voy a hacer.

Colgó furiosa por sus recriminaciones y May apretó los labios. —Lo entenderán.

—No, no lo entenderán. Ni Reece tampoco. —Miró por la ventanilla. —Quizás sea mejor así.

—No digas eso.

—A quién quiero engañar —dijo con desprecio de sí misma—. Somos de planetas diferentes. No sabe nada de mi vida. —Se echó a reír sin ganas haciendo que a May se le llenaran los ojos de lágrimas. —Es como querer juntar el agua y el aceite. Algo totalmente imposible.

—Su pasado será un lastre en vuestro futuro —dijo Scott—. Pero si le quieres no puedes dejar de intentarlo.

Una lágrima rodó por su mejilla susurrando —Algo totalmente imposible.

—¿Por qué no quiere hablar conmigo, joder? —gritó furioso al teléfono—. May dile que se ponga. ¡Llevo tres días intentando hablar con ella! Mi madre me ha dicho que no quiere volver a verme, ¿eso es cierto?

May la miró interrogante y ella desde la mesa del despacho negó con la cabeza. —Reece es un momento muy delicado en la empresa…

—Ya lo he leído en la prensa. ¿Es por eso? ¿Quiere estar alejada unos días por la prensa? —Apoyó el antebrazo sobre el soporte del teléfono apretando el puño. —Dile que lo entiendo. Que todo esto la ha superado y que lo entiendo. ¿Tenemos que esperar unas semanas para vernos?

May le rogó a Jolyne con la mirada, pero al ver su angustia dijo —Tengo que colgar, Reece.

—¡Joder, no me hagas esto! —gritó furioso. Cuando escuchó el sonido intermitente del teléfono golpeó fuera de sí el auricular contra el teléfono.

—¡Eh! —gritó un guardia señalándole con la porra—. Tres días sin teléfono.

—¡Que te follen!

—¿Qué has dicho? —preguntó dando un paso hacia él amenazante.

Los chicos se apartaron de él y Reece siseó —Tócame con eso y van a tener que ponerte una dentadura nueva.

—¿No me digas?

Tres guardias le rodearon con las porras en la mano y sonrió. —Te vas a pasar unos días de castigo en aislamiento, amigo. A ver si así se te bajan los humos.

Se sentó al lado de Robert en el patio y este le miró de reojo. —Joder, qué pintas tienes. Ahora sí que pareces un delincuente.

—Que te den.

Su amigo rio por lo bajo. —¿Todavía no se te ha pasado el cabreo?

—No tiene gracia.

—Pues esto te va a encantar, te has quedado sin teléfono móvil. Tu compañero, que te la tenía guardada después de la paliza que le diste cuando me rajaron la cara, ha aprovechado que ya no te llevas tan bien con los guardias y se lo ha vendido al nuevo. —Robert señaló con la cabeza al sustituto de Carlos que después de lo que le había pasado a su amigo en la mejilla, incomprensiblemente murió en su celda dos semanas después al electrocutarse cuando encendía su maquinilla de afeitar.

Reece miró hacia Miguel que reía empujando del pecho a uno de sus esbirros. —Le mato.

—Total, ya no te coge el teléfono.

—Te he dicho que no tiene gracia.

Se levantó dispuesto a partirse la cara si era necesario por recuperar lo que era suyo, pero Robert le cogió por el brazo deteniéndole. —No seas idiota, no piensas claramente desde hace días y no haces más que empeorar las cosas.

—Tengo que hablar con ella.

Robert apretó los labios. —Tu madre sigue viviendo con ella. La cuida, así que tienes tiempo.

—¡No quiero tiempo, quiero verla! ¡Tengo que hablar con ella!

Dio un paso atrás impactado. —Joder, ¿te has enamorado?

—Cállate.

—¿Acaso no recuerdas por qué empezaste esto? ¡Fue por tu madre, joder! ¡Y sigue ayudándola! Cágala y puede que os mande a los dos a la mierda.

—Nunca haría eso —dijo con desprecio.

—¿Acaso no te ha dejado a ti?

—Me ha dejado por la puta empresa no porque yo haya hecho nada —siseó con rabia—. ¿No lo entiendes? La acorralaron y tuvo que renegar de mí por proteger lo que es suyo. Pero sé que me quiere.

—Pues si te quiere tanto por qué ha empezado a salir con otro.

Palideció. —¿Qué dices?

Robert apretó los labios y miró a su alrededor antes de sacar un folio del bolsillo del mono. —Lo fotocopié en la biblioteca. Que no te lo pillen.

Abrió el folio para ver una foto de John William Pickery con ella. Estaban sentados en un café y charlaban como amigos. En el artículo decían que esa misma noche él había ido a cenar a su casa y que el fin de semana lo habían pasado en la casa de los Hamptons con la familia. Al parecer la desgracia les había unido y estaba siendo un apoyo enorme para ellos. Apretó el folio leyendo como la rica heredera al fin había encontrado su media naranja en un hombre que ahora era el presidente de la empresa de su padre. ¿A que sería la fusión perfecta?

—Esto es mentira —dijo con desprecio—. Es para limpiar su imagen.

—¿No te das cuenta de lo que está pasando? Te ha dado la patada ante todos y ahora está con ese. A mí me da igual la razón.

—Teniendo en cuenta por qué empecé esto, estoy yo como para recriminar algo a alguien. Siempre le deberé muchísimo por cómo ha tratado a mi madre y lo que ha hecho por mí. Después de lo que hemos pasado juntos sé que me quiere y ni tú ni nadie va a convencerme de lo contrario.

—¿Acaso te lo ha dicho alguna vez? —Al ver como palidecía susurró —Joder tío… Has conseguido mucho. Tu madre está bien cuidada y la tratan como a una princesa mientras llega ese corazón. Puede que cuando salgas tengas la oportunidad de arreglarlo. Puede que tengas razón y te quiera. Quizás todo esto solo sea por la empresa y si es así no debes agobiarla porque es evidente que es lo que quiere. Si tienes razón y te quiere será ella la que vuelva a ti. —Vio el sufrimiento en su rostro. —Cuando empezaste esto solo buscabas dinero para la operación de tu madre. Necesita mucho más y ella puede ayudarla. No pierdas de vista tu objetivo y más adelante intenta solucionarlo. ¿Quieres salir de aquí para verla? No te metas en líos. Es el mejor consejo que puedo darte.

Apretó los puños de la impotencia. —La han amenazado y no me ha dicho nada. ¡Estoy aquí encerrado y corre peligro!

—Lleva escolta. No debes preocuparte. Si…—Reece se alejó y Robert apretó los labios. Iban a ser unos meses infernales para él.

# Capítulo 9

Dos meses después

—¿Está seguro?

—Totalmente —dijo el doctor antes de entrecerrar los ojos mirando a través de la ventana a Porcia que estaba tumbada en una camilla dormida después de realizarle una prueba. —Todo ha ido perfectamente. Por supuesto tendrá que estar en el hospital un tiempo para asegurarse de que no hay rechazo y deberá tomar medicación de por vida, pero de momento todo ha ido muy bien.

Suspiró del alivio agotada y se pasó una mano por la frente. —¿Se encuentra bien?

Algo mareada asintió. —Han sido muchos nervios.

El doctor Stuart sonrió. —Lo entiendo perfectamente. Y usted no se ha separado de ella en todo el proceso.

—Estos días en la UCI han sido realmente horribles.

—Pero casi ya está en planta. ¿Por qué no se va a casa y descansa?

—Eso haré en cuanto llegue a la habitación, gracias doctor.

—Llámeme si tiene alguna pregunta más. —Le entregó una tarjeta. —Ahí tiene mi número privado.

—Muy amable.

—Aún tardará un poco en subir a planta. Puede esperarla allí. Es la trescientos dieciséis.

Asintió volviéndose y el mareo la hizo caer de rodillas al suelo. —¡Señorita Hightway! —Se agachó a su lado cogiéndola del brazo. —¡Una silla de ruedas! —gritó.

—Me he mareado, pero estoy bien.

—Ha palidecido. Voy a tomarle la tensión. ¿Ha comido algo hoy?

—Un café.

—Pero si son las tres de la tarde.

—¿De verdad?

El doctor apretó los labios ayudándola a sentarse en una silla de ruedas que llevó una enfermera a toda prisa. —Llévela a una sala.

—Pero estoy bien.

—Déjeme hacer mi trabajo. —Le guiñó un ojo. —Además igual así puedo convencerla de que en algún momento acepte cenar conmigo, porque cuando le he dado la tarjeta he tenido la sensación de que no me llamaría.

Le miró como si no hubiera entendido palabra y este gruñó haciéndole un gesto a la enfermera. —Tensión y un análisis de sangre.

—Enseguida doctor.

Sentada ante el doctor Stuart después de tomarse un sándwich y una cola sonrió. —Ahora me encuentro mucho mejor. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Sobre lo que dijo antes no me gustaría que eso enturbiara nuestra relación…

—No debe preocuparse —dijo con una sonrisa en los labios. Levantó unos papeles—. He visto algo en los análisis que me ha llamado la atención.

—¿De veras? —preguntó acercándose—. Siempre he estado muy sana. Mi abuelo decía que aparte de algún catarro no le había dado sustos. ¿Qué tengo? —Empezando a imaginarse cosas se llevó la mano al pecho. —Es grave.

—¿Por qué piensas que es grave?

—Últimamente me encuentro fatal y estoy cansada todo el tiempo. También tengo muchísimo trabajo y cuando no estoy en el hospital tengo pendientes mil cosas de las que

ocuparme. —Eso por no mencionar que no dormía nada porque cuando cerraba los ojos no dejaba de pensar en lo que le había hecho a Reece comportándose como una auténtica cobarde. Ni siquiera había dado la cara para explicarse, pero pensar en volver a verle le retorcía el corazón. Suspiró pasándose la mano por la frente. —Me duele la cabeza y no duermo bien.

El doctor dejó la hoja sobre la mesa y cruzó sus dedos sin dejar de observarla. —Como me dijiste antes estás estresada y lo de tu trabajo no ayuda nada. Pero vas a tener que tomarte las cosas con calma porque estás de tres meses.

—¿Tres meses? —Jadeó perdiendo todo el color de la cara. —¿Llevo tres meses con esto? Me muero, ¿verdad?

—Es evidente que no tenías ni idea —dijo divertido.

—¿Se ríe? ¿Me estoy muriendo y se ríe? —preguntó indignada.

—No te mueres.

Sin escucharle frunció el ceño. —¿Desde cuándo me tutea?

—Desde hace un rato.

—Bueno, da igual. —Se mordió el labio inferior blanca como la nieve. —Tengo que poner mis cosas en orden.

—Si fuera yo iría mirando cunas.

—¿Qué? —El médico se echó a reír y asombrada vio cómo se levantaba para rodear su escritorio agachándose a su lado. —No te mueres. Estás embarazada de once semanas. —Dejó caer la mandíbula del asombro. —Así que ahora relax, debes comer correctamente y nada de pegarte estas palizas. ¿Entendido? —Sin habla se quedó mirando sus ojos castaños. —¿Jolyne?

—No.

—Sí.

—No.

—Que sí.

—Ay, madre… —Con los ojos como platos dijo —¿Un sedante no tendrás por ahí?

—Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? —Alterada se levantó apretándose las manos. —¡Esto no puede ser!

El doctor se incorporó. —Si quieres puedo enviarte a un amigo para que lo solucione.

—¡No!

—Vaya, no te vale nada.

—Te llamas David, ¿no?

Él sonrió como si le hubiera regalado la luna. —Pues sí.

—Borra esa estúpida sonrisa de tu cara. ¡Eso no va a pasar!

—Sí, me lo empezaba a imaginar.

De repente se llevó las manos al vientre. —Estoy embarazada —dijo como si hubiera descubierto la penicilina.

—¿Te recomiendo alguien que siga tu embarazo o…?

Jolyne se mordió el labio inferior. —¿Y ahora qué hago?

—Eso te decía que… —Asombrado vio que iba hacia la puerta y se largaba. —¿Jolyne? —Asomó la cabeza para verla correr hacia el ascensor. —¡Tómate las vitaminas hasta que te aclares!

Sin aliento llegó a la habitación para encontrarse ya a Porcia en la cama y a Lizz sentada en la butaca haciendo punto. Al ver que era un patuco preguntó sin aliento —¿Para quién es eso?

—Para la vecina del segundo. Va a tener gemelas. —Levantó la vista distraída y se detuvo en seco. —¿Estás bien? Estás sudando.

—Sí, sí, claro.

—¿Seguro? —preguntó Porcia desde la cama totalmente agotada después de las pruebas.

—Claro que sí. Descansa. —Como para enterarse ahora de que iba a ser abuela. Igual se la cargaba. Nerviosa se llevó la mano al cuello. —Tengo que llamar a May. ¿Dónde tengo mi bolso?

—Aquí —dijo Lizz sin quitarle ojo—. El teléfono ha vibrado mil veces. ¿Seguro que estás

bien?

—¿Te quedas tú? —preguntó cogiendo su bolso a toda prisa y al coger el móvil se le cayó la cartera.

—Claro que sí —dijo viéndola agacharse.

—Genial. Me voy a la empresa. —Fue a toda prisa hacia la puerta y en ese momento llamaron. Abrió para encontrarse allí a Scott que levantó una ceja cruzándose de brazos. —¡Tenía prisa!

—Y se te olvidó avisar a tu guardaespaldas para que te acompañara. ¿Cuántas veces vamos a tener esta conversación?

Pasó ante él saliendo de la habitación y asombrado preguntó —¿A dónde vas?

—A la empresa. —Se detuvo en seco y se volvió. —¿Dónde está tu novia?

—En la oficina.

—Perfecto.

—Jolyne, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

Casi tuvo que correr tras ella. —¿Seguro?

Entró en el ascensor y le miró de reojo. —Seguro.

—¿No habrás recibido otro anónimo y no me has dicho nada?

—Qué pesado estás con el tema. No, desde ayer no.

—Ese cabrito —dijo entre dientes—. ¿Qué se propone?

—¿Tocarme las narices?

—Te juro que cuando le pille…

—Eso si da la cara algún día. Igual es su entretenimiento hacer esas interesantes amenazas de muerte.

Salieron al hall del hospital y lo recorrieron lo más rápido que podía. Al llegar al coche Bob estaba esperándola con la puerta abierta. —Cada día más eficiente.

—Gracias, jefa.

Se detuvo antes de entrar porque eso no era propio de él. —¿Cómo sabías que bajaba? No te he llamado.

—Tiene la reunión en media hora.

—¿La reunión? —preguntó asombrada—. Oh, Dios. ¡Se me había olvidado! ¡Rápido Bob!

—¿Qué pasa? —Scott entró tras ella para ver que se ponía el teléfono al oído. —Deberías relajarte, ¿sabes?

—¿No me digas? ¡May! ¿Está todo listo?

—Sí, jefa.

Suspiró del alivio. ¿Cómo podía haberse olvidado con todo lo que había preparado esa reunión? Se miró el vestido rosa que llevaba. —Prepara un traje. El verde esmeralda con la camisa de seda y los zapatos nude.

—¿Te has olvidado? —preguntó divertida.

—No tiene gracia. Te veo ahora.

—Lo tendré preparado.

Miró de reojo a Scott. —Te va a dar algo como sigas así.

—A partir de mañana todo volverá a la normalidad.

—¿Seguro? Tengo la sensación de que nada volverá a ser como antes.

Se le cortó el aliento. —¿Lo sabes?

—Claro que sí. No le he quitado ojo desde que te conocí.

—¿Qué?

—Porcia no sabe nada, así que ojito.

—¿De qué hablas?

—Reece. Sale hoy de prisión. Le han indultado lo que le queda de pena. —Se llevó la mano a la boca de la impresión. —Las últimas noticias que recibí fueron hace mes y medio sobre que su abogado lo había solicitado por el delicado estado de su madre y me han llamado esta mañana para decirme que salía hoy. El gobernador le ha quitado el resto de la condena. Es libre.

—Dios mío…

—Sabías que este día llegaría.

—¡Pero no precisamente hoy! —gritó de los nervios.

—Jolyne respira hondo.

—Esto no está pasando. Es una pesadilla.

—Creía que te alegrarías.

Sus ojos se llenaron de lágrimas sintiéndose una miserable. —Claro que me alegro.

—Jolyne, ¿qué pasa? Esta mañana cuando hablé contigo por teléfono estabas bien. ¿Qué ha ocurrido para que estés así? ¿Porcia no está tan bien como se creía?

—Todo va bien. —Se pasó la mano por la mejilla respirando hondo para intentar calmarse y sobre todo para intentar paliar las náuseas que empezaba a sentir de los nervios. —Todo va perfectamente.

Sin creerse una palabra la miró de reojo y se mantuvo en silencio hasta que llegaron ante la empresa. May les esperaba ante la puerta y en cuanto salió del coche entrecerró los ojos. —¿Qué ocurre?

—¿Todo está listo?

—Eso ya lo has preguntado antes.

—Se ha enterado de lo de Reece —dijo Scott.

—¿Tú lo sabías? —preguntó molesta porque su amiga se lo hubiera ocultado.

—Me dijiste que no hablara de él —respondió con descaro.

Puso los ojos en blanco entrando en el ascensor. Entraron tras ella y May sonriendo cogió a Scott por la cintura. —Hola guapetón.

Su novio sonrió. —¿Me has echado de menos?

—Cada minuto.

Jolyne de pronto tuvo una arcada y les vomitó en los pies dejándoles con los ojos como platos. Se apoyó en el ascensor. —Ay madre, que malita me estoy poniendo.

—¡No! —May se acercó para cogerla del brazo. —¡Ahora no! ¡Has trabajado como una maniaca para este día! —La cogió por las mejillas. —Mírame.

Con los ojos llenos de lágrimas susurró —No puedo con esto.

—Claro que sí, todo va a ir bien. Ahora vas a arreglarte para la reunión más importante de tu vida y después arreglaremos lo del niño y lo de Reece.

Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Lo sabes?

May sonrió. —Claro que sí. Te conozco muy bien. Me lo imaginé hace un mes. —Se echó a llorar y la abrazó. —Scott vigila para que no la vea nadie.

Su novio sacó una llave del bolsillo interno de la chaqueta y bloqueó el ascensor. —Listo. Tomaros vuestro tiempo.

May le acarició la espalda mientras se desahogaba. —Sabía que estabas tan embebida en lo de Porcia y los problemas en la empresa que esto sería demasiado para ti. Por eso no te insinué nada. Pensaba decírtelo hoy.

—Me mareé en el hospital.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó preocupada.

Se apartó y asintió limpiándose las lágrimas. —Sí.

—En cuanto termines lo que tienes que hacer, nos iremos a Cape Cod unos días para que descanses. Lo necesitas.

—Pero Porcia…

—Tendrá a su hijo para que se ocupe de ella —dijo con firmeza—. Ahora respira hondo y quiero ver a esa empresaria que deja temblando a la junta directiva, ¿me has entendido?

Asintió y se limpió las lágrimas lo mejor que pudo antes de ponerse unas gafas de sol. Al ver los zapatos de Scott hizo una mueca. —Lo siento.

Él sonrió. —Lo sé.

Asintió y su guardaespaldas giró la llave. Tomó aire y salió yendo directamente hacia su despacho. Las secretarias la saludaron y May muy seria dijo —Traerle un sándwich de pollo. Mucha mahonesa y nada de lechuga. Rápido, no tiene tiempo.

Las dos arrugaron la naricilla por el olor que despedía May, pero hizo como si nada entrando en el despacho de Jolyne tras ella. Corrió hasta el baño donde ella ya estaba allí quitándose el

vestido. —Madre mía… —Se quitó los zapatos y los tiró en el lavabo antes de meterse en la ducha para quitarse las medias. —Menos mal que aún estoy morena. —Abrió el grifo del agua y se lavó los pies a toda prisa sin dejar de observarla. —Arréglate el maquillaje.

—¿Sabes que cada día eres más mandona?

—Gracias.

Sonrió cogiendo el neceser de la repisa y al mirar hacia el espejo se le cortó el aliento por las letras que aparecieron de repente. —May…

Su amiga que se estaba secando los pies levantó la vista para leer. —Estás muerta.

Jolyne palideció porque habían entrado en su despacho. —¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Voy a llamar a Scott, no te muevas.

—¡Cómo ha llegado hasta aquí! —gritó perdiendo los nervios de nuevo.

La cogió por los brazos. —Si suspendemos la reunión puede que se echen atrás y has conseguido el trato de tu vida —dijo muy seria—. Ese chiflado no está aquí. Scott está fuera y no te va a quitar ojo a partir de ahora, así que no te preocupes.

Asintió intentando controlarse.

—No es el primero que recibes y todo va a ir bien. Le pillará.

—De acuerdo.

—Termina de arreglarte. —Hizo una mueca. —Tendrás que llevar esos zapatos guapa.

Miró hacia abajo para ver los que llevaba ese día mientras May se ponía los zapatos nude que tenía preparados. —Son rosas, no pegan.

May puso los ojos en blanco. —Pues dame los tuyos.

Se los quitó a toda prisa y se los intercambiaron. Con el vestido verde que llevaba su amiga ese día hizo una mueca. —Muy ecléctica.

—Y tú muy graciosa. Voy a llamar a Scott. Maquíllate los ojos.

Salió a toda prisa y Jolyne mirando el mensaje que le habían dejado con tanto cariño cogió un algodón. Se lo pasó por debajo de los ojos para asegurarse de que no le quedara rímel y mecánicamente hizo lo que pudo con aquel desastre. Al terminar estaba más o menos decente y

escuchó a Scott hablando al otro lado antes de que se abriera la puerta. —Casi ha desaparecido —susurró saliendo del baño.

—Tómate esto. —May le mostró un sándwich. —Lo necesitas. Voy a controlar a ver si está todo en orden. Te aviso cuando lleguen. Y no te manches.

—Sí, mamá.

Scott salió con el móvil en la mano. —Es imposible. ¿Cómo ha entrado si tengo seguridad a todas horas?

—No quiero hablar de eso ahora. —Le dio un mordisco al delicioso sándwich que le supo a cartón, pero se lo tragó porque May tenía razón. Suspirando se sentó y bebió del zumo que su amiga le había dejado allí. —¿Cuándo le vas a pedir matrimonio?

—¿Pero qué dices? —preguntó pasmado.

—Es por hablar de otra cosa que me haga olvidar la vida de mierda que tengo.

Miró hacia la puerta mosqueado. —¿Te ha dicho algo?

—Vamos, estáis locos el uno por el otro. ¿Cuánto vas a alargarlo?

Scott sonrió. —Ya he comprado el anillo.

Chilló de la alegría. —¿De veras?

—Come y no le digas palabra.

—Claro que no. ¿Cómo es?

—Lo he tenido difícil. He tenido que buscar un anillo que convine con el tuyo porque sé que no se lo quitará. —Increíblemente soltó una risita, lo que demostraba lo que se alegraba por ellos. —Espero que le guste.

—Se lo regalas tú, le encantará.

—¿No crees que es muy pronto?

Sonrió con ternura. —Sois el uno para el otro. Eso lo ve cualquiera.

—Estoy muy nervioso.

Dio un mordisco al sándwich. —Se pondrá loca de contenta. Disfruta del momento. —A su teléfono llegó un mensaje y recordó todas las veces en que Reece le había enviado uno. Recordó

cómo los abría impaciente y se ponía loca de contenta por tener noticias suyas. En lo excitada que se sentía cada vez que iba a verle deseando estar a su lado. Eso es lo que sentían ellos ahora y se alegraba muchísimo por sus amigos, pero algo en su interior hizo que sin poder evitarlo sintiera algo de envidia, lo que la hizo sentir aún más miserable. Dejó caer el sándwich sobre el plato haciendo que Scott apretara los labios preocupado y se levantó apartando su cabello. —Bueno, vamos allá.  Es la hora.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—Estamos aquí para lo que necesites. —Scott dio un paso hacia ella. —Y no como tus empleados, como tus amigos.

Emocionada asintió. —Gracias.

May entró y al verla preparada sonrió. —¿Lista para comerte a esos Pickery?

—No van a quedar ni las raspas.

Su ayudante se echó a reír. —Esa es mi jefa.

# Capítulo 10

Se levantó y estrechó la mano de John. —Es un placer hacer negocios contigo —dijo ella con una sonrisa maliciosa en el rostro.

Su amigo se echó a reír. —Serás mala. Si prácticamente me la has robado ante mis narices. Pero para nosotros ha sido muy beneficioso, de eso no puedo quejarme. Cuidarás de la empresa, ¿verdad?

—Por supuesto. Ahora forma parte de Hightway y seguiremos creciendo. ¿Seguro que no quieres aceptar mi oferta y ser vicepresidente? Todavía eres un accionista potente.

—No, voy a ser un jubilado de treinta y cinco años. Lo que le ocurrió a mi padre me ha demostrado que hay que vivir la vida mientras se pueda.

—Opino lo mismo.

—Y por eso te he recomendado a Clark. Te gustará, tiene garra.

Miró de reojo a Clark Rogers que sonriendo estrechaba la mano de May. —¿Estás seguro de que es el adecuado?

—Es un tiburón con principios. Mi primo es quien necesitas. Se dejará la piel en cuidar mis intereses y los tuyos. —Sonrió malicioso. —Por una buena comisión, por supuesto.

—Por supuesto. Bien hablaré con él mañana mismo.

—Perfecto. —La besó en la mejilla. —Me voy que he quedado para cenar con mi madre.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Se los daré. —Salió de allí con su equipo y ella les observó alejarse. Clark Rogers tenía experiencia y ganas de comerse el mundo. Eso era lo que necesitaba en su empresa porque ella

ya no podía más. Su abuelo siempre le había dicho que se rodeara de gente eficiente que hiciera el trabajo por ella y Clark era ese hombre. En cuanto May cerró la puerta su equipo empezó a aplaudirla y sonrió volviéndose. Se emocionó y levantó la vista hacia el cuadro de su abuelo al fondo de la sala. Ese día estaría orgulloso, muy orgulloso de ella.

May se acercó. —Di algo —susurró.

Sonrió a su equipo. —Buen trabajo, chicos. Somos la empresa de distribución más importante del país. Ahora trabajaremos para ampliar mercado fuera de nuestras fronteras. Quiero vuestras ideas sobre mi mesa antes de final de mes. —Les guiñó un ojo. —Tomaros el resto del día libre, que os lo habéis ganado.

Varios rieron mientras ella salía de la sala con May detrás. Scott las siguió y se puso a su lado. —Jolyne…

Su tono la tensó. —Hablaremos en mi despacho. May concierta una cita con Clark para mañana. Hay que restructurar la empresa y debe empezar a trabajar en ello ya.

—Muy bien —dijo apuntando en una libreta—. ¿Lo del extranjero iba en serio?

—Por supuesto, pero lo primero es lo primero. —Llegaron ante sus secretarias y Jolyne se detuvo en seco al ver a Reece sentado en el sofá de piel que tenían allí. En cuanto la vio se levantó de inmediato.

—Eso es lo que quería decirte —dijo Scott tras ella.

A pesar de saber que le vería tarde o temprano su corazón casi se le sale del pecho y sus ojos le recorrieron sin poder evitarlo. —Estás aquí.

Él asintió. —¿Podemos hablar? —preguntó muy tenso mirando de reojo a las secretarias que no se perdían detalle.

—Sí, por supuesto. —Señaló una puerta. —Ese es mi despacho.

Él entró llevando una gran bolsa, lo que le indicaba que había ido directamente desde la cárcel. Intentando controlar sus nervios se acercó a la puerta y vio como tiraba su equipaje a un lado y ponía los brazos en jarras mirando el enorme ventanal. —Al parecer he llegado a la cima del mundo.

Cerró la puerta tras ella y susurró con un nudo en la garganta —Lo siento.

Él agachó la cabeza antes de volverse y traspasarla con esos ojos verdes que tanto había echado de menos. —Lo sientes.

No tenía excusa. —Supongo que quieres saber cómo está tu madre.

—¡Lo sientes! ¿Sabes lo que he pasado estos meses?

—No sé qué decirte. —Le rogó con la mirada. —Me encontré acorralada e hice lo que consideraba mejor. No quería hacerlo, pero no tuve otra opción.

—¿Y no podías decírmelo?

Apartó la mirada por su incredulidad y negó con la cabeza. —No me sentía capaz de hacerlo. Lo siento.

—Nena, ¿tú me quieres?

Se echó a llorar y se tapó el rostro con las manos volviéndose. Le sintió tras ella y la abrazó pegándola a su pecho. Fue tan maravilloso sentirle de nuevo que sollozó. —No llores.

—No quería hacerte daño.

Él la volvió y la cogió por las mejillas. —Mírame, nena… —Abrió los ojos. —¿Te avergüenzas de mí?

—¡No! Te juro que no, pero sabía…

—Que los demás no verían bien nuestra relación.

—En ese momento no podía sincerarme. Las acciones hubieran caído en picado y hubiera sido un desastre.

—¿Y mis sentimientos? —Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Y los tuyos? Porque es evidente que has sufrido también. ¿Vas a dejar que lo que opinen los demás sea más importante que nosotros?

—No volveré a hacerlo, te lo juro. Si me das otra oportunidad serás lo más importante para mí. —Se abrazó a él. —Por favor, por favor dame otra oportunidad.

Él besó su sien. —No he dejado de pensar en ti.

Aferrándose a él lloró sin poder creérselo. —Te quiero, te juro que te quiero.

Reece cerró los ojos disfrutando de sus palabras. —Creía que habías pasado página. Que ya no volverías a mi lado. Había perdido la esperanza, nena.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Sé que lo sientes. —La cogió por la nuca para que le mirara. —Cásate conmigo. —Se quedó sin aliento. —Si tanto me quieres, si para ti soy lo más importante, demuéstramelo. Cásate conmigo.

—Sí —respondió loca de la felicidad—. Sí, me casaré contigo.

Él sonrió antes de atrapar sus labios y abrazó su cintura disfrutando de lo que le hacía sentir cuando creía que le había perdido para siempre. Reece se apartó y ella le llenó la cara de besos. Riendo la cogió por la cintura elevándola. —¿Cómo está mi madre? Esta semana no he recibido carta.

Sonrió radiante. —Cariño, deberías sentarte.

Frunció el ceño sentándose con ella encima. Acarició su mejilla loca por tocarle. —Está bien. —Él asintió. —El viernes de la semana pasada le realizaron el trasplante y todo ha ido bien.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. ¿Cómo?

—Nos sorprendimos tanto como tú. No se lo esperaba y estuvo de los nervios hasta que llegó el momento pensando que se habían equivocado. Pero todo ha ido muy bien, te lo aseguro. Esta mañana le hicieron unas pruebas y todo va como debe. No quiso decirte nada porque sabía que estarías de los nervios. Pero ahora todo ha pasado.

—Dios… —La abrazó con fuerza. —Gracias nena.

—Yo no he hecho nada.

—La has cuidado en mi ausencia y se lo has dado todo.

—Es maravillosa. —Soltó una risita contra su cuello. —Y está deseando una boda y un nieto.

—Tendrá que conformarse con la boda.

Se mordió el interior de la mejilla. —Con todo lo que ha pasado creo que se merece algo más.

A Reece se le cortó el aliento apartándola. —Nena, ¿quieres tener un hijo?

—¿Y tú?

—Sí, pero como acabas de decir, con todo lo que ha pasado… ¿Estás segura?

—Esté segura o no ya da igual. Ya viene.

—Ya viene. ¿Ya? —preguntó con cara de pasmo. —¿Ahora?

—Ahora mismo. Aquí. —Miró hacia abajo. —Mejor dicho ahí.

Reece gritó de la alegría levantándose con ella en brazos y giró haciéndola reír. Scott entró en el despacho con el arma en la mano y Jolyne gritó del susto.

—Déjala en el suelo.

—¡Scott baja el arma!

May metió la cabeza. —¿Todo va bien? —De repente sonrió. —Sí, todo va bien. Cariño baja el arma. ¿No ves que está loca de contenta?

—¿Seguro?

—Seguro… ¿Ves cómo te dije que lo arreglarías en cuanto hablaras con él? Y tú sufriendo a lo tonto.

—¡Nos vamos a casar! —chilló más contenta que en toda su vida y Reece rio.

—Vaya, sí que eres rápido. —Miró hacia ella—. ¿Y se lo has contado todo, todo?

Le miró con amor. —Todo.

—Felicidades chicos —dijo Scott.

—Cielo, él es mi guardaespaldas, Scott y ella es May, mi ayudante y mejor amiga.

La dejó en el suelo y estiró la mano. —A ti es como si te conociera. Jolyne me ha hablado de ti muchas veces.

—Y a mí de ti —dijo su ayudante.

Reece miró a Scott y estrechó su mano. —¿Te complica la vida?

—Bastante, a ver si ahora que estás aquí puedes ayudarme. Siempre me contradice.

Las mujeres jadearon mientras Reece sonreía. La cogió por la cintura pegándola a él. —¿Se lo pones difícil, preciosa?

—¡Tendrá cara, he colaborado en todo!

Scott no salía de su asombro. —¡Esta mañana te has escapado!

Se puso como un tomate. —Fue un despiste. Se me olvidó llamarle. Tenía muchas cosas en la cabeza.

—Pero eso no va a volver a pasar, ¿verdad preciosa?

—No, claro que no.

—Miente descaradamente —dijo May a punto de reírse.

Reece entrecerró los ojos. —Tomaré nota.

Scott le pegó una palmada en el hombro. —Querrás ir a ver a tu madre al hospital.

—Sí, lo estoy deseando.

—Pues vamos y te contamos las novedades. ¿Sabes que tu mujer acaba de convertir esta empresa en la más importante de su sector?

Se la comió con los ojos. —Mereció la pena entonces.

—No, nada merece la pena si no estás conmigo.

—Te quiero, preciosa. —La abrazó con fuerza. —No sabes cuánto he llegado a amarte.

May vio cómo se abrazaban antes de besarse con pasión demostrando todo lo que se habían echado de menos y emocionada sorbió por la nariz. Scott la cogió por el hombro pegándola a él. —Qué bonito. —Le dio un codazo en el costado. —A ver si aprendes. Nunca me dices esas cosas tan bonitas.

—Claro que sí. Te he dicho que te quiero. —Se encogió de hombros como si no fuera bastante. —Y te necesito.

Se le cortó el aliento levantando la vista hacia él. —¿De veras?

—Tanto que no quiero perderte. —Se agachó plantando la rodilla en el suelo y May dejó caer la mandíbula del asombro. —No, no quiero perderte porque me vuelves loco y no creo que pueda ser capaz de vivir sin esa sensación. Sin tocarte o verte. Sin discutir contigo, sin hacerte el amor. Eres lo mejor que he tenido nunca y este poco tiempo que hemos estado juntos me ha demostrado que todo lo que viva a tu lado será especial. Cásate conmigo, preciosa —dijo mostrándole un aro de diamantes—. Haré cualquier cosa porque seas feliz.

May chilló con los ojos como platos antes de mirarla a ella para chillar de nuevo. Jolyne se echó a reír y su amiga reaccionó tirándose a su novio para llenarle de besos que al no esperárselo cayó tumbado de espaldas sobre la moqueta con ella encima. El anillo rodó hasta sus pies y Reece se agachó para cogerlo. Apretó los labios viendo los diamantes y supo lo que estaba pensando. Le abrazó a su cintura. —Eso no es importante. Lo importante es que estamos juntos.

Él sonrió. —Sí, preciosa. Eso es lo único que importa.

Acarició su mejilla tumbada sobre él y sonrió. —Todavía no me creo que estés aquí.

Reece sonrió. —Todavía no me creo que esté aquí.

Rio antes de besarle en la barbilla para llegar al lóbulo de su oreja. —Nena, he hablado con Scott después de la cena y… —Levantó la vista para mirarle a los ojos. —Siguen las amenazas.

—¿Por qué te ha hablado de eso?

—Le contrataste por ellas, creo que es importante. ¡Y me mentiste! ¡Dijiste que tenías seguridad antes de lo de Carlos!

—No quería que te preocuparas.

—Pues ahora sí que estoy preocupado. ¡En realidad llevo preocupado dos meses! ¡Menos mal que mi madre me tenía informado, pero es evidente que no le has contado ni la mitad! ¡Ha entrado en tu despacho!

Se sentó sobre él. —¿Qué querías que le dijera a tu madre, que no tienen ni idea de quién es? ¿Con lo delicada que está? Se lo decoré un poco y no le di mucha importancia.

—Tiene que ser alguien que te tiene mucho rencor. Tienes que saber quién es.

—No tengo ni idea. ¿Crees que no le he dado mil vueltas? —Acarició su pecho. —No te preocupes.

Cogió sus manos con firmeza. —Nena, tienes que tomártelo en serio. ¿Sabes la cantidad de chiflados que he conocido en prisión? Conocí a uno que persiguió a su novia hasta aquí y cuando la encontró no sabes las barbaridades que le hizo. Se presentó en la comisaría con su lengua por

haberle dicho a sus padres que le dejaba. A él no le dejaba nadie y se jactaba de ello en el patio de la cárcel.

—Dios mío…

—Y eso es un ejemplo de los suaves. Ha estado en tu despacho, tan cerca de ti que me pone los pelos de punta, así que tómatelo en serio y haz caso en todo a Scott, por favor.

Apretó los labios por su preocupación. —Le haré caso en todo. Dejemos de hablar de esto. Es nuestra noche.

Reece sonrió volviéndola para tumbarla en la cama y la besó en el cuello haciéndola suspirar de gusto. —Cómo echaba de menos tu olor, preciosa. —Lamió su piel. —Tu sabor…

Suspiró estirando el cuello para darle mejor acceso olvidándose de todo salvo de sus caricias porque no había nada que la hiciera más feliz.

Entró en casa radiante de felicidad. —¡Cariño, ya estoy en casa! —Lizz salió de la cocina. —¿Dónde está? —preguntó ansiosa por verle.

—Ha salido.

La miró asombrada. —¿Cómo que ha salido? ¿A dónde?

Porcia salió de la habitación que le habían puesto en su despacho hasta que se recuperara. —Tenía cosas que hacer.

Se acarició su vientre de cinco meses y no pudo disimular su decepción. —Vaya, acaban de llegar las invitaciones.

Porcia se acercó a toda prisa y cogió la caja. Lizz y ella impacientes la abrieron. —Cielo, son preciosas. Qué elegantes —dijo poniéndose las gafas para mirarla bien—. El blanco roto con el dorado de las letras era la mejor opción.

—Sí —dijo distraída—. ¿No os ha dicho a dónde iba?

—No —respondieron a la vez. Lizz la miró de reojo—. Niña, ¿te ocurre algo con tu prometido?

—No, claro que no —respondió incómoda—. Voy a ducharme.

Subió las escaleras mientras ellas hablaban de lo bonitas que eran las invitaciones. Preocupada fue hasta su habitación y se quitó el abrigo de piel tirándolo sobre la cómoda que tenía en el vestidor. Al volverse vio toda la ropa que le había comprado. Se acercó para acariciar la manga de una camisa que ni siquiera había estrenado. Apretó los labios porque algo no iba bien. Lo sabía. Al principio todo había sido perfecto. Era como una luna de miel y durante semanas se demostró que estaban hechos el uno para el otro. Pero fue regresar de un fin de semana en Cape Cod cuando todo cambió. Empezó a mostrarse nervioso, irascible. Le preguntaba continuamente dónde estaba como si temiera que le pasara algo. Y desde hacía unos días cada vez que llegaba a casa nunca estaba y cuando le preguntaba le contestaba molesto que dando una vuelta porque estar todo el día en casa le agobiaba. —Es como estar en la cárcel. —Recordando esas palabras soltó la manga de la camisa. Igual necesitaba un trabajo. Veía su rostro cada vez que decía que tenía una reunión o que debía ir a la oficina. Clark lo estaba haciendo muy bien, pero debía estar pendiente y tomar decisiones. Suspiró sentándose en la butaca para quitarse las botas. Estaba bajando la cremallera cuando escuchó a alguien en su habitación. —¿Cariño?

—Sí, soy yo —dijo como si estuviera molesto—. Ya las he visto.

Se quitó las botas a toda prisa y fue hasta la puerta. Estaba sentado en la cama con los codos apoyados en las rodillas mirando el suelo. Llevaba sus viejos vaqueros y el jersey negro con el que le había visto aquella vez en el hall de la oficina del abogado, lo que demostraba que seguía sin querer ponerse su ropa. —Mi amor, ¿qué te ocurre? —Se acercó y se arrodilló ante él cogiendo sus manos.

—Nena, levanta.

—Reece… —Apretó sus manos para que la mirara a los ojos. —Dime qué te ocurre. Lo arreglaremos.

—No puedo ser así. —Sin comprender negó con la cabeza. —No puedo ser un mantenido. Estar todo el día aquí sin hacer nada va a volverme loco.

—Entiendo. Puedo conseguirte traba…

—¡No! —Se levantó apartándose de ella, lo que demostraba la distancia que se había creado entre ellos. —¡No quiero que me des trabajo!

Sentada sobre sus talones le observó. —Ya lo entiendo. Has estado buscando trabajo.

—¡Los que no me reconocen, en cuanto me preguntan por qué no hay actividad en el último año me miran espantados!

Pensó en ello seriamente. —Muy bien tenemos un problema que vamos a solucionar como pareja.

Él suspiró volviéndose. —No quiero que me des trabajo.

—Claro que no. Quieres conseguir algo por ti mismo y eso me hace sentir muy orgullosa de ti.

Ver su sonrisa la alivió. —¿Y qué propones? —Se acercó y se sentó a su lado acariciando sus rizos pelirrojos.

—¿Y si pones un negocio?

—¿Un negocio?

—Un negocio de seguridad. A Scott le va muy bien en lo suyo y también estuvo en el cuerpo como tú.

Levantó una ceja. —Quieres que le haga la competencia a Scott.

—No, propongo que te asocies con él. Ya tiene experiencia en el sector y podéis crecer muchísimo en la ciudad.

Entrecerró los ojos como si la idea no le desagradara y ella sonrió. —Incluso puedes sacarte la licencia de detective y dedicaros a varias cosas para diversificar.

—¿Y quién nos iba a financiar? ¿Tú? —preguntó irónico.

—Claro, soy la socia capitalista. —Al ver que aquello no le gustaba un pelo se acercó a él. —Cariño, tienes que aceptar que tengo dinero. De hecho, soy muy rica. Tu vida ha cambiado. Si quieres trabajar, lo voy a sentir, la verdad, porque me encanta llegar a casa y estar contigo, pero si es lo mejor para ti lo aceptaré porque quiero que seas feliz. Déjame ayudarte.

—Tendría que pensar en muchas cosas… Vas a tener a la niña y…—Apretó los labios.

—Nos arreglaremos. Cielo, la solución se llama Lizz, tu madre y una eficiente niñera. Y además ahora que Clark se encarga de casi todo solo voy unas horas a la oficina.

—Tendría que hablar con Scott.

Sonrió porque era evidente que no le disgustaba la idea. —Sería una oportunidad para él. Y os lleváis muy bien.

—¡He traído pasteles! —gritó May desde abajo.

—Uy… —Salió corriendo y su marido rio por lo bajo.

—Niña, que vamos a cenar —protestó Lizz a lo lejos.

—Nena, estás descalza.

Volvió a la habitación como un rayo y asombrado su marido vio que salía del vestidor con las zapatillas en la mano. —¡Esperadme! ¡No os los comais todos!

Reece la siguió divertido y al ver a su madre con un pastel en la mano frunció el ceño. —Madre…

—Solo uno. —Le pegó un buen mordisco y gimió de gusto. —Qué bueno.

—Son de una pastelería nueva que hay a dos manzanas de aquí —explicó May encantada.

Jolyne se acercó. —¿Y a qué se debe esto? Uy, que pinta. —Cogió uno que parecía relleno de chocolate.

—Es mi cumpleaños.

Los cuatro se detuvieron en seco con los pasteles en alto y Jolyne se sonrojó porque nunca se lo había preguntado. ¿Qué clase de amiga era? Ahí se dio cuenta de lo egoísta que había sido con su amiga que siempre estaba ahí para ella.

—Felicidades —dijo Lizz forzando una sonrisa antes de mirar a Jolyne de reojo que había perdido todo el color de la cara—. ¿Y cuántos cumples?

—Veinticinco. Tengo tres años y medio menos que Jolyne. —Como si nada cogió un pastelito y se lo metió en la boca sonriendo.

—Felicidades —dijeron los demás mientras Jolyne no reaccionaba.

Reece carraspeó. —Nena, ¿no la felicitas?

—No te he comprado nada —dijo muerta de la vergüenza.

—Qué tontería, no pasa nada. Nunca celebramos los cumpleaños —dijo sin darle importancia —. Yo nunca te he comprado nada a ti. —Frunció el ceño acercándose. —¿Estás disgustada? No pasa nada, Jolyne.

—¡Cómo no voy a disgustarme! —gritó sorprendiéndoles a todos. De repente se echó a llorar y corrió escaleras arriba.

—¡Jolyne! —May corrió tras ella. —¡Chica son las hormonas que te tienen como loca! ¡No pasa nada!

Entró en su habitación y cerró la puerta de golpe casi ante sus narices. Asombrada abrió la puerta. —¿Estás enfadada conmigo?

—¡Eres mi ayudante! ¡Tienes que avisarme de estas cosas! —Se volvió en medio de la habitación y May reprimió una sonrisa. —¡No tiene gracia! Me hubiera gustado hacerte un regalo.

—Pues no te cortes. —Se echó a reír y se acercó para abrazarla. —Eres la mejor, ¿sabes?

—Soy una amiga horrible. —Sorbió por la nariz.

—Eso es mentira. Tienes un corazón enorme y aunque a veces pegues gritos siempre estás ahí cuando se te necesita. Mira Lizz, mira Porcia, mi tío, mi primo… Me has dado mucho más de lo que podré devolverte jamás. Diamante incluido.

Rio por lo bajo apartándose. —Lo siento.

—Eh… Yo tampoco te regalo nada en tu cumpleaños. Nunca lo celebras.

—Desde que no está el abuelo no me apetece.

—Yo tampoco lo celebraba, ¿sabes?

—¿Ni con tu familia?

Hizo una mueca. —Me crie con mis tíos. Mi madre murió en mi parto y mi padre desapareció antes de que llegara a este mundo.

—Lo siento… Así que ambas nos criamos sin padres.

May hizo una mueca. —Pues sí. Pero ahora nuestra vida ha cambiado y por eso he comprado los pasteles. Vamos a celebrar todo lo bueno que nos está pasando.

—Muy bien niña, haré una cena especial —dijo Lizz al otro lado de la puerta.

Ambas rieron por lo bajo y se abrazaron de nuevo. —Felicidades.

—Gracias. —La besó en la mejilla y se apartó emocionada. —Vamos a hincharnos de pasteles.

# Capítulo 11

La cena fue alegre y muy divertida. Scott por supuesto se unió a ellos y sorprendió a su novia con un colgante precioso en forma de corazón. Viendo la emoción en los ojos de May cogió la mano de Reece que la besó en la sien. Por supuesto hubo tarta de cumpleaños y todos cantaron mientras soplaba las velas. Estaban recogiendo entre todos cuando llamaron a la puerta. —May, ¿puedes abrir?

—Claro.

Mientras se alejaba les hizo un gesto a todos para que estuvieran atentos y cuando May abrió la puerta vieron a un repartidor. —¿May Harrison?

—Sí, soy yo. —Se volvió y dijo —¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada.

Chilló volviéndose y chilló de nuevo al ver el enorme paquete que ahora el repartidor tenía en las manos. —¡Dame, dame!

Se echaron a reír mientras lo cogía y el repartidor extendía el papel para la firma, pero ella pasaba de él olímpicamente para correr hasta la mesa. Lizz se acercó para firmar sin dejar de reír y todos vieron como rasgaba el papel de plata para abrir la tapa. Al apartar el papel de seda se detuvo en seco. —No.

Soltó una risita. —Sí.

La miró con los ojos como platos. —¿Para mí?

—Te gusta mucho el mío y hace frío.

Chilló de la alegría abrazándola antes de sacar el chaquetón de visón de la caja.

—Niña, es precioso —dijo Porcia admirándolo.

—En Navidades puede que te caiga uno. —Le guiñó un ojo sonrojándola de gusto. —Y para Lizz también. O puede que antes, que hace frío y no quiero que os pongáis enfermas.

Volvieron a llamar a la puerta y las mujeres salieron corriendo haciéndola reír.

—¡Es el mejor cumpleaños de mi vida! —chilló May a su novio en la cara antes de volverse para mostrar su abrigo.

Scott sonrió por su alegría. —Estás preciosa.

Su amiga le dio un beso en los labios y se volvió emocionada. —¿Cómo me queda?

—Perfecto.

Las demás llegaron con otras dos cajas en las manos que colocaron sobre el sofá y Lizz le dijo —No tenías por qué.

—Claro que sí. Sobre todo contigo. Perdona por no habértelo demostrado antes.

Lizz negó con la cabeza. —Me lo has demostrado muchas veces, cielo.

—Uy, uy… El tuyo es mejor —dijo May acercándose para mirar la caja.

Porcia a su lado le dio un codazo impaciente. —Ábrelo.

Contenta rompió el papel a toda prisa y levantó la tapa separando los labios de la impresión por la piel plateada que sobresalía del papel. —Dios mío. —Apartó el papel de seda para mostrar el abrigo de piel y lo sacó mostrando que tenía capucha. —Zorro plateado. ¿Estás loca? Es…

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? —Se abrazó a él pasando la mejilla por la piel de zorro. —Es tan suave…

Los hombres rieron y Porcia impaciente empezó a abrir el suyo. —Es evidente que los abrigos de piel las vuelven locas —dijo Scott divertido.

Los ojos verdes de su futura suegra brillaron mientras se apuraba en abrir su caja. Cuando levantó la tapa todos estiraron el cuello y cuando apartó el papel se llevó la mano al pecho de la impresión.

Todos perdieron la sonrisa de golpe acercándose. —Madre, ¿estás bien? ¡Scott llama a una

ambulancia!

—Oh no, estoy bien —dijo su madre como si nada antes de coger el visón blanco y elevarlo mostrando el abrigo tres cuartos—. Es el abrigo más bonito del mundo.

Aliviada porque estuviera bien Jolyne sonrió. —¿De veras te gusta?

—Es maravilloso —dijo emocionada—. Has hecho tanto por mí… Por nosotros.

—Eh… —Preocupada se acercó y le acarició la espalda. —No te alteres.

—Voy a por una pastilla. —Reece se alejó y fue hasta la habitación de su madre.

—Estoy bien es que …

—Estás flipando. Es natural, la jefa hace las cosas a lo grande. —May acarició el abrigo que aún llevaba puesto. —No voy a quitármelo nunca. Hasta dormiré con él.

Todas se echaron a reír y cuando Reece regresó suspiró del alivio porque su madre estaba bien. Jolyne se acercó a él y le abrazó por el cuello. —Crisis superada.

—Joder, que susto.

—Todo va bien.

Él miró a su madre sobre su cabeza y asintió. —Gracias, nena…

—¿Por qué?

—Por incluirla.

—Es de la familia. De la familia que hemos creado juntos.

Sus ojos brillaron. —Joder, no puedo creer la suerte que tengo.

Sonrió radiante. —Ni yo.

Al día siguiente ya era bien entrada la tarde cuando bajó las escaleras. Estaba medio dormida después de echarse una siesta. La noche anterior se había acostado muy tarde y habían tenido una reunión a primera hora donde apenas pudo mantener los ojos abiertos. Muerta de hambre escuchó a los chicos hablando en la salita de la abuela y no quiso interrumpirles porque seguro que estaban hablando del negocio. La noche anterior Reece le había tanteado y era evidente que

lo que le había dicho le interesaba, así que probablemente era de eso de lo que hablaban lo que le puso aún más contenta. Atravesó el salón y no vio a Porcia ni a Lizz, así que seguro que habían ido a dar su paseo diario. Iba a empujar la puerta de la cocina cuando escuchó —¡No me callo! ¡Estoy harta de limpiar su mierda! —exclamó Carla deteniéndola en seco.

—Shusss, ¿estás loca? —La voz de May le hizo fruncir el ceño.

—Claro, como tú recibes abrigos de piel y diamantes... A ti te ha cambiado mucho la vida, ¿no?

—Por favor baja la voz. Están en la salita, pueden oírte.

—Dijiste que esto nos beneficiaría a todos, que nos haríamos ricos —siseó—. Dijiste que la vida nos cambiaría y no ha sido así. —Rio con maldad. —¡Claro a ti sí que te ha cambiado, te vas a casar con ese y ahora eres el ojito derecho de esa pija, pero yo sigo limpiando como antes de tu plan! ¡Menuda hermana estás hecha!

Separó los labios de la impresión. ¿Hermana?

—He hecho todo lo que me has pedido. Llevo un año cerrando el pico cuando veía cosas muy raras, pero ya estoy harta. O haces lo que tienes que hacer o lo canto todo.

—No seas estúpida. Acabarías en la cárcel como yo, así que mantendrás la boca cerrada si quieres criar a tus hijos.

—No te reconozco.

—¿Ah, no? Teniendo en cuenta que antes no ganabas ni la mitad de lo que ganas ahora no sé de qué te quejas. ¡Y deja de romper cosas para joder! ¡Me tienes harta!

—¡Así que te tengo harta! ¡Es evidente que ahora prefieres a esa familia que no te quiso!

—Ella no sabía nada.

—La odiabas por vivir la vida que te hubiera correspondido a ti y ahora parecéis gemelas. ¡Hasta te vistes como ella!

—Te he dicho que cierres la boca.

—Eso significa que ya no vas a seguir adelante, ¿verdad?

El silencio al otro lado le hizo abrir la puerta y ambas la miraron sorprendidas. Sonrió como

si nada y dijo —¿Quedan pastelitos?

—Oh, sí… —dijo Carla a toda prisa yendo hasta la nevera.

—May pensaba que te ibas a hacer unos recados.

—Al final no. —Forzó una sonrisa mirándola fijamente. —¿Te encuentras mejor?

—Sí. —Se acarició el vientre acercándose a la mesa de la cocina y se sentó. —Pero me ha despertado el hambre.

Carla le puso delante un zumo de piña y un plato con pasteles. Cogió uno y se lo metió en la boca mientras ellas se relajaban. Masticó con ganas y levantó la vista hacia ellas. —¿De qué hablabais?

—Oh, de nada. Una pequeña discusión entre primas —dijo May sentándose a su lado—. Ha roto una figura. Tiene manos de boxeador porque no se libra una.

—Sí, ni que lo hiciera a propósito. —Carla perdió todo el color de la cara mientras May se tensaba. —Al parecer tenéis cosas que contarme. La familia no debe ocultarse nada, ¿no?

—Jolyne, no sé lo que has oído, pero te juro…

—No me jures. —Se metió otro pastelito en la boca mirándola fríamente y cuando tragó dijo —Estoy esperando, May. ¿O quieres que llame a la policía?

—Yo no he hecho nada —dijo Carla desde el otro lado de la cocina.

—¡Cállate! ¡Lo has estropeado todo! —gritó May levantándose.

—¡Fue idea suya!

—¡A ti no te pareció tan mal! ¡De hecho lo de los anónimos fue idea tuya!

Levantó una de sus cejas pelirrojas. —¿Anónimos? ¿Los has enviado tú?

May arrepentida se apretó las manos. —No lo entiendes.

—¡No, no lo entiendo por eso quiero que me lo expliques! —Se levantó demostrando que estaba furiosa. —Quiero que me expliques porque los has enviado, ¿querías aterrorizarme?

Los ojos de May se llenaron de lágrimas. —Sí.

Sin aliento de la impresión negó con la cabeza sin poder creérselo. —¿Por qué?

—Todavía no te has dado cuenta.

Jolyne pensó rápidamente pero no se le ocurría nada. —¿De qué hablas? ¿De qué hablaba ella cuando dijo eso de que tendrías que haber vivido mi vida?

May se sentó como si estuviera agotada. —Soy…

Carla apretó los labios. —Es tu hermana biológica. Sois hermanas y no solo de madre, también de padre.

Espantada dio un paso atrás y negó con la cabeza. —Eso no puede ser.

—¡Carla cállate! ¡Se lo contaré yo!

—¡Eso no puede ser! —gritó fuera de sí.

—Tu padre encargó… Me encargó porque quería darte un hermano. Y tu abuelo después de morir tu padre no quiso continuar adelante con el contrato del vientre de alquiler. Dijo que su hijo no estaba bien, que no estaba en sus cabales cuando firmó el contrato y que mi madre lo sabía. Dijo que se había aprovechado de su débil estado mental y por poco la imputan por haberle cobrado un millón de dólares. El juez la dejó sin un céntimo pues tuvo que devolver el dinero para no ir a la cárcel. Murió en mi parto…—Jolyne impresionada se tapó la boca dando un paso atrás y May levantó la vista hacia ella mostrando sus lágrimas. —Así que me crie con ellos.

—La has llamado hermana —le dijo a Carla.

—Siempre la hemos tratado como a una hermana más.

—Eso es cierto —dijo May. Se miró las manos—. Siempre he sabido que existías. Te veía en las revistas con tu abuelo en esas galas y…

—Me envidiabas.

—¡Sí! ¡Te envidiaba! ¡Te odiaba! —Se levantó furiosa. —¡Tu abuelo me robó la vida que me correspondía! ¡Tenía tanto derecho como tú!

Con el corazón en la boca por su dolor ni se podía imaginar lo que había pasado viviendo con estrecheces mientras a ella no le faltaba de nada. —Sí que lo tenías.

May se echó a llorar. —No me podía creer la suerte que tuve cuando conseguí el trabajo para ti. Aunque había trabajado muchísimo para entrar en la empresa jamás creí que me elegirías a mí.

—Querías vengarte.

—¡Quería lo que era mío! Pero tuviste el accidente y realmente te conocí. Vi lo sola que estabas, que en realidad no eras la mujer que me había imaginado. Que eras fría en algunos momentos, pero que en tu interior no eras así en absoluto.

—¡No me mientas, fuiste poniendo a tu familia a mi alrededor para que me vigilara!

—¡No tenían trabajo y serían dos ojos más sobre ti!

—Me tenías controlada todo el tiempo. ¡En el coche, en el trabajo, en casa! —Se le cortó el aliento. —Dios mío… El accidente fue cosa tuya. Bob tenía que revisar el coche.

May palideció mirándola arrepentida. —Leí tu testamento y vi que dejabas todo a una fundación que tendríamos que dirigir tu abogado y yo. No me lo esperaba. No llevaba tanto tiempo trabajando contigo y…

—¡No tenía a quien confiarle la empresa! —gritó desgarrada.

Una lágrima recorrió la mejilla de May. —Lo sé.

—Quiero que te vayas.

—Jolyne…

—¡Desaparece de mi vista! —gritó fuera de sí—. ¡Fuera, fuera!

La puerta se abrió de golpe y Reece entró en la cocina con Scott detrás. —¿Qué ocurre aquí?

—¡Largo de mi casa! —gritó desgarrada antes de echarse a llorar tapando su rostro.

Reece la abrazó mientras May salía corriendo. Scott estaba pasmado. —¿Qué ha pasado?

Se aferró a Reece que preocupado le acarició la espalda. —No pasa nada nena, estoy aquí. —Le abrazó aún más como si necesitara asegurarse de que jamás la dejaría y preocupado la cogió en brazos. —Hazme un favor, ¿quieres? Llama al médico, tienes el número en la puerta de la nevera.

—Sí, por supuesto.

La llevó hasta su habitación y la tumbó en la cama sin que ella pudiera dejar de llorar. —Eh, preciosa me estás asustando.

—Júrame que nunca me fallarás —susurró contra su cuello—. Sé que nunca me has

utilizado, que nunca lo harías y mucho menos por dinero, pero júramelo por favor.

Sin dejar de abrazarla cerró los ojos con fuerza. —Nunca te fallaré, mi amor.

Lloró sobre su hombro y le costó calmarla. De hecho no fue capaz hasta que llegó el médico y le inyectó un sedante que la dejó dormida a los pocos minutos. Lentamente salió de la habitación sintiéndose un miserable. Cuando llegó abajo Scott muy tenso se levantó. May sentada en el sofá de enfrente hizo lo mismo y muy pálida dijo —He vuelto porque no he terminado de explicarme y creo que debéis saberlo todo.

—Pues empieza —dijo amenazante dando un paso hacia ella—. Explícame por qué le has roto el corazón a mi mujer.

Suspiró sentándose en el sofá y se mordió el labio inferior. —No la conocía. Solo tenía una imagen de ella que me había formado en mi mente.

—Cielo, empieza desde el principio. No sé Reece, pero yo no tengo ni idea de lo que hablas.

—Jolyne no era ni capaz de hablar del disgusto.

May se echó a llorar. —No esperaba llegar a sentir lo que siento a su lado.

Scott no lo aguantó más y se sentó a su lado para abrazarla. —No puede ser tan grave.

—Sí que lo es.

—¿Quieres empezar de una maldita vez? —gritó Reece sobresaltándola.

—¡No le grites! —Scott se levantó furioso y en ese momento se abrió la puerta de casa dando paso a Lizz y a Porcia que asombradas se acercaron a ellos.

—¿Qué está pasando? Se oyen los gritos desde el pasillo —preguntó Lizz—. May, ¿por qué lloras?

—Eso me gustaría saber a mí.

Scott apretó los puños sentándose al lado de su prometida de nuevo. —Cielo, dinos qué ha pasado.

Angustiada se apretó las manos y empezó a relatar lo que había ocurrido en su nacimiento. Lizz horrorizada tuvo que sentarse mientras que Reece cada vez estaba más tenso, pero continuó abstraída en su historia. —Así que se lo dije. Ese fin de semana se iba a Cape Cod y solo tenía

que desajustar no sé qué de los frenos para que cuando frenara a fondo no respondieran como era debido.

—Serás hija de puta.

—Dios mío, Dios mío… ¿Has intentado matar a mi niña? —Lizz no se lo podía creer. —¡Ella no tenía la culpa de nada!

—Pero May había volcado todo el odio en ella porque era la única que estaba viva para recibir su castigo. —Reece mirándola como si quisiera matarla siseó —Continúa, estoy seguro de que esto no se acaba aquí.

—¡Cuando vi el resultado de lo que había hecho no me lo podía creer! —gritó angustiada—. Y después la conocí de veras. Sus lágrimas por los dolores que yo le había provocado…

—Tenías remordimientos —dijo Porcia.

—¡Sí! ¡Yo no soy así! Y realmente se mostró a mí. Entre nosotras se formó una relación mucho más estrecha y llegué a conocer toda su vida. Lo que hacía por los demás, lo buena que era… —Sollozó. —¡Estaba sola y yo era su única familia!

—¿Pero? —preguntó Reece con desprecio—. Seguro que hay más.

—Mi familia empezó a presionarme con que no habíamos empezado todo esto para nada. Empezaron a sentir celos de nuestra relación. Incluso mi novio estaba celoso de ella porque pasaba más horas a su lado de lo que debía. Fue Carla la que puso la muñeca ante la puerta. No era un aviso para ella, era para mí para que hiciera algo ya o ellos tomarían medidas. —Lizz jadeó sin salir de su asombro. —Pero entonces pensé que podía entretenerles de esa manera hasta que se me ocurriera algo, así que les dije que los siguientes anónimos los enviaría yo porque tenía una idea en la cabeza que necesitaba el momento oportuno. Y ocurrió. Las amenazas de Carlos desde prisión eran justo lo que necesitaba, pero nuestra oportunidad no se dio porque iba a verte a la cárcel y no fue a Cape Cod en ningún momento. Siempre de la empresa a casa y por supuesto siempre veían que se subía al coche con nosotros, así que no podíamos hacerlo en ese momento. Seríamos los principales sospechosos.

—¿Ibas a matarla? —preguntó Scott incrédulo.

—¡No! Pensaba secuestrarla en su casa de Cape Cod y pedir un rescate por ella. ¡Su abogado tiene poderes para tocar las cuentas! Era perfecto. ¡Le daría el dinero a mi familia y nos dejarían en paz!

—Pero no fue —dijo Lizz mirándola con odio.

May agachó la cabeza sin soportarlo. —No, y mataron a Pickery lo que me dio una oportunidad para que se quedaran quietecitos un tiempo por temor a que nos pillaran, por eso le rogué que denunciara los anónimos a la policía. —Miró de reojo a Scott. —También quería despistarte a ti sobre quien enviaba los mails, pero averiguaste enseguida quien fue el asesino. Pensé en dejar de enviar amenazas, pero…

—Si no había más anónimos perderías a Scott porque tarde o temprano se iría y no tendrías la oportunidad de enamorarle, así que seguiste enviándolos intentando encontrar una solución —dijo Porcia con una triste sonrisa—. Niña, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos y Scott la abrazó pegándola a él. —Estoy aquí, preciosa.

—Voy a llamar a la policía.

—¡Reece no! —Scott se levantó.

—¡Ha intentado matar a mi mujer! ¡Quién no nos dice que no nos está mintiendo porque Jolyne la ha descubierto! ¡Personalmente yo no me creo nada! —Dio un paso hacia ella mirándola como si quisiera matarla. —¿Sabes el daño que le has hecho? ¿Las secuelas que tendrá de por vida? ¡No hay día en que no le duela la cabeza!

—Lo siento, lo siento…

—Lo que pasa es que te diste cuenta de que ganándote su confianza igual te tocaba algo más y has simulado ser su amiga para conseguir tus propósitos. Lo único que has hecho desde que la conociste es mentirle y aprovecharte de ella.

May entrecerró los ojos. —Como tú, ¿no?

Se hizo el silencio en el salón y Porcia confundida miró a su hijo. —¿De qué habla?

—Te debes creer que soy estúpida. En cuanto Jolyne me habló de ti me di cuenta de que algo

no cuadraba. ¿Le salvas la vida y no te interesa saber si se pone bien? ¿Ni una sola llamada para saber su estado? Cualquiera lo haría, sobre todo si es un hombre como debe ser. Vi su reacción en cuanto reconoció tu foto en el periódico y vi como brillaban sus ojos como si encontrarte fuera lo mejor que le hubiera pasado en mucho tiempo. ¡Le dije que no le convenía que la relacionaran contigo, pero era evidente que estaba fascinada por el héroe que le salvó la vida! Busca los mejores abogados penalistas para defenderle, me dijo de manera tajante. Le seguí la corriente y cuando te condenaron a un año me pidió que buscara a alguien en prisión que te cuidara las espaldas. ¿Adivina a quien encontré?

—Robert…

—Un exmarine como tú. Era perfecto. Me puso en contacto con él un conocido del barrio y fui a visitarle a prisión. Claro que se haría tu amigo por una buena cantidad y me fue informando de todo. De la enfermedad de Porcia, de lo que pensaste cuando empeoró apenas unas semanas después de entrar en prisión. Él en broma te dio la idea de sacarle el dinero cuando le dijiste que habías visto a Jolyne en el edificio de tu abogado y que creías que era ella la que te había ayudado. Una casualidad enorme que tenías que aprovechar. Así pagarías la operación de tu madre y mucho más, ¿no? ¡Y lo has conseguido gracias a mí porque hice que Lizz contestara esa primera carta! ¿Y sabes por qué lo hice? Porque sabía que estaba enamorada, porque Robert me dijo que en el fondo eras un buen tipo y quise que tuviera una oportunidad. Igual si la conocías como llegué a conocerla yo, te darías cuenta de cómo es y llegarías a amarla como se merece. Porque si empezaste esto en realidad fue por tu madre. Por eso te di una oportunidad. —Le señaló de arriba abajo mostrando los pantalones negros y la camisa blanca que se había puesto ese día para agradar a Jolyne. —Solo hay que verte para darse cuenta del cambio que ha dado tu vida, ¿no? ¡Ahora tu madre lleva pieles y vives en un ático en Park Avenue! ¡No me vengas con moralismos cuando tú solo te acercaste a ella por interés! ¡Cuando tuvo el accidente la sacaste del coche, sí, pero te importó una mierda si después se moría o no hasta que necesitaste su ayuda!

Pálido apretó los puños. —Serás zorra.

—Dios mío, cuando Jolyne se entere de esto se muere del disgusto —dijo Lizz espantada.

—Dile que miente, hijo —dijo Porcia.

May se echó a reír sin ganas. —No puede, señora. Sería él quien le mentiría.

Porcia se levantó. —Hijo…

—Te morías. Tenía que hacer algo.

—Me dais asco. —Lizz se levantó totalmente espantada. —Quiero que os vayáis todos de esta casa. —Fulminó a May con la mirada. —¡Eres peor que una serpiente! ¡Maldita la sangre que corre por tus venas, que no es la de mi niña porque no tiene una sola pizca de maldad en su cuerpo! Vete de aquí antes de que te mate.

May apretó los labios y asintió. —Lo siento, no sabes cómo lo siento.

—¡Púdrete zorra!

Se echó a llorar y salió de la casa corriendo. Scott se llevó las manos a la cabeza, pero apenas dos segundos después corrió tras ella. Lizz se volvió para mirar fríamente a Reece. —Maldito bastardo.

—¡La quiero, te juro que la quiero, pero en aquel momento la necesitaba!

—La quieres —dijo con desprecio.

—Sí que la quiere, conozco a mi hijo y…

—¡Ni sabías que te había mentido! ¡No tenías ni idea de sus planes! —Se acercó a él. —¿Qué esperabas? ¿Casarte y sangrarla aún más? Por eso estos días te mostrabas hosco y molesto, para que te pusiera un negocio. —Le dio un tortazo que le volvió la cara. —Eres escoria. Peor todavía que esa zorra que acaba de irse, porque has hecho que te ame más que a sí misma.

—Dios mío… —Porcia se echó a llorar. —Con lo buena que es, ¿cómo has podido?

—Si le hubieras pedido ayuda, te la hubiera dado por salvarle la vida —siseó Lizz. Muy tenso no abrió la boca—. ¡Di algo! —gritó en su cara.

—No tengo nada que decir que pueda excusarme. La idea no fue mía como dijo May, pero si me puse en contacto con ella fue con la intención de aprovecharme. Vi cómo me miraba cuando nos encontramos en el hall del abogado y supe que había sido ella. Pero te juro por mi vida que

cuando estuvimos juntos por primera vez sentí que era mía. He llegado a quererla.

—Has llegado a quererla. —Lizz le dio la espalda y fue hasta la puerta de la terraza. —La conozco desde que nació porque en realidad casi siempre estaba aquí. Su padre era un maniaco depresivo desde la adolescencia y siempre estaba de fiesta en fiesta. —Suspiró. —Pero eso ella no lo recuerda, por supuesto. Yo le dije que la adoraba, que la había deseado muchísimo y que cuando la había tenido en brazos había sido amor a primera vista. Pero lo cierto es que en cuanto pasó la novedad la dejó de lado. Recuerdo un día en que su abuela le dijo que la niña siempre jugaba sola. Seguro que fue eso lo que le hizo encargar otra hija como ha dicho May.

—Lo sabías.

Lizz se volvió. —Sí, por supuesto que lo sabía. Pero su abuelo creyó que había aprovechado la muerte de su hijo para intentar colarle otra nieta. Fue cuando ella presentó los papeles de la clínica donde la habían inseminado cuando se descubrió que decía la verdad. Esperaban otra nieta. Ella quiso llevarle a juicio, cuando el abuelo hubiera llegado a un acuerdo porque al fin y al cabo era su sangre. —Sonrió asqueada. —Fue un auténtico circo hasta que se descubrió que el padre de Jolyne tomaba tanta medicación recetada por su psiquiatra que no era capaz de tomar una decisión coherente. Ahí fue cuando nos enteramos de que le había robado un millón de dólares y que se había aprovechado de su estado. Se quedó en la ruina, cierto. Pero a May le han mentido. Como ella era la madre biológica y el contrato de vientre de alquiler se consideraba nulo por la estafa, no quiso que se le entregara la niña a la familia. De hecho, nos comunicó que no le pondría el apellido de los Hightway, aunque tenía derecho. El abuelo de Jolyne quiso luchar por la niña cuando su madre falleció, pero su mujer le dijo que no lo hiciera. Que debían dejarlo estar. Se encontraba delicada y el pobre hombre también hundido por la muerte de su hijo ya no sabía qué hacer con una niña de casi cuatro años, una mujer depresiva y otra nieta que ni sabía dónde estaba. Tuvo que elegir y eligió atender a las que tenía en su vida. Y lo hizo lo mejor que pudo cuidando a esa niña para que fuera una mujer de provecho. Y lo es. No solo es lista en los negocios, sino que es buena persona. Educada, instruida, es la mujer de la alta sociedad perfecta. —Negó con la cabeza. —Podía tener a cualquiera y te eligió a ti.

—¡Sé que no me la merezco! —gritó impotente.

—No, no te la mereces. —Enderezó la espalda. —No pienso tolerar que esto continúe, pero tampoco pienso dejar que se despierte y no estés en su vida. Mañana le darás las explicaciones que te dé la gana, pero desaparecerás para siempre.

—Pero se llevará un disgusto enorme y la niña… ¿No conoceré a la niña? —dijo Porcia angustiada.

La miró asombrada. —¿Acaso he dicho algo de ti? Eres su abuela, sigues con las revisiones y tú te quedarás. —Se volvió hacia Reece. —No quiero volver a verte por aquí o me obligarás a decirle la verdad, lo que será aún más doloroso para ella. Si tienes corazón, si te importa, aunque solo sea un poco o te interesa la salud de tu hija, haz que sea de la manera menos dolorosa posible.

—¿Y qué le digo? —preguntó rabioso.

—Tú eres el experto en mentir. —Fue hacia la cocina. —Porcia tienes que cenar para tomar las pastillas.

Muerta de miedo miró a su hijo que se llevó las manos a la cabeza volviéndose como si no soportara su mirada. —Hijo…—Sabiendo que la necesitaba se acercó a él y acarició su hombro.

—¿Qué puedo hacer, madre? —preguntó con la voz rota.

—Me da igual lo que diga Lizz. Si la amas, si la amas de corazón dile la verdad y ruega porque te perdone.

—¿Y si no lo hace?

—Si no lo hace perderás lo mejor que has tenido nunca.

# Capítulo 12

Un haz de luz se reflejó en el espejo y este llegó hasta su rostro molestándola. Se giró y suspiró abriendo los ojos para ver a Reece de espaldas a ella mirando por la ventana. Suspiró de nuevo poniéndose de espaldas y pasándose la mano por los ojos cuando recordó lo que había pasado el día anterior con May. Dejó caer la mano sobre el colchón y sus ojos se llenaron de lágrimas por la pérdida de su mejor amiga.

—¿Nena?

Volvió la cabeza hacia él y forzó una sonrisa. —Hola.

Se acercó a la cama mirándola de una manera que le provocó un vuelco al corazón, como si la quisiera más que a nada, pero también con temor lo que la alertó sin poder evitarlo. —Cariño, ¿qué ocurre? —Se sentó inquieta. —Estoy bien. Me ha disgustado lo que ha ocurrido, pero estoy bien.

Se sentó a su lado y acarició su mejilla. —¿Sabes que eres preciosa?

Acarició su mano sintiendo un miedo en su interior que no sabía expresar. —¿Esto es por May?

—¿Recuerdas la promesa que te hice ayer?

—Que no me fallarías.

—No voy a poder cumplir esa promesa —dijo con tristeza.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Por qué?

—Porque te he fallado. No he sido del todo sincero contigo y lo ocurrido solo me ha hecho darme cuenta de lo egoísta que he sido.

Mirándole a los ojos ni se dio cuenta de que una lágrima caía por su mejilla. —¿No me quieres? —preguntó aterrada.

—Te juro por lo más sagrado que te amo más que a nada.

—Lo demás no me importa —dijo a toda prisa muy asustada antes de abrazarle—. Lo demás no me interesa. —Él cerró los ojos acariciando su espalda. —No puedo perderte.

—Jolyne…

—No hablemos más de esto. —Se apartó y se levantó de la cama a toda prisa. —Tengo que ir a la empresa y…

—Te utilicé para que pagaras la operación de mi madre. —Se detuvo en seco ante la puerta del vestidor y sin volverse escuchó —No moví un dedo por verte después del accidente porque no me interesabas. No es cierto que tuviera que entregar la carga. Simplemente me fui. Cuando te vi en aquel hall no me lo podía creer y entré en prisión convencido de que tú habías pagado a mi abogado. El primer pensamiento que cruzó mi mente fue que era lo menos que podías hacer cuando te había salvado la vida. En aquel momento ni reconocía que te había distraído. Fue en tu primera carta cuando algo cambió y escuchar tu voz… No sé cómo explicarte como fuiste metiéndote bajo mi piel poco a poco y cuando desapareciste de mi vida sentí que me arrancaban el corazón. No pude evitar ir a verte en cuanto salí de la cárcel. No pude evitarlo porque no había podido dejar de pensar en ti.

Se volvió lentamente mostrando el dolor de su rostro. —¿Me has mentido todo este tiempo para que pagara la operación de tu madre?

—Por esa razón quise conocerte, quise acercarme.

Miles de pensamientos agolparon su mente. Las compañeras de colegio que se acercaban a ella por lo que podían conseguir de su amistad, la cantidad de llamadas que recibía para que diera y diera dinero, May, su propia hermana, la había intentado matar para conseguir su herencia. Levantó la vista hacia él que se levantó de la cama lentamente. —Nena…

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó sin aliento sintiendo que su corazón se le salía del pecho.

—May me descubrió ayer ante Lizz —respondió muy tenso.

Un dolor traspasó su pecho porque era evidente que nunca le hubiera dicho nada si no hubiera sido por eso. Quiso gritar de dolor, pero algo en su interior recordó a su abuelo. Cierto día que había llegado llorando del colegio porque una compañera le había robado la mochila diciéndole que podía comprarse otra. Su abuelo la cogió por la cintura y la sentó sobre sus rodillas. —Siempre desearán lo que tienes. Siempre querrán hacerte daño simplemente por envidia, pero tú debes ignorarlos a todos. Son ellos los que se envenenan a sí mismos con esos pensamientos. Tú mantén la cabeza alta porque no has hecho nada malo y no llores. Jamás llores porque solo les darás satisfacción porque sabrán que te han hecho daño. Eres mi orgullo, mi sucesora. Haz que me sienta orgulloso de ti.

Sus ojos azules se oscurecieron sintiendo que el rencor recorría su cuerpo y simplemente dijo una sola palabra —Adiós.

Arrepentido dio un paso hacia ella. —Nena, te lo cuento porque…

—Porque te han descubierto. Esa es la razón que has dado. ¿O estoy equivocada y no te he escuchado bien? —preguntó con rabia—. Pero me quieres más que a nada.

—Jolyne déjame explicarte…

—¡Ya te has explicado! ¡Y no quiero escuchar nada más! ¡Fuera de mi casa!

—Nena, yo te quiero. ¡Me acerqué a ti por las razones equivocadas, pero te quiero!

—Mientes. Si me hubieras querido me habrías dicho la verdad antes de todo esto. ¡Ahora que te han descubierto no valen las explicaciones!

—Puede que no me creas y me lo merezco, pero te juro que eres…

—¿Lo más importante de tu vida? —preguntó con burla mientras su corazón se rompía en dos por haber sido tan estúpida. —Vete de mi vida. Ya tienes lo que buscabas, vete de mi vida.

Se acercó a ella. —Por favor escúchame. —Intentó cogerle la mano, pero ella se apartó mirándole con asco. —No me mires así…

—Es que te estoy viendo por primera vez. ¿Sabes la decepción que siento cuando siempre he creído que eras una buena persona?

Él dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —Jamás he querido hacerte daño.

—Claro que no. Solo querías mi dinero. —Sonrió con ironía. —No olvides llevarte a tu madre contigo.

Eso sí que pareció asombrarle. —Está a tratamiento.

—¿Y? —Entró en el baño dando un portazo y escuchó un golpe en la pared que la sobresaltó.

—Nena por favor…

—¡Largo de mi casa! —Intentando retener las lágrimas se sentó en la bañera y se acarició el vientre. Al notar que su niña se movía sintió fuerzas para echarle de su vida. No quería que se acercara a su hija alguien que era así. —¡Como no te vayas llamaré al portero para que te eche!

Escuchó un roce en la puerta. —Puede que me pusiera en contacto contigo por las razones equivocadas, pero me alegro porque he llegado a conocerte, nena. Y eres maravillosa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No cambies por lo que hemos hecho. Simplemente no te merecemos.

Escuchó como se alejaba y abrazándose a sí misma se echó a llorar dando rienda suelta a todo el dolor que tenía dentro. Le había perdido. Había perdido a la persona que más había amado, pero no debía torturarse porque él no la amara de la misma manera. Su hija se movió en su interior. Ella sí la querría. La querría como su abuelo, sin condiciones, sin pedir nada a cambio. Un amor sincero e infinito como el que ella tendría por su hija hasta el día de su muerte. Igual el destino quería que tuviera pocas personas a su alrededor que realmente la quisieran. Su abuelo, Lizz y en un futuro su hija. No tenía ninguna duda de que ellos la habían querido de verdad y eso era lo único que tenía que importar.

Sus escoltas bajaron del vehículo de atrás y cuando llegaron a su limusina ella se bajó del coche. Entonces la siguieron hasta la empresa. Su chófer un antiguo policía miró a su alrededor antes de cerrar la puerta. Si antes era inaccesible ahora era imposible acercarse a ella.

May que estaba ante la empresa entrecerró los ojos al ver que uno de sus guardaespaldas iba directamente hacia ella. —Vamos allá —dijo para sí antes de esquivarle como toda una jugadora

de fútbol—. ¡Jolyne!

Su hermana siguió caminando hacia la puerta y consiguió esquivar al otro, pero antes de que se acercara el portero se interpuso. —¡James, no me fastidies!

—Lo siento, pero es lo que hay. Estás en la lista negra.

—¿Crees que no lo sé? —Estiró el cuello. —¡Lo seguiré intentando hasta que hables conmigo! —No se detuvo yendo hacia el ascensor. —Qué cabezota es. —Bufó volviéndose para alejarse.

Jolyne al entrar en el ascensor vio cómo se iba y dijo al guardaespaldas —¿Necesito a otras personas que me protejan?

—No, señorita Hightway —dijeron los dos a la vez.

—Que no se me acerque o estáis en la calle. No lo digo más —dijo fríamente. En cuanto se abrieron las puertas fue directamente hacia su despacho y se encontró a Clark hablando con una de sus secretarias—. Buenos días.

—Buenos días —respondieron todos al unísono.

—¿Qué haces aquí? ¿No salías hoy de cuentas? —preguntó su vicepresidente.

—Tengo trabajo —respondió yendo hacia su despacho. Su ayudante se levantó de su mesa de inmediato acompañándola al igual que Clark. Se quitó el ligero abrigo que iba a juego con su vestido azul y se lo dio a Stephanie que de inmediato lo llevó al pequeño armario escondido en la pared—. ¿Cómo va lo de los camiones?

—Tengo cuatro presupuestos. Los tienes sobre la mesa. Me gusta el de Oregón.

—Lo miraré ahora.

—Deberías estar en tu casa. Estas cosas puedes resolverlas por mail.

—Cierto, pero quiero escribir unas cartas antes de mi retiro obligatorio. —Se sentó en su sillón de piel blanca. —¿Algo que deba saber?

—Esta empresa rueda como la seda.

—Perfecto. Espero que siga así. ¿Qué se sabe de la base europea?

—Afueras de Londres o afueras de Múnich.

—Me gusta más Múnich. ¿Llevar el material a una isla para coger otro avión de transporte? Los gastos aumentarían.

—Eso pensaba. También me gusta más Múnich. Iré a verla la semana que viene.

—Mantenme informada.

—Como siempre, jefa —dijo mirándole el trasero a Stephanie que se acercaba con una manzanilla porque últimamente siempre tenía el estómago revuelto por las mañanas.

Sonrió sin poder evitarlo. —Clark, ¿no tienes trabajo?

—Claro que sí, no me dejas respirar.

—Respira para otro lado, ¿quieres?

Riendo salió de su despacho y cogió la taza que le tendía su ayudante. —Stephanie…

—¿Si?

—Todas se han enrollado con él y no han conseguido nada.

—Me caso el mes que viene.

La miró sorprendida. —¿De verdad?

—Aprovecharé tu baja por maternidad.

—Bien pensado. Sigue así y no te faltará el trabajo a mi lado.

—Gracias —dijo orgullosa. Bebió de su manzanilla antes de dejarla al lado de unos documentos. —Jolyne...

—Dime.

—Antes de que llegaras llamó un hombre que preguntó por ti.

Frunció el ceño. —¿Qué hombre?

—Un tal William.

—¿William? ¿Solo dijo eso?

—Sí, y eso me mosqueó.

—¿Qué te preguntó?

—Que si estabas bien —respondió eficiente—. Por supuesto le pregunté quién era y a qué venía esa pregunta. Hubo un momento en que pensé que podía ser de la prensa y le dije que

estabas perfectamente y fue cuando me preguntó si vendrías a trabajar.

—¿Le contestaste que sí?

—Le dije que como de costumbre. Entonces colgó. Fue cuando me di cuenta de que su voz me sonaba a la de ese que llamó hace unas semanas. Cuando no quisiste ponerte.

Le dio un vuelco al corazón enderezando la espalda. No sabía nada de él desde hacía meses. —¿Crees que era Reece? —Su asistente asintió. —Si vuelve a llamar cuelga —dijo fríamente—. Y no contestes a ninguna de sus preguntas.

Asintió eficiente y se sentó ante ella con el block en la mano. —¿Está en la lista negra como May?

—Absolutamente. ¡Creía que había quedado claro cuando no me puse al teléfono la otra vez!

Se sonrojó con fuerza. —Bien, jefa.

—Empecemos con las cartas.

En ese momento escucharon un fuerte claxon y Jolyne refunfuñó —El tráfico está fatal. Al señor Pickery. —La bocina seguía sonando de manera atronadora y frunció el ceño. —Menudo escándalo está montando. —Como seguía sonando se levantó y se acercó a la ventana. Un camión de grandes dimensiones estaba en la acera de enfrente. Lo extraño es que parecía aparcado. ¿Por qué tocaba la bocina si no tenía a nadie delante? —No sabía que esos camiones tan grandes podían circular por Manhattan.

—Tienen algunas restricciones de carreteras y creo que de horarios también. —Su ayudante se acercó a ella. —Uff, es muy molesto.

En ese momento llegó una patrulla y se bajó un policía para acercarse a la ventana. Le hizo señas para que bajara la ventanilla. El cristal se bajó y al ver el cabello moreno del camionero se tensó. —¿Está loco?

—¿Qué?

Sin hacerle caso vio como el policía gritaba sin que la bocina dejara de sonar. Al ver que el policía se alteraba sin poder evitarlo se puso nerviosa. —Le van a detener.

—Pues es lo que tienen que hacer, menudo escándalo.

—¡No digas tonterías! —exclamó sonrojándola. Se volvió molesta. Aquello era lo que le faltaba. El sonido de la bocina la siguió hasta el ascensor y seguida de sus guardaespaldas entró en él—. ¡Está en frente! ¿No le oís?

—Déjenos a nosotros, señorita Hightway.

—¿Y que le detengan por acoso? —preguntó como si fuera idiota.

Salió del ascensor y vio como varios de sus empleados estaban en la acera donde se estaba acumulando gran cantidad de gente. —Estupendo —siseó furiosa.

Al verla llegar muchos de los suyos entraron en tropel temiendo perder el trabajo, pero ni se dio cuenta cruzando la calle mirando a Reece que sonreía al policía. Levantó la vista y al verla la bocina dejó de sonar. Ella entrecerró los ojos deteniéndose en seco en mitad de la calzada y Reece levantó una ceja. Al dar un paso atrás la bocina volvió a sonar y gruñó con ganas de matarle antes de avanzar hasta el camión. —¿Ya se ha arreglado? —preguntó el policía exasperado.

—Eso parece —dijo Reece comiéndosela con los ojos—. Hola nena…

El policía la miró asombrado. —¡No me fastidie!

—Ya me encargo yo, agente.

—¡Eso espero! ¡Debería detenerle por escándalo público! ¡No, debería multarle! —Frustrado sacó algo del bolsillo trasero del pantalón. —De hecho voy a hacerlo. Seguro que si paga quinientos pavos deja de llamar a su novia de esta manera.

—No soy su novia. —Con inquina sonrió. —Ni lo seré.

—Al menos estás aquí. —Como si nada apoyó los brazos en el borde de la ventanilla. —Estás preciosa, cielo.

El policía puso los ojos en blanco antes de empezar a escribir. —Documentación del vehículo y licencia de conducir.

Reece extendió la mano y se la entregó sin dejar de sonreír, lo que significaba que ya la tenía preparada. —¿Cómo estás?

—Estaba muy bien hasta que has llegado. —Al ver varias sonrisas a su alrededor siseó —

¿Qué quieres?

—Verte. No contestas a mis llamadas ni me dejas verte. Podemos arreglarlo porque aquí hay amor del bueno.

—¡Encima acosador! ¡Mira, mira que me estoy pensando en ponerle las esposas! —Arrancó el papel y se lo tendió con los papeles. —¡Circule!

—Preciosa, ¿tomamos un zumito? Hay una cafetería ahí mismo.

—¿Acaso no me ha oído? —le preguntó el policía asombrado.

—Se habrá quedado sordo con tanta bocina —dijo ella antes de gemir por dentro y mirar esos ojos con los que soñaba cada noche—. Léeme los labios. No.

—Unos labios preciosos. Si lo sabré yo que no dejo de pensar en ellos.

—¡Reece ya está bien! —exclamó sonrojada al escuchar varias risitas.

—Vamos, mujer… dale una oportunidad —dijo una señora en la calle.

—¡Métase en sus cosas!

Esta jadeó. —Qué carácter.

—¡Oiga o circula o va a conocer mi comisaría! —El policía estaba perdiendo los nervios.

—¿Quiere dejar que yo me encargue, buen hombre? —preguntó con autoridad antes de cruzarse de brazos levantando la vista—. Ya lo habíamos dejado claro. Tú me utilizaste y yo no quiero ni verte. Acéptalo.

—Esperé unos días a que te calmaras porque después de lo que había ocurrido sabía que estabas dolida, pero no voy a rendirme y si tengo que pagar cien de estas lo haré.

—Lo que me faltaba por oír —dijo el policía—. Baje del vehículo.

Uy, uy que terminaba otra vez en prisión. —Agente le juro que lo arreglaré.

—¡Pues no veo que le haga mucho caso! ¡Baje del vehículo!

Reece abrió la puerta y Jolyne la empujó con ambas manos cerrándola de golpe para asombro de todos. Forzó una sonrisa. —No quería molestar, es que es muy insistente.

—¿Quiere apartarse? ¡Caballero baje del vehículo! —Como ella no se movía dijo mosqueadísimo. —¿Sabe lo que es el desacato a la autoridad? ¡Apártese de la puerta!

Ella no se movió ni un milímetro haciendo sonreír a Reece. —Lleguemos a un acuerdo, ¿vale? No lo hará más.

—¡Si acaba de decir que sí!

—Reece dile que no lo harás más. —Al no contestar levantó la cabeza. —¡Dilo!

—Ni de broma. No hasta que no hablemos de nuestra relación.

—Señora apártese —dijo llevando la mano a las esposas que tenía a su espalda.

—Señorita.

—¡Me importa un pito! ¡Apártese!

—¿Me está levantando la voz? —preguntó asombrada—. ¡Soy la perjudicada!

—Última vez. Se aparta para que pueda detenerle o la detengo a usted por desacato a la autoridad.

—¿Qué?

El policía la cogió por la muñeca volviéndola. —¡Eh, que está embarazada! —protestaron varios.

—¡Suéltela! —Reece quería abrir la puerta, pero ella estaba delante mientras la esposaban.

—Queda detenida, tiene derecho a un abogado.

—¡Jolyne!

Reece fue hasta la otra puerta, pero ella gritó —¡No bajes!

El policía tiró de ella hasta el coche policial sin dejar de leerle sus derechos. Reece bajó del camión y al ver como la metían en el coche se llevó las manos a la cabeza. El policía se volvió y sorprendida vio que tenía una porra en la mano. —¡Aléjese del coche!

—¡Ella no ha hecho nada! —dijo muy nervioso.

—La próxima vez se pensará hacer algo así de nuevo. ¿Quiere acompañarla o prefiere llamar a su abogado?

Reece apretó los labios antes de mirarla a través de la ventanilla. El coche se alejó y juró por lo bajo. Jolyne se volvió para ver que se subía al camión a toda prisa. Sintió un nudo en la garganta y tragó saliva intentando reprimir sus sentimientos. No le quería en su vida y no debía

flaquear. Que se preocupara o quisiera verla no debía afectarla. Ya le había mentido antes, podía estar fingiendo perfectamente, así que no debía ser tonta y dejarse llevar. Gimió por dentro porque su corazón gritaba por un beso o un abrazo suyo, pero aquello no podía ser. Tomó aire mirando al frente. Bueno, mejor pensaba en cómo salir de ese lío porque como se enterara la prensa iba a ser muy divertido.

En la celda rodeada de delincuentes se acarició el vientre intentando ignorar el dolor que tenía desde hacía un rato. Se levantó de nuevo y caminó por el poco espacio que tenían.

—Esta está de parto —dijo una con una pinta de drogadicta que no podía con ella.

Forzó una sonrisa. —No, claro que no.

—Pues estás pálida. —Una que estaba tan borracha que no se tenía en pie sonrió. —Yo tengo cuatro hijos, ¿sabes?

—¿No me diga?

—Pero me los ha quitado servicios sociales. Me detuvieron por escándalo público.

—Ay, madre…—Se acercó a la verja. —Oiga, ¿hay alguien ahí? ¿No ha llegado mi abogado? ¡Porque le pago una pasta! —gritó alterándose.

—Ha llevado a una arriba, tardará un rato —dijo otra tras ella sorprendiéndola. Se volvió de golpe. La yonki estaba tras ella—. Bonitos zapatos. ¿Qué número calzas?

—Un siete y medio —respondió sin aliento. Solo le faltaba eso, iba a matar a Reece.

Hizo una mueca. —Me quedan pequeños.

—Es una pena.

—Sí. —Se alejó sentándose donde ella había estado antes y sonrió. Era evidente que quería provocarla.

Gimió girándose de nuevo y casi pegó la cara a los barrotes para mirar el pasillo. —¿Oiga? ¡Creo que estoy de parto!

—¿Ves? Ya te lo decía yo.

—Yo soy sanitaria.

Se volvió de golpe para mirar a una mujer mayor que estaba sentada en una esquina y era la única que tenía buena pinta de todo lo que había allí. —¿De veras?

—Aunque creo que ahora no puedo ejercer. Me retiraron la licencia cuando se me murió una vieja. ¿Te lo puedes creer? ¡Dijeron que la había matado yo! ¡Qué culpa tengo yo de que se tomara las pastillas que no eran! —preguntó alterándose—. ¡Si estaba chocha!

Forzó una sonrisa. —Ya, claro.

Entrecerró los ojos. —¿No me crees?

—Claro que sí —respondió a toda prisa.

Sonrió de repente. —Tú y yo nos vamos a llevar bien.

—Por supuesto.

—Yo calzo un siete y medio. —Miró sus pies en un acto reflejo y era evidente que como mucho calzaba un cinco. —¿Me regalas tus zapatos?

—¡Déjala en paz! —gritó sobresaltándola una mujer de color que debía pesar cien kilos. —¡Son suyos!

Forzó una sonrisa de agradecimiento a la mujer que sonrió. Fue entonces cuando sintió que algo mojaba sus piernas. Asustada miro hacia abajo y la drogadicta dijo —Se pueden limpiar.

—No pasa nada, has roto aguas. —Su defensora se levantó. —Ven, siéntate aquí. Bajarán enseguida y te llevarán al hospital.

—¿Eso crees?

—Por supuesto. ¿Cómo te llamas?

—Jolyne, ¿y tú?

—Ivanna.

—Mucho gusto.

—¿Qué hace una pija como tú en un sitio como este?

Gruñó cruzándose de brazos. —Estoy aquí por culpa del padre de mi niña.

—¿Un mal hombre?

Hizo una mueca. —Un mentiroso.

—Uy, si mienten todos. —Las chicas asintieron.

—Y es un aprovechado. —Ivanna levantó una ceja. —Bueno, a mí me cabreó. Me dolió muchísimo que me utilizara. Y ahora no le creo cuando dice que me quiere. E insiste e insiste…

Les contó lo que había hecho ese día y por qué estaba allí. —Qué romántico —dijo la yonki fascinada—. Mi hombre lo único que ha hecho por mí ha sido robar una farmacia y por qué se iba a meter la mitad de lo que consiguiera.

Ivanna chasqueó la lengua antes de mirarla. —Se nota que está loquito por ti.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada. Pero pensándolo mejor hizo una mueca—. Igual solo quiere mi dinero y disimula.

—También puede ser. Muchos no son de fiar.

Un dolor la hizo gemir llevándose la mano al costado e Ivanna la cogió por el brazo. —Mierda, ¿cada cuánto las tienes?

—No lo sé, me quitaron el reloj —dijo casi sin voz—. Pero esta ha sido muy fuerte. —Asustada se acarició el vientre. —Que venga alguien.

—Tranquila que estoy yo aquí —dijo la sanitaria.

—¡Qué venga alguien ya! —chilló poniéndose realmente nerviosa porque parir allí se estaba convirtiendo en una auténtica posibilidad.

—No te alteres. —Ivanna apartó un rizo de su frente como si fuera su madre. —Todo va a ir bien.

Una mujer rubia de unos cuarenta años se levantó. —Quítate las bragas y túmbate en el banco.

—¿Sabes de partos?

—Nací en el campo. Vi parir a mi madre varias veces. —Sonrió con tristeza. —Túmbate. Te diré si falta mucho.

Se quitó las braguitas y con ayuda de Ivanna se tumbó en el banco con cuidado de no caerse. Abrió las piernas como pudo y tres cabezas se asomaron. Ivanna que apretó los labios, la yonki

que se echó a reír como si aquello le hiciera mucha gracia y la rubia hizo una mueca lo que demostraba que aquello no tenía muy buena pinta.

—Ya está aquí —dijo Ivanna.

—¿Cómo que ya está aquí? —preguntó con los ojos como platos.

—Es pelirroja.

—Tendré que darle un montón de consejos para que no le amarguen la vida en el colegio. —Varias se echaron a reír. —¡No tiene gracia!

—Eso es la envidia, niña.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Eso decía mi abuelo.

—Un hombre sabio. ¿Y qué diría tu abuelo de ese hombretón tuyo?

Se la quedó mirando. Nunca había pensado en eso. ¿Qué diría? Seguramente se escandalizaría de su relación, aunque su abuelo también había tomado decisiones equivocadas y lo demostraba que May no se había criado con ella como debía haber sido. Como Lizz le había dicho, todo había sucedido en una época muy dura para él y su esposa. Sobre todo para ella y esta le rogó que lo dejara estar. Había querido protegerlas y cuidarlas lo mejor posible mientras que a May la dio por perdida. Imaginándose los ojos de Reece y como había cuidado a su madre, como había hecho todo lo necesario por su bienestar a pesar de salir perjudicado, supo que él jamás le haría eso a alguien de su sangre. Jamás se daría por vencido por alguien al que amara y eso la hizo sonreír de felicidad porque si realmente la quería no cejaría. Se dejaría la piel por su niña, por su familia, por ella si realmente la amaba. Y su abuelo admiraría eso. Sí, si le hubiera conocido le hubiera gustado mucho. Puede que a ella la engañara, pero lo había hecho por un motivo que era la salud de su madre y su abuelo vería correcto ese comportamiento cuando no tenía otra salida. ¿Qué hubiera hecho ella en esas circunstancias? Seguramente lo mismo. Se le cortó el aliento mirando los ojos negros de Ivanna. —Le hubiera gustado. Le hubiera gustado mucho.

La mujer sonrió. —Pues si tienes dudas ahí tienes la respuesta, niña. Ahora tienes que empujar.

Atónita miró a la rubia que forzó una sonrisa antes de asentir. —Y cuanto antes.

—Esta se te sale con un estornudo —dijo la yonki riéndose.

—¿De veras? —Entró en pánico. —¡Qué venga un médico!

Una mujer se acercó a los barrotes y empezó a gritar lo que la alivió bastante, pero un dolor atravesó su vientre con fuerza y se lo agarró gimiendo. Cuando el dolor cesó roja como un tomate y sudorosa dijo —Hostia, cómo duele esto.

—Pues ya lo has pasado casi todo. —La rubia se puso ante sus piernas. —¿Sientes una necesidad de empujar parecida a cuando quieres hacer caca?

—Algo así. ¿Es del parto? —La miraron como si fuera tonta. —¡Creía que tenía ganas!

—¡Ganas de tener un hijo! ¡Empuja!

—¡Esto no está pasando! ¡Tengo un cuarto de lujo esperándome para este momento y cuatro médicos que se encargarán de todo!

Ivanna hizo una mueca. —Mira la anécdota que podrás contarle a tu niña.

Parpadeó. —También es cierto. —En ese momento le entraron unas fuertes ganas de empujar y gritó de los nervios —¡Poned las manos!

Empujó con fuerza y en ese momento llegó un policía que hastiado preguntó —¿Qué coño pasa? —Al ver lo que estaba ocurriendo gritó algo a la radio que tenía al hombro antes de coger las llaves y abrir la puerta.

Cuando dejó de empujar le agarró por la camisa. —¡Una ambulancia!

—Enseguida viene.

—Ya verás cuando conozcas a mi abogado. Te vas a cagar. —Entonces se le ocurrió algo. —¿Mi hombre está aquí? ¡No ha podido dejarme sola! —le gritó a la cara—. Seguro que está aquí y si no es así busquen su camión. ¡Es muy grande y azul!

—Le buscaré —dijo el hombre intentando calmarla.

Una mujer policía llegó corriendo.

—¡Se llama Reece Princeton!

—Averigua si está arriba. —El policía cogió su mano. —¿Ahora se queda más tranquila?

—¡Cómo voy a estar tranquila si estoy pariendo en una celda!

Empujó de nuevo e Ivanna sonrió. —Lo estás haciendo muy bien.

Con la respiración agitada gimió realmente asustada porque si le pasaba algo a la niña no tendrían ayuda. Sus ojos se llenaron de lágrimas y sin darse cuenta apretó la mano del policía. —Respire hondo —dijo con calma.

—Tiene que estar aquí. No me abandonaría en esta situación.

—Seguro que no.

—Dice que me quiere.

Otro dolor la recorrió y al empujar gritó sin darse cuenta de todos los policías que estaban ante la verja. Uno de ellos entró sacando a las detenidas. A todas excepto a Ivanna y a la mujer rubia que la estaban asistiendo en el parto. Sudando a mares cerró los ojos y ni se dio cuenta de que la soltaban antes de cogerla de nuevo. Al sentir su contacto sonrió y abrió los ojos para ver esos ojos verdes que habían alterado su vida. —Está aquí.

Pálido asintió. —Y será tan preciosa como tú. —Besó su mano demostrando su ansiedad y miró al policía. —¿Dónde está la ambulancia?

—No llegarían a tiempo —dijo la rubia—. ¿Lista?

Apretó la mano de Reece y empujó con fuerza. Sintió como salía la cabeza y gritó incorporándose. —Muy bien, nena. —Pasó su brazo por la espalda y cuando dejó de empujar se sentó tras ella para que estuviera más cómoda. —Un último empujón y nos la llevamos a casa.

Asustada por si estaba sufriendo tembló entre sus brazos y Reece le susurró al oído —Todo va bien.

Sollozó asintiendo y respirando hondo empujó con fuerza de nuevo. —¡Vamos nena! —Jolyne gritó empujando todo lo que podía y cuando la niña salió estallando en llanto se dejó caer entre sus brazos agotada. —Eres maravillosa. —Emocionado se abrazó a ella sin dejar de ver como la atendían. Fascinada vio como Ivanna la levantaba para ponérsela en brazos y los policías aplaudieron locos de contentos. Fue el momento más increíble de su vida.

La mujer rubia apretó los labios y en ese momento entraron dos sanitarios con sus maletines.

Una chica se arrodilló a su lado. —Al parecer tenía prisa.

—Sí. —Sonrió sintiéndose muy cansada.

—Melva tiene una pequeña hemorragia —dijo el otro hombre mirando entre sus piernas. —Ha soltado la placenta.

—¿Está entera? —preguntó revisando a la niña y poniéndole una pinza en el cordón umbilical.

—Sí.

—Venga, no perdamos tiempo. —Levantó la vista hacia Reece. —¿Es su marido?

—Como si lo fuera.

—Pues corta aquí. —Él cogió las tijeras que le tendía y lo hizo casi con miedo haciéndola reír. —Todos ponen esa cara. —La mujer le sonrió a ella. —¿Cómo te llamas?

—Jolyne, Jolyne Hightway.

—Oh amigo, tenemos a una famosa entre nosotros. Y no una famosa cualquiera. Una muy implicada con el programa de donación nacional. Necesitamos muchas personas como tú, Jolyne. ¿Me permites? —preguntó señalando a la niña.

Asintió y ella la cogió con eficiencia cogiendo el paño blanco que le tendió su compañero para envolverla en él. Este le puso algo en el brazo a Jolyne. Al cabo de unos segundos la sanitaria miró un aparato y asintió. —Tienes la tensión un poco baja. Vamos a trasladarte al Sinaí para asegurarnos de que todo va bien.

—La niña…

En ese momento llegaron dos sanitarios más y la doctora le guiñó un ojo. —Ellos se encargarán de la pequeña. Aparentemente está bien y quiero quedarme contigo.

—Reece vete con la niña —dijo asustada por dejarla sola con desconocidos.

—No me voy a mover de tu lado —dijo abrazándola.

Se emocionó y sollozó sin poder evitarlo. —Eh, eh… Es un momento feliz —susurró él a su oído—. ¿Recuerdas lo que nos costó encontrar un nombre para ella? Y ahora Edeline ya está aquí. —Rio. —Y es pelirroja.

La camilla llegó hasta ella, pero ni se dio cuenta estirando el cuello hacia atrás para mirar sus ojos. —No vuelvas a hacerlo.

—No te fallaré. Te juro que no volveré a fallarte. —Besó suavemente sus labios. —Te quiero tanto…

—Y yo a ti. Te he echado de menos.

Él sonrió y acarició su mejilla. —Pues no lo demostraste demasiado.

—¿Me lo estás echando en cara? —preguntó ofendida.

—No, qué va. Un enfado lógico de cuatro meses.

—¡Pues eso!

La doctora se echó a reír. —¿Tiene carácter?

—Tiene sus momentos —contestó sonriendo—. Pero no la cambiaría por ninguna.

—Eso está bien. —Se levantó tendiendo la niña a un compañero y colocó la camilla. —Nos vamos.

Quiso levantarse, pero no se lo permitieron y cuando estuvo en la camilla vio que la sanitaria hablaba aparte con Reece que de repente perdió todo el color de la cara. Eso no era buena señal. Él forzó una sonrisa y se acercó para coger su mano. —¿Algo va mal? No vuelvas a mentirme.

—Quieren asegurarse de que ese sangrado no va a más.

—¿Solo eso? No pongas esa cara, no va a pasarme nada.

Él sonrió. —Claro que no. Ahora que me has perdonado no puedes dejarme en la estacada. Sería darme ilusiones para nada.

—Y yo no hago eso.

—No, mi mujer no hace esas cosas. —Se agachó para besar sus labios muerto de miedo. —Eres la persona más leal y entregada que conozco. La más desinteresada y sincera así que no, no lo harías.

# Capítulo 13

Después del susto inicial todo fue bien y la hemorragia remitió por sí sola. Reece se pasó toda la noche sin separarse de su lado y ya era mediodía cuando fue a ducharse y a comer algo. Eso sí, antes se aseguró de que estaba bien cuidada porque Lizz no se separaría de su lado. Tumbada en su cama frunció el ceño. —¿La más leal y entregada? ¿Desinteresada y sincera? Creo que me ha idealizado.

Lizz soltó una risita con la niña en brazos. —Eres así.

—¿De veras? Dejar de decirme esas cosas que me las voy a creer.

Lizz perdió la sonrisa poco a poco.

—No estás de acuerdo con que vuelva con él, ¿verdad?

—A mí me perdonaste, no soy quién para juzgarte. Si te hubiera dicho lo de May en su momento puede que no te hubiera tomado por sorpresa. Esos ojos azules tenían que habernos alertado.

—Tú lo sabías y ni te lo imaginaste. —Chasqueó la lengua. —¿Y cómo no voy a perdonarte? Todo lo que has hecho siempre ha sido por mi bien. Jamás has querido aprovecharte de mí. —Lizz dejó a la niña en su cunita a su lado. —Lo que siento es no haberte demostrado todo lo que me importas.

Se acercó a ella y sentándose a su lado cogió su mano. —Eres mi niña. La vida no me ha dado la suerte de tener hijos y aunque no quise encariñarme de ti por si en algún momento tenía que irme de la casa, fue inevitable porque eras la niña más bonita del mundo. Y he sido feliz a tu lado. Me has dado algún susto, pero todo ha merecido la pena porque te has convertido en una

mujer increíble. Estoy muy orgullosa de ti.

Jolyne se emocionó. —Te quiero. —Lizz la abrazó. —Siento no habértelo dicho nunca.

—No pasa nada. Lo sabía. Tu abuelo te enseñó a mantener las distancias y eso no es malo, cielo. Para alguien como tú no es malo porque como han demostrado es fácil hacerte daño. Pero hay algo que no has aprendido de él que es perdonar.

—Lo he aprendido de ti.

Se apartó y sonrió. —Gracias.

—Pero sigue sin gustarte que le dé otra oportunidad.

—Solo voy a decir que voy a vigilarle de cerca.

Se echó a reír. —Eso está bien.

—Sobre May…

Perdió la risa de golpe. —Eso es distinto.

En ese momento se abrió la puerta y ambas dejaron caer la mandíbula del asombro al ver a su hermana vestida de enfermera con una bandeja en la mano cerrando la puerta a toda prisa. Sonrió radiante como si hubiera conseguido una proeza. —Por fin.

—Pero bueno... —dijo Lizz indignada levantándose para ponerse entre ellas.

Ni corta ni perezosa rodeó la cama. —No me fastidies Lizz que llevo meses intentando verla. —Estiró el cuello y sonrió como una tonta. —Es preciosa.

—¡Sal de aquí! —exclamó asombrada por su descaro.

—Vamos… Puedo explicarme y que me perdones como a Reece. A él le has perdonado, ¿no merezco una oportunidad?

—¡No! —exclamaron las dos a la vez.

—¡Me arrepentí! Intenté decírtelo cuando me llamaste de camino a la playa, pero te pusiste hablar de mi tío y de que no te había arreglado el coche, que por cierto está muy agradecido por no acabar en el trullo. Y mi prima… Bueno hay unos cuantos de la familia que te deben una.

—¿Intentaste decírmelo? —preguntó confundida.

—¡Cuando te dije que estaba mayor me interrumpiste!

—¡Me dijiste que cuando volviera le daría un repasito! ¡Lo recuerdo muy bien!

—Es que ahí me di cuenta de que si te lo decía acabaría en la cárcel y me arrepentí.

—¡La madre que te parió!

—Que fue la misma que a ti…

Señaló la puerta. —¡Largo!

—Sí, ahora me voy, ¿pero estás bien? Reece me ha dicho que has tenido una hemorragia.

—¿Reece te ha dicho? —Ahora sí que no salía de su asombro. —¿Hablas con Reece?

—Claro, fue el padrino de mi boda.

Ambas se quedaron con la boca abierta y excitadísima levantó la mano mostrando su anillo de casada. —¡Sorpresa!

—¿Te has casado?

—No podía dejarle escapar después de que me perdonó un intento de asesinato. —Suspiró con exageración. —Es el hombre de mi vida.

—Increíble. —Miró a Lizz que no salía de su asombro. —Fue el padrino de su boda —siseó —. ¡Ha apadrinado a una mujer que intentó matarme!

—Vas a recordarme eso siempre, ¿no?

—No.

Sonrió de oreja a oreja. —¿De veras?

—¡De veras porque no quiero volver a verte en la vida, así que no voy a tener la oportunidad!

Dejó caer los hombros decepcionada. —¿Estás enfadada todavía?

—¿Tú qué crees?

—Que sí. Eso es evidente.

—¡Largo!

—Solo un minuto más. ¿Puedo cogerla?

—¡No!

—Es mi sobrina.

—Bueno, esto es el colmo. —Lizz fue hasta la puerta, pero May la interceptó.

—No quería llegar a esto. —Sacó una pistola y las dos palidecieron. —Aléjate.

Lizz regresó al lado de la cuna a toda prisa interponiéndose.

—May…

De repente sonrió. —¿A que ahora vas a escucharme?

—Claro.

—Perfecto. —Se acercó como si nada y Jolyne miró de reojo a May mientras alargaba la mano hasta el costado de la cama donde estaba el botón para avisar a la enfermera. —Ah, ah. Aleja la mano de ahí que ya tienes a tu enfermera aquí.

—¿Has perdido la cabeza?

—Así me gusta, quiero ver a la fría mujer de negocios. Con esa puedo razonar. A la otra Jolyne la adoro, pero necesito que pienses claramente sin tanto sentimentalismo. Te pones muy histérica con estos temas.

—¡Tendrás cara! ¿Qué quieres? ¿Dinero?

—¡No!

Palideció sin darse cuenta preguntándose donde estarían los de seguridad que debían estar en la puerta. —¿Quieres matarme? No recibirías nada. Lo he dispuesto todo para que sean los tutores de la niña quien administren su herencia hasta que sea mayor de edad.

May hizo una mueca. —No puedo ofenderme porque pienses así, la verdad.

—¡Estaría bueno que encima te ofendieras! —exclamó Lizz antes de chillar cuando la apuntó con la pistola.

—¡Baja el arma, May!

—Pude volver a intentarlo, ¿sabes? Mil veces y lo hubiera conseguido.

—¿Encima tengo que darte las gracias?

—Me arrepentí. Te conocí y… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Jamás me imaginé que llegaría a quererte. ¡Te había odiado media vida!

A Jolyne se le cortó el aliento y vio como levantaba la mano mostrando su anillo. —¿Ves? No me lo quitaré nunca. —Miró sus manos y jadeó. —¿Te lo has quitado? ¡Muy bonito!

Asombrada miró a Lizz. —¡Está loca!

—Vale, ojo por ojo. —Volvió la pistola y se la tendió. —Dispara.

—¡Estás loca!

—¿Quieres dejar de decir eso? Igual debía haber hablado con la otra Jolyne. La sentimental. —Entrecerró los ojos. —Claro, me he equivocado totalmente. Jolyne cambia de rol. —Estiró aún más el brazo. —Dispara. Así te desahogas y estamos a pre.

—¡No se está a pre en algo así! ¡Baja el arma, me estás poniendo de los nervios!

—Total, ya estás enfadada conmigo. —Giró el arma y se escuchó la detonación. Asombrada miró hacia abajo y Lizz chilló saltando de la cama para ver que se había pegado un tiro en la pierna. —¿Qué es eso?

—¿Qué va a ser? ¡Te has pegado un tiro!

—Esconde el arma.

—¡Estás fatal!

—Es el arma de Scott. ¡Le meteré en un lío!

A toda prisa Lizz metió el arma bajo el colchón y la puerta se abrió de golpe para mostrar a una enfermera. —¿Qué pasa? ¿Qué ha sido eso?

—¡Un hombre ha abierto la puerta y ha disparado a mi hermana cuando se interpuso! —chilló Jolyne como si estuviera histérica—. ¡Está sangrando!

La enfermera entró a toda prisa y pulsó un botón rojo que había en la pared antes de cogerla del brazo y sentarla sobre la cama. —Ya ves que no es grave —le dijo.

—¿De veras?

—¿No eres enfermera?

—Era una broma para mi hermana. Para sorprenderla. —Negó con la cabeza. —No lo entenderías.

Dos enfermeras llegaron en ese momento. —Herida de bala. Llamar a alguien de urgencias y a la policía —dijo taponando la herida—. Aprieta aquí, vengo ahora voy por instrumental.

Lo hizo y en cuanto salió miró a Jolyne que preocupada no dejaba de mirar la herida. —Me

has llamado hermana.

Apretó los labios antes de mirarla a los ojos. —Porque lo eres. —May se echó a llorar y emocionada se acercó para abrazarla. —No llores.

—No sabes las veces que deseé que me llamaras así.

Apretó los labios abrazándola más fuerte. —Ahora estoy aquí.

—¿De veras? ¿Me has perdonado?

Sonrió. —Claro que sí. Te has pegado un tiro.

Su hermana se rio sobre su pecho. —Chicas no quiero interrumpir este momento —dijo Lizz llorando a lágrima viva—. Pero va a venir la policía y necesitamos una historia creíble.

May se apartó y sus preciosos ojos azules brillaron. —¿Ves como los anónimos nos sirven de algo?

Reece con una cara de cabreo que no podía con ella cerró la puerta de la habitación después de que se fueran todos. May estaba tumbada en la misma habitación por expreso deseo de Jolyne y Scott estaba de brazos cruzados en una esquina sin quitarles ojo como si estuviera a punto de ponerse a gritar.

—¿Y bien? —Reece se cruzó de brazos como Scott y preguntó muy serio —Estamos esperando porque es evidente que todo lo que le habéis contado a la policía es una patraña de principio a fin.

—Uy que antiguo, patraña…—dijo May haciéndola reír por lo bajo.

Reece la fulminó con la mirada. —¿Nena?

—¿Qué?

—¿Qué ha pasado? ¡Porque no tienes más acosador que esa que está ahí tumbada! ¡Me parece todo muy raro!

—May quiso convencerla y trajo un arma. Se pegó un tiro sin querer. —Lizz chasqueó la lengua. —No debe dominar las armas.

—¡Lizz! —exclamaron las dos a la vez.

—Es hora de que la sinceridad sea lo único que haya en esta familia. Aunque duela.

Por las miradas espantadas de los chicos May dijo —Sí que tiene pinta de que va a doler, sí.

—¿Estás loca? —gritó Reece—. ¡Mi hija está ahí! ¿Es que has perdido la cabeza del todo?

—Bah, ni se despertó. Tiene hielo en las venas como su tía —dijo orgullosa

Jolyne fulminó a Reece con la mirada. —Así que solo te preocupas por la niña. ¡A mí que me den!

—¡Y a mí!

—Eso, que Lizz también estaba aquí.

Reece se acercó de inmediato. —No, nena... precisamente porque me importas estoy cabreado. —Fulminó a May con la mirada. —Eres un peligro público.

—Socio déjamela a mí.

—¿Socio? —preguntó con mala leche—. Te has unido mucho a ellos en este tiempo separados, ¿no? ¿Con la mujer que intentó matarme? ¡Menudo novio estás hecho!

Eso le dejó de piedra y era evidente que no sabía qué decir —Nena…

—¿Qué excusa vas a buscar ahora?

—Llamé a Scott para saber cómo estaba y me enteré de que seguían juntos.

Scott asintió muy serio. —Hablamos de lo que había pasado y May…

—Le convencí. No fue difícil. Y sin pistola —dijo orgullosa de sí misma loca de contenta—. ¿Sabes amor? Mi hermana me ha perdonado.

Su marido sonrió. —De eso ya me he dado cuenta.

Alargó la mano. —Es que eres tan listo. ¿Sabes hermana? Cada vez tienen más trabajo y Reece se ha hecho detective.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —¿Lo hicisteis?

Se sentó en la cama a su lado. —Sí.

—¿Y de dónde…?

—Pedimos un crédito. Nos abalaron gracias a Scott y su reputación.

—Tú también tuviste algo que ver, amigo. Su curriculum en la marina es impresionante y el del banco le conocía de la prensa. Estaba indignado con lo que había pasado.

Cogió su mano. —No fue para tanto. Exagera.

—Ni un ápice.

—¿Te sientes traicionada?

Sonrió. —No. Y que se haya pegado un tiro me ha sentado de bien…

May jadeó indignada mientras los demás se reían. —Muy bonito. ¿Te estás riendo, marido?

—No, claro que no. ¿De dónde sacaste la pistola?

—¿Qué? —preguntó haciéndose la tonta.

Scott perdió la sonrisa de golpe. —¿Te has pegado un tiro con mi arma reglamentaria?

—¡Es que es la que tenía a mano! ¡No iba a ir a la oficina a por una! ¡Además, no me sé la combinación del armario de las armas!

—¡Estupendo, si algún día tengo un problema con ella, pensarán que le he pegado un tiro a mi mujer! ¡Se han llevado la bala para analizarla en balística!

—Tranquilo, amigo. Denunciaremos su robo y asunto arreglado.

—Es que te metes en unos líos.

—Pero me quieres igual —dijo tan segura que Jolyne la miró fascinada mientras le cogía por las mejillas y le plantaba un beso.

Al mirar al frente vio que Reece la observaba y se sonrojó. —¿Y dónde está tu madre? No ha venido y… —La cogió por la nuca y atrapó su boca haciendo que gimiera de la sorpresa antes de que sus caricias la hicieran gemir de placer. Cerró los ojos poco a poco mientras se saboreaban y acarició sus fuertes brazos hasta que sus manos llegaron a su cuello. Fue tan maravilloso que cuando se apartó aún mantuvo los ojos cerrados unos segundos mientras Lizz carraspeaba.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó May.

Se miraron a los ojos y Reece dijo —Cuando ella quiera.

Sin saber qué decir susurró —Ahora solo quiero pasar un tiempo a solas con la niña. Nos iremos a Cape Cod una temporada. Cariño, no me has dicho dónde está tu madre —dijo a toda

prisa queriendo cambiar de tema. Se llevó una mano al pecho—. Está bien, ¿no?

Reece sonrió. —Sí, está muy bien.

—Continuó con el tratamiento…

—Lo continuó sin problemas, gracias a ti.

—¿A mí? —preguntó disimulando.

—Preciosa, ¿cómo puedes ser una dura mujer de negocios si no sabes disimular?

—¡Soy buenísima, pregúntaselo a May!

—Cierto, les deja temblando —la defendió vehemente—. Pero tiene un corazón de oro y no dijo en el hospital que no pagaría más.

—Uy, menudo despiste —dijo sonrojándose.

Reece sonrió. —Está muy bien. De hecho, está en Disney World con un grupo de trasplantados de los que se ha hecho amiga. Tenían esa ilusión y siente muchísimo no estar aquí para ver a la niña. Pero ya le he enviado una foto.

Suspiró del alivio. —Me alegro mucho.

Se la comió con los ojos. —Sé que lo haces.

—Entonces nos vamos todos de vacaciones —dijo May tan pancha. Todos la miraron—. ¿Qué? La casa es enorme, ni te enterarás de que estamos allí.

—Cuando he dicho solos no me refería a ti. ¿Acaso no trabajas?

—¿Yo? Estoy de año sabático hasta que mi marido me dé un bebé tan hermoso como el tuyo. Aunque a veces les ayudo, pero de extranjis, ¿me entiendes?

—Va todos los días a la oficina después de acosarte para acosar a mis empleados —dijo Scott divertido.

—He aprendido de la mejor. Los llevo como velas, hermana.

—Como debe ser.

Ambas levantaron la barbilla de la misma manera. —Es increíble que no nos hubiéramos dado cuenta antes —dijo Scott asombrado.

—¿De qué hablan? —preguntó May.

—Ni idea.

—Cariño vete a casa a hacer las maletas que se van sin nosotros.

—Preciosa no puedo ir. Tengo trabajo, ¿recuerdas?

Mientras discutían Jolyne miró interrogante a Reece que sonrió. —Soy todo tuyo.

—¿De veras?

—Para siempre, nena. —Se acercó y besó sus labios. —Estoy deseando pasar unos días contigo.

—Te quiero —susurró contra sus labios haciendo que cerrara los ojos como si fueran las palabras más maravillosas del mundo. —¿Y tú a mí? —preguntó insegura.

—No he dejado de amarte, nena. Nunca dejaría de amarte.

Porcia acarició la frente del bebé de arriba abajo con tal suavidad que Jolyne se la quedó mirando fascinada por sus movimientos. —Es tan bonita que quita el aliento. —Levantó la vista hacia ella. —Gracias por este momento. Gracias por…

—Eso quedó atrás.

—¿De verdad? —preguntó insegura—. Te hicimos daño.

Hizo una mueca y se levantó para mirar a través del ventanal la playa donde los chicos estaban jugando al voleibol mientras May se comía con los ojos a su marido que había ido a verles ese fin de semana. —Todavía no puedo creerme todo lo que ha pasado. A veces es como un sueño, ¿sabes? Desde el mismo momento en que le vi por primera vez mi corazón me dijo que Reece era especial para mí y he llegado a pensar que todo lo que ocurrió después fueron un cúmulo de circunstancias que me llevaron a él. A amarle como debía ser. ¿Estoy loca?

—No, eres la persona más cuerda que conozco.

—Ese día cambió mi vida. Ese día me dio a mi hija… —Negó con la cabeza. —Lo demás ya no me importa.

—Él sigue algo inseguro. —Se volvió sorprendida. —Cree que tarde o temprano lo sucedido

pueda enturbiar de nuevo vuestra relación. ¿Cómo me va a perdonar lo que hice? Me preguntó. Yo le dije que precisamente porque le amas intensamente le has perdonado y ese amor será lo que mantenga vuestra unión pase lo que pase.

Apretó los labios porque eso no se lo esperaba. Tenía dudas cuando ella no dudaba en absoluto, pero era lógico después de todo lo sucedido. Se volvió para contemplarle a través de la ventana y se mordió el labio inferior sintiendo que Porcia se acercaba a su espalda y acariciaba su hombro. —¿Es egoísta por mi parte pedirte que disipes sus dudas?

—Creía que ya lo había hecho. Gracias por decírmelo.

Porcia sonrió antes de alejarse y Jolyne se mordió el labio inferior. ¿Cómo demostrarle al hombre que amas que le amas cuando se lo has dicho mil veces? Igual la falta de sexo le estaba pasando factura porque con el tema de la cuarentena no habían pasado de dormir abrazados todas las noches. Se le cortó el aliento y se dio cuenta de que él no había insistido en tener otro tipo de relaciones y debía ser por no presionarla. Se emocionó llevándose la mano al pecho y entrecerró los ojos haciendo cálculos mentales. ¿A qué día estaban? Corrió a la cocina para mirar el calendario que la señora Porter siempre tenía allí y señaló el día del nacimiento de la niña contando a toda prisa. ¡Quedaban tres días! Bah, por tres días no pasaba nada. Salió corriendo cruzándose con Lizz que con la niña en brazos dijo —¿A dónde vas?

—¡A ducharme! —Se detuvo en la escalera. —¿Aquí hay salón de belleza?

—Claro.

—Bah, tampoco hay que exagerar. —Corrió escaleras arriba y cuando llegó a su habitación se desvistió en tiempo récord. Fue al abrir el grifo de la ducha cuando se dio cuenta. Separó los labios de la impresión al ver el anillo que le había regalado su hermana. ¡No era por el sexo, era porque no se había casado con él! Gimió golpeándose la frente por haber sido tan estúpida.

—¿Nena?

Se sobresaltó y miró hacia la puerta de la habitación. —Me estoy duchando.

Él se acercó y se apoyó en el marco de la puerta para comérsela con los ojos. —¿Vamos a cenar fuera?

—Sí, claro —dijo sintiendo como sus pechos se endurecían.

—Nena no me mires así que quedan tres días.

Se sonrojó de gusto. —¿Los cuentas?

—Cuento cada hora, se me está haciendo eterno —dijo con la voz ronca—. Joder nena, estás preciosa.

Entonces se le ocurrió una idea. —Lo siento, quedan tres días.

Gruñó saliendo del baño y Jolyne reprimió una risita metiéndose bajo el agua. Iba a ser una noche inolvidable.

El faro había quedado obsoleto hacía años y había sido reconvertido en un restaurante donde se daba una comida deliciosa. Reece apagó el motor mirando a su alrededor. La luz de la luna iluminaba el faro dándole un aspecto idílico. —Este sitio es increíble.

—¿Verdad que sí? —preguntó saliendo del coche mostrando el vestido blanco de encaje que se había puesto esa noche—. Te va a encantar.

Reece miró a su alrededor. —No hay muchos coches. ¿No tenía tan buena fama?

—No es temporada todavía, cielo. —Cogió su brazo. —En verano es imposible encontrar mesa.

—Seguro que tú no tienes problemas.

—Por supuesto que no.

Él se echó a reír. —Scott todavía no ha llegado. Qué raro, si salieron antes que nosotros.

—Ya conoces a May, se habrán detenido en algún sitio.

—Qué suerte tienen algunos —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Nada, nena. Tomaremos algo mientras tanto. —Reprimió la risa y él abrió la enorme puerta de madera para dejarla pasar. —Esto está algo oscuro. ¿Y el maître?

—Ni idea. —Caminaron hasta el atril para ver que el comedor estaba a oscuras.

—Está cerrado. Vámonos, ya llamaremos a Scott…

Cogió su mano deteniéndole y una luz se encendió en medio de la sala mostrando una hermosa mesa decorada con rosas rojas en el centro. —Es para nosotros. Solo para nosotros. —Se encendieron unas lucecitas alrededor del comedor que le daban un ambiente muy romántico porque había rosas blancas por todos lados y apareció un camarero con una botella de champán en la mano.

Reece sonrió. —¿Qué estás tramando?

—Una noche romántica tú y yo. —Le guiñó un ojo. —¿Vas a decirme que no?

—Nunca.

—Eso dámelo por escrito.

Se echó a reír cogiéndola por la cintura y fueron hasta la mesa. —Esto sí que es una sorpresa. Una noche en la que te tengo solo para mí. —Como todo un caballero apartó la silla para que se sentara y Jolyne sonrió radiante. Reece se agachó y le robó un beso antes de sentarse ante ella. Estaba guapísimo con su camisa blanca. Parecía todo un ejecutivo. —No me mires así o no podré respetar los tres días que quedan.

—Espero que no los respetes.

La miró intensamente haciendo que le subiera la temperatura. —¿Qué se te ha ocurrido?

—Pues como tenemos niñeras de sobra, esta noche la pasaremos aquí.

—¿Aquí?

Soltó una risita. —Te va a encantar. —Cogió la copa de champán que les acababan de servir y dijo —Por una noche inolvidable.

—Tengo el presentimiento de que lo será. —Chocaron sus copas y bebieron mirándose a los ojos.

El camarero les sirvió langosta con salsa vinagreta y langostinos. —Tiene un aspecto delicioso, gracias —dijo al hombre que sonrió en agradecimiento.

—Espero que disfruten de la velada. ¿Desean algo de música de fondo?

—Algo suave. Tengo mucho que hablar con mi futuro marido.

A Reece se le cortó el aliento. —¿Marido?

Sonrió y se le quedó mirando durante varios segundos en los que cada vez parecía más impaciente. —¿Dónde está?

—¿El qué?

—Mi anillo de compromiso.

Él sonrió. —¿Por qué piensas que hay anillo?

—Porque aún recuerdo tu cara con el anillo de Scott y es una espinita que tenías clavada. ¿O me equivoco?

Se echó a reír negando con la cabeza. —No, nena… No te equivocas.

—Así que deduzco que cuando volvimos a estar juntos lo primero que hiciste fue ir a por un anillo esperando la oportunidad de pedirme matrimonio de nuevo. Pero antes querías asegurarte de que yo te había perdonado.

—¿Y lo has hecho?

—Igual eres tú quien debe perdonarse a sí mismo por haberme fallado, cielo. —Alargó la mano y cogió la suya. —Me enamoré de ti cuando te vi en esa carretera y jamás has salido de mis pensamientos.

Él apretó su mano como si no quisiera soltarla jamás y Jolyne sonrió. —Debes estar tranquilo porque si tuviera dudas no haría esta pregunta. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Quieres amarme el resto de nuestras vidas?

Reece sonrió levantándose antes de plantar una rodilla en el suelo sin soltar su mano. —Por supuesto que sí. Me muero por pasar contigo cada segundo del día. —Jolyne se emocionó viendo como sacaba algo del bolsillo del pantalón y se le cortó el aliento al ver un diamante azul en forma de corazón.

—Cariño… —dijo impresionada.

—Shusss… —Se incorporó y besó suavemente sus labios. —Cuando lo vi supe que era ese.

—Y lo es. —Sonrió emocionada y le observó volver a su sitio. Jolyne soltó una risita. —Me encanta. No me lo quitaré nunca.

Él sonrió y vio en sus ojos que sentía un alivio enorme. —¿Y cuándo nos casamos?

—Bueno… Yo había pensado en el año que viene. En primavera. Quinientos invitados en el Plaza. ¿Qué te parece? —No pudo disimular su espanto. Ella se echó a reír. —¿No era la boda que querías hace unos meses?

—Decías que tenías compromisos y…

Sonrió con tristeza porque se había sentido tan intimidado como para no decirle lo que pensaba porque ella fuera feliz. —Lo que no quería es que creyeras que me avergonzaba de ti porque estoy muy orgullosa de quererte.

Reece sonrió. —Preferiría algo íntimo. Tú, yo y nuestra familia.

—Me parece perfecto. ¿Lo hacemos?

—Cuando quieras.

—Pues vamos allá.

Asombrado vio que se levantaba y que cogía su mano. Un hombre apareció de la nada con una sotana blanca. Un arco se encendió y Reece pasmado vio como su familia entraba por una puerta encantados de la vida y se colocaron al lado del sacerdote sonriendo cómplices. Reece se echó a reír. —Increíble.

—¿Te he sorprendido?

—Absolutamente. —Se levantó y tiró de su mano pegándola a su pecho para mirarla de tal manera que su corazón supo que la amaba más que a su vida. —Te amo, preciosa. No hay nada mejor en la vida que estar a tu lado.

—Opino lo mismo, mi amor.

# Epílogo

Sintió como su mano acariciaba su hinchado vientre y sonrió abrazando la almohada. —Princeton, que te veo venir.

Su marido rio por lo bajo tras ella y la besó en el cuello. —¿No me digas? —Pegó su pelvis a su trasero cortándole el aliento al sentir su miembro endurecido y con voz grave susurró en su oído —¿Estás totalmente despierta?

—Totalmente —dijo sin aliento antes de que entrara en ella tan lentamente que fue una tortura. Jolyne giró la cabeza hacia atrás para reclamar sus labios y su marido la saboreó como si estuviera sediento entrando en su sexo totalmente. Cuando salió de ella tan paulatinamente que todo su cuerpo se tensó al intentar retenerle, gimió en su boca, antes de que entrara de nuevo en su ser con una delicadeza que pensó que se volvería loca.

Apartó sus labios impaciente moviendo su trasero hacia atrás y él la pegó contra su pecho antes de amasar sus senos con pasión. —Ah, no. Yo decido.

—Quiero más.

—Y tendrás más. —Entró de nuevo en ella dejándola sin aliento y cuando volvió a mover sus caderas ella llevó su mano hacia atrás para agarrar su trasero. Otro lento movimiento la hizo gemir y clavar las uñas en su piel. Reece gruñó entrando en ella con más contundencia susurrando —No tienes paciencia. —Al moverse de nuevo en su interior Jolyne gritó arqueando su cuello hacia atrás y sin dejar de abrazarla pellizcó sus pezones que muy sensibles por el embarazo provocaron que gritara de nuevo de placer. —¿Quieres correrte, nena?

—¡Sí! —gritó sin aliento antes de que entrara en ella con tal fuerza que creyó que se rompía

en dos de la tensión, pero el éxtasis no llegó y gimoteó sintiendo como bajaba la mano por su vientre hasta meterse entre sus piernas. Entró en ella de nuevo haciendo que todo estallara y cuando Reece acarició el botón de su placer gritó de nuevo impresionada por como el placer se multiplicó hasta el infinito.

Medio ida ni sintió como su marido la volvía. —¿Nena?

Abrió los ojos sonriendo como una tonta.

—¡Casi me matas del susto! —le gritó a la cara.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Jamás me habían cortado un orgasmo a la mitad!

—¿Qué?

—¡Has roto aguas!

—Qué va. —De repente se sintió muy húmeda. —Será un orgasmo femenino de esos.

—Tú no tienes de eso.

Le miró maliciosa. —Igual es que has encontrado mi punto. Ha sido… —Soltó una risita.

—Déjate de rollos —dijo levantándose a toda prisa y cogiendo unos pantalones del chándal de Jolyne de los nervios que tenía—. Nos vamos al hospital.

—Cariño que estoy bien. —Al darse cuenta de lo que tenía en la mano los tiró al suelo corriendo hacia el vestidor. —¿Cariño? —En ese momento sonó su móvil y estiró la mano para cogerlo. Al ver la foto de su hermana sonrió pulsando el botón verde. —Buenos días.

—¡Estoy de parto!

—Vaya, qué casualidad. Mi marido opina lo mismo de mí.

—No fastidies.

Se echó a reír. —Te voy a ganar…

—Ni de broma. Las tengo cada cinco minutos.

Hizo una mueca. —Entonces ganas tú porque yo no siento nada.

Reece salió del vestidor hasta con la cazadora puesta y al ver que no se había levantado de la cama puso los ojos en blanco entrando de nuevo en el vestidor. —El mío está algo nervioso,

¿cómo está el tuyo?

—Se ha tomado uno o dos Valium. Y le han debido afectar demasiado porque se ha quedado dormido en el sofá.

—¿Qué? —Se sentó de golpe. —¡Despiértale!

Reece salió con ropa suya en la mano. —¿Qué? ¿Qué pasa?

—Tranquila, cuando llegue el momento estará a tope. Pobrecito me daba pena.

Entrecerró los ojos. —Le has drogado, ¿verdad?

—Shusss no digas nada.

—¡Eres un peligro público!

—¿Queréis dejar de decir eso? —preguntó con la voz congestionada como si fuera a llorar en cualquier momento.

—No me llores —le advirtió.

—No lloro. —Sorbió por la nariz. —¿Me voy al hospital?

—Claro que sí. —Pensó rápidamente. —No, espera. Te pasamos a buscar. Así Reece se encargará de Scott.

—Eso, porque el padre de mi niño no puede perderse el parto.

—La que has liado.

—¡Lo he hecho por su bien! ¿Cariño? —A Jolyne le pareció escuchar un tortazo. —¡Cariño! —Asombrada miró el teléfono. —Uy, ya abre los ojos. ¡Me has asustado! —gritó demostrando que ella también estaba de los nervios—. ¡No vuelvas a hacerme esto!

—¿Qué pasa? —preguntó Scott para su alivio.

—Vamos para allá. —Apartó las sábanas mostrando su cuerpo desnudo y al levantarse vio que las sábanas estaban demasiado mojadas. —Vaya.

—¡Sí, vaya! ¡Estás de parto! ¿No te lo decía yo?

De repente sonrió dejándole pasmado. —Todo va a ir bien.

La cogió por la cintura pegándola a él. —Júramelo, preciosa. No puedo vivir sin ti.

—Amor, ¿te he fallado alguna vez?

FIN

Nota de la autora:

Quiero agradecer a mis seguidoras el apoyo recibido en estos años. Gracias por estar siempre ahí y seguirme cada tres semanas. No os imagináis lo importantes que sois para mí. Por eso quiero aclarar algo. Sonia López solo y exclusivamente escribe bajo el nombre Sophie Saint Rose y Eli Jane Foster. Cualquier otro nombre, aunque sea parecido, no tiene nada que ver conmigo. Y últimamente han surgido unos cuantos con portadas parecidas a las mías. Yo publico cada tres semanas y en redes anuncio la portada y el título el mismo día de la publicación, así que a las que aún no lo hacéis, os animo a seguirme en redes. Os envío un besazo enorme a todas y espero que hayáis disfrutado mucho de la novela.

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3

4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.